

COLECCION UNIVERSAL

N<sup>os</sup>. 1.044-1.045

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

# *La Dorotea*

ACCIÓN EN PROSA

TOMO II

PRECIO

1pta

ESPASA-CALPE, S. A.



COLECCION UNIVERSAL

---

Frey Lope de Vega Carpio

---

L A D O R O T E A

ACCIÓN EN PROSA

TOMO II

MCMXXVIII

---

**Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA**

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

---

# La Dorotea

ACCIÓN EN PROSA

TOMO II



ESPASA-CALPE, S. A.

1928



## ACTO CUARTO

[*El Prado de San Jerónimo*]

### ESCENA PRIMERA

MARFISA. — CLARA. — FELIPA. — DOROTEA  
FERNANDO. — JULIO

MARFISA

¡Qué solo está el Prado!

CLARA

¿Cómo no quieres que lo esté, si apenas le acompaña el día?

MARFISA

¡Qué bien pintara esta mañana Fernando!

CLARA

Mejor supo despintar el oro de tus joyas.

MARFISA

El oro se halla en la fortuna, y el buen ingenio en la naturaleza.

CLARA

Ganado habemos la palmatoria en esta escuela de las damas que toman el acero.

MARFISA

Allí vienen dos pisando de valentía.

CLARA

Como si hubiera galanes que las miraran.

MARFISA

Cuando la bizarría es natural, no ha menester cuidado.

CLARA

Hacia nosotras vienen. [*Salen Dorotea y Felipa.*]

MARFISA

Señora Dorotea, ¿tomáis acero, o venís a florecer el campo?

FELIPA

Parece que los sacáis las dos en desafío.

DOROTEA

Ya le tendréis florido, pues vinisteis primero. No os he pagado la visita de aquel día, porque no



supe vuestra casa, y porque no me obligasteis con decirme que veníais a visitarme, sino que fué acaso y por accidente el verme.

MARFISA

Buena estáis ya del todo, Dios os bendiga. ¡Qué cara! ¡Qué colores! ¡Qué nácar!

DOROTEA

No os pago con la misma lisonja, porque se ve en vos con verdad lo que en mí por favor; que yo como me acosté anoche, vengo esta mañana.

MARFISA

Por eso dicen unos versos:

«Para amar, es la cosa más segura  
buen trato, verde edad, limpia hermosura...»

Y en otros que escribieron a una dama que consultaba astrólogos para saber si la quería quien ella amaba:

«Toma un espejo al apuntar el día;  
y si no has menester jazmín ni rosa,  
no quieras más segura astrología...»

DOROTEA

En verdad que no pude tomarle, porque no había luz para verle.

MARFISA

Vos sois espejo de vos misma.

DOROTEA

Y vos del mismo Sol, que sale más aprisa por ver en vuestra cara si amanece más aliñado en España que en las Indias.

MARFISA

Vos lo sabréis mejor, que amanecéis en entrambas.

DOROTEA

Mucho sabéis de mí: debe de decíroslo don Fernando.

MARFISA

¿Cómo lo puede saber ese caballero, que ha tanto que está en Sevilla?

DOROTEA

¿Fingís ignorancia? Días ha que está en Madrid, y no pocos días.

MARFISA

No hay que fiar en amistades celosas: no me lo ha dicho aquella amiga que le quiere bien; que debe de guardarse de mí.

DOROTEA

Ahora creo que no sois vos, pues no lo sabéis.

## MARFISA

Debéis de engañarme, pensando que puedo yo daros nuevas de él; conque vengo a estar engañada entre dos celosas.

## DOROTEA

Yo no le he visto; pero le he oído hablar y cantar en mi calle, y aun acuchillar unos hombres, de los cuales el uno está herido, aunque ya sin peligro.

## MARFISA

Os habrá engañado; que sabe fingir una muerte con gran donaire.

## DOROTEA

Yo me holgara que no fuera tan cierto.

## MARFISA

Y yo de acompañaros; pero voy a Atocha, y temo al sol si vuelvo tarde.

## DOROTEA

Encomendadme a ella. [*Vanse Marfisa y Clara.*]

## FELIPA

Bizarra es esta dama, Dorotea, aunque pica un poco en gruesa, que no la hace tan gentil como lo fuera con menos bulto.

## DOROTEA

Las manos son bellísimas, y las sacó del guante, como si me hubiera yo de enamorar de ellas.

## FELIPA

Es falta de buenas manos y buenos dientes enseñarse a todos, y la de los dientes mayor; porque hacen gestos para que se los vean, no sin fealdad y nota de liviandad.

## DOROTEA

Alababa Octavio a doña Inés las manos de una dama, que las llevaba asidas a la cortina del coche, como vestido en tienda, que sólo le faltaba decir: «¿quién quiere manos?» y ella, celosa, sacó las suyas del guante, y dándole un bofetón le dijo: «¿Eran como éstas?»

## FELIPA

¡Ay, Dorotea! Cúbrete, que yo no importa, pues no me conoce don Fernando; que él y Julio son, sin duda, los que entran por la Carrera.

## DOROTEA

Sentémonos cerca de esta fuente; que me he turbado: fuera de que, sentada, seré menos conocida.

## FELIPA

Toma esta alcorza, y si quieres agua, aquí tengo un búcaro de los que llaman de la Maya.

## DOROTEA

Por encarecimiento solía decir Fernando que debía de ser esta tierra del Paraíso, donde fué la fábrica del primer hombre.

## FELIPA

El llega; cúbrete bien. [*Cúbrese Dorotea, y salen don Fernando y Julio.*]

## DOROTEA

Sin mirarnos pasó de largo.

## FELIPA

¡Qué extraña melancolía!

## DOROTEA

Yo pensé que iba siguiendo aquella dama; pero va la Carrera arriba; llámale, pues no te conoce: veamos qué nos dice; que yo no hablaré palabra.

## FELIPA

¡Ah, caballero! ¡Ah, gentil hombre!

## JULIO

Mira que te llaman aquellas mujeres.

## FERNANDO

Déjalas, necio; que no es ese el remedio de mis tristezas.

FELIPA

No seáis descortés, caballero.

JULIO [*A don Fernando*]

De mañana salen a buscar la vida..., aunque no parece ropa desocupada. Llega a ver lo que te quieren.

FERNANDO

¿No sabes que no hablo con mujeres?

JULIO

No sanarás del mal que tienes —y si no, preguntalo al Petrarca en el *Triunfo de amor*—, si no te acuerdas del rey Assuero. [*A Felipa.*] Dice mi amo que no habla con mujeres.

FELIPA

¿Mas qué si voy por él, que le quito la capa, y le hago sentar aquí, aunque le pese?

JULIO

Señor, aquella dama está determinada a llevarte allí por fuerza; advierte que las mujeres siguen a quien las huye, y se vendrá tras ti, no más de porque no la quieres.

FERNANDO

¿Qué es, señora, lo que me mandáis? Y agradecedme que sois la primera mujer con quien he hablado más ha de cuatro meses.

FELIPA

¿Por qué, rey mío? ¿Qué le habemos hecho?

FERNANDO [*A Felipa*]

Los agravios y traiciones de una han sido causa para aborrecerlas todas.

FELIPA

¡Oh qué historia tan linda me prometo! Sentaos junto a las dos, y haréis dos cosas justas: que descansaréis vos, y nos entretendréis a nosotras.

FERNANDO

¿Por qué no habla esa dama?

FELIPA

Porque está mal con los hombres, como vos con las mujeres.

FERNANDO

Si ella los aborrece tanto como yo a ellas, bien se podrá hacer de los dos un veneno para acabar el mundo. Ya estoy sentado.

FELIPA

¿Cómo venís al campo tan de mañana, pues no venís a ver zapatillos y plumas?

## FERNANDO

No duermo en toda la noche, peleando con el más necio amor y más desengañado que ha tenido la porfía sin la esperanza desde que hay locos de esta tema en el mundo.

## FELIPA

Ya que nos habéis hecho la merced de sentaros, y estamos ciertas, pues aborrecéis mujeres, que no nos diréis amores, entreteneos a vos mismo con referir la historia de que os quejáis; que los enfermos de vuestro mal darán dineros porque los escuchen.

## JULIO

¡Cuál es la hermana compañera! Pero, señora, esa que lo es suya, ¿es mujer o piedra? Porque la pondremos en la fuente. Siéntome junto a ella como quien se arrima a un poste. ¡Pese a tal, y qué buen olor tiene! No es de mala casta lo rollizo del brazo. Aún no me ha dicho: «¿Quién está ahí?»

## FELIPA

Guardaos no os lo diga con el cuchillo del estuche; pero dad silencio, que tose vuestro amo, y es señal que quiere comenzar la obra.

## FERNANDO

Yo, señoras, la que habla y la que no habla, nací de padres nobles en este lugar, a quien deja-



ron los suyos poca renta: mi educación no fué como de príncipe, pero con todo eso quisieron que aprendiese virtudes y letras. Enviáronme a Alcalá de diez años, con el que está presente, que tendría entonces veinte, para que me sirviese de ayo y de amigo, como lo ha hecho con singular amor y lealtad.

JULIO

¿Quién como tú le merece?

FERNANDO

Para con tu doctrina, Julio, tengo por ignorante al Chirón de Aquiles; pues por lo que toca a la verdadera amistad, así fuera yo Alejandro como tú Efestión.

JULIO

No quiero responderte por no interrumpir el hilo de tu amorosa historia.

FERNANDO

De la edad que digo, ya sabía yo la gramática, y no ignoraba la retórica; descubrí razonable ingenio, prontitud y docilidad para cualquiera ciencia; pero para lo que mayor le tenía era para los versos; de suerte que los cartapacios de las lecciones me servían de borradores para mis pensamientos, y muchas veces las escribía en versos latinos o castellanos. Comencé a juntar libros de todas letras y lenguas, que después de los prin-

cipios de la griega y ejercicio grande de la latina, supe bien la toscana, y de la francesa tuve noticia.

JULIO

Parece que informas esta dama para algún oficio.

FELIPA

No me tengáis por tan ignorante, que no escuche con tanto gusto la materia de las letras como la de los amores, que las mujeres, cuando no esperamos interés, cualquier cosa nos entretiene.

FERNANDO

Murieron mis padres, y un solicitador de su hacienda cobró la que pudo, y pasóse a las Indias, dejándome pobre; que siempre fuí desdichado en las Indias; pues como otros traen de ellas hacienda, me llevaron allá la mía.

JULIO

Parece que se ríe esta dama de que dijese que eras desdichado en Indias.

FERNANDO

No puede ella entender por lo que yo lo digo.

FELIPA

Tenéis razón; que el reírme procedió del donaire con que lo dijo, que no de la causa por que lo siente.

## FERNANDO

Y ¡cómo si lo siento! Pluguiera al cielo que nunca se hubieran descubierto, ni Colón hubiera nacido en el mundo!

## FELIPA

¡Tan poco ánimo tenéis, que porque os llevaron vuestra hacienda, no quisierais que España se hubiera hecho con ellas tan rica y poderosa, y nuestra fe se hubiera dilatado tanto?

## FERNANDO

Muy lejos vais de mi pensamiento: no me admiro, siendo imposible penetrarle.

## FELIPA

Volved a engarzar la cadena de vuestro cuento, no se os pierdan algunos eslabones.

## FERNANDO

Volví a la corte, y a su casa de una señora, deuda mía, rica y liberal, que tuvo gusto de favorecerme.

## FELIPA

Tuvo muy buen gusto.

## FERNANDO

Tenía una hija de quince años, cuando yo tenía diecisiete, y una sobrina de poco menos que los

míos: con cualquiera de las dos pudiera estar casado; pero guardábame mi desdicha para diferente fortuna: las galas y la ociosidad (cuchillo de la virtud y noche del entendimiento) me divirtieron luego de mis primeros estudios, siendo no pequeña causa poner los ojos en Marfisa; así se llamaba la sobrina de esta señora, y ella Lisarda. Este amor aumentaba el trato, como siempre; mas en medio de esta voluntad, que por mi cortesía y poca malicia no dió fuego, la casaron con un hombre mayor y letrado, aunque no el mayor letrado, pero muy rico. El día que el referido jurisconsulto la llevó a su casa, hice la salva a su boca, porque no le matase el veneno que llevaba en ella con el disgusto de la violencia, y lloramos los dos detrás de una puerta, mezclando las palabras con las lágrimas; tanto, que apenas supiera quien nos mirara cuáles eran las lágrimas o las palabras.

FELIPA

Gran llorador debéis de ser.

FERNANDO

Tengo los ojos niños y portuguesa el alma; pero creed que quien no nace tierno de corazón, bien puede ser poeta, pero no será dulce.

FELIPA

¡Qué presto os vais a la profesión!

FERNANDO

Amor tiene la culpa.

FELIPA

¿Por qué?

FERNANDO

Porque amar y hacer versos todo es uno; que los mejores poetas que ha tenido el mundo, al amor se los debe.

JULIO

Eso es cierto; y que ningún hombre amó, que o bien o mal, no los hiciese.

FELIPA

¿En qué paró la señora novia?

FERNANDO

En que el negro esposo se olvidó de la edad y se acordó de la hermosura, y ayudando su flaqueza con artificio, perdió la vida en la empresa, como buen caballero.

FELIPA

*La vida del puerco, corta y gorda.*

FERNANDO

Volvieron a Marfisa a casa, y no el dote, porque sin él la quiso; que hay muertes que se quieren de balde, más que vidas por dineros.

FELIPA

Bravas fiestas haríais a su venida.

FERNANDO

Ningunas, cierto; que el día de su boda me trajo un grande amigo un recado de una dama de esta corte. No sé cómo la nombre; que me cubre un hielo toda la sangre. Finalmente se llama...

FELIPA

No os quedéis en finalmente.

FERNANDO

Leona, Tigre, Serpiente, Aspid, Sirena, Euripo, Circe, Medea, Pena, Gloria, Cielo, Infierno y Dorothea.

FELIPA

¡Con qué de injuriosos nombres desembarca esa pobre mujer del mar de vuestra ira!

FERNANDO

No los he dicho todos; pero sí, que ya dije Dorothea.

FELIPA

Los hombres querrían las mujeres como vasallos de Aragón, a bien y a mal tratar.

FERNANDO

Peor lo hacen ellas, pues nunca nos tratan bien.

JULIO

Esa pendencia, señores, comenzó en las calendas de la edad de plata; sólo me admira que, no habiendo en el mundo tercera diferencia de hombres y mujeres, nunca estemos en paz.

FERNANDO

Esa discordia nace de quererlas.

FELIPA

No, sino de querer tantas.

FERNANDO

También hay tantos.

JULIO

Bien dicho.

FELIPA

A vos, claro está que os lo ha de parecer, por hombre, por ayo y por amigo.

FERNANDO

Si fuera menos aficionado a la defensa de las mujeres Julio, no estuviera yo perdido.

FELIPA

Luego ¿nunca os riñe?

FERNANDO

Si yo tuviera lo dócil de Alcibíades, topado había con Sócrates.

FELIPA

Dejad historias, y venid a la vuestra. ¿Qué recado os trajo aquel amigo?

FERNANDO

Que fuese a ver a Dorotea, porque en ciertas conversaciones en las que los dos nos habíamos hallado, le había caído en gracia o mi persona o mi donaire, o todo junto; y fué en gracia con que he caído en estas desgracias, que faltan estrellas al cielo para conferir las.

FELIPA

¿Fuisteis en efecto a verla el mismo día de la boda de Marfisa?

FERNANDO

Púseme lo mejor que tuve y lo más galán que supe, y fuí a verla con todas las circunstancias de pretendiente, mesura, olor y aseo.



FELIPA

Había calzas largas, cuera de ámbar, y su poquito de cadena, ensayando la habla para lo tierno y los ojos para lo elevado.

JULIO

Pues así es la que habla, ¿cuál debe de ser la que calla?

FELIPA

Ya os digo que no la toquéis; que no está madura, y os dará dentera.

JULIO

Las mujeres nunca son mejores que por madurar.

FELIPA

Gusto tenéis de ayo... que estuve por decir de pedagogo.

JULIO

¿Latín sabéis?

FELIPA

Tengo un hermano estudiante, y dame cuando corta latín estos retales. Decidme, por vida vuestra, ¿qué tal será una mujer cuando huele al nido?

## JULIO

Peor es a corral de ovejas, y no me podéis negar que son mejores dos de a veinte que una de cuarenta.

## FERNANDO

Este día de la boda de Marfisa fuí galán, como dije, tanto, que se trocaron los efectos, porque yo parecía el desposado y el novio el suegro.

## FELIPA

Sólo os diferenciaríais en que todos los desposados se hacen la barba, porque vos no la tendríais. Pero ¡qué gentil sentimiento de la dama que se casaba! ¡Ay hombres!! ¡Qué presto se le enjugaron las lágrimas, y se le olvidó la salva de la boca a la sombra de la puerta!

## FERNANDO

Pues, ¡qué queríais? ¡Qué gentil necesidad fuera matarme yo, cuando ella estaba en brazos de su marido!

## FELIPA

Tenedla lástima; que es milagro del cielo haber conformidad en edades desiguales, de que han nacido muchas veces tristes sucesos.

## FERNANDO

Para tristes sucesos no es menester la desigualdad de las edades, sino de las condiciones.

FELIPA

En fin, visteis esa Dorotea: ¿es muy hermosa?

FERNANDO

Eso quisiera que no me preguntarais, porque parece que la Naturaleza destiló todas las flores, todas las hierbas aromáticas, todos los rubíes, corales, perlas, jacintos y diamantes, para confeccionar esta bebida de los ojos y este veneno de los oídos.

JULIO

Debía de ser entonces boticaria la Naturaleza; no te faltó sino mezclar ahí esos simples con el tártaro.

FERNANDO

No sé qué estrella tan propicia a los amantes reinaba entonces, que apenas nos vimos y hablamos, cuando quedamos rendidos el uno al otro.

FELIPA

¿Y Marfisa?

FERNANDO

Era amor venial, y fué menester poca diligencia, y menos para Dorotea; pues yo pudiera decir lo que el excelente poeta Vicente Espinel dijo por la facilidad de la hermosa Ero:

«De Ero murmuráis, yo lo sé cierto,  
que fué muy blanda en el primer concierto...»

## FELIPA

¡Qué falta en los hombres! ¡Malhaya las mujeres, porque no los hacen rabiari! Pero decidme, ¿tan hermosa es esa Dorotea?

## FERNANDO

Esto es cuanto al paramento visible; que el talle, el brío, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, me cuesta dos mil versos; y es tan amiga de todo género de habilidades, que me permitía apartar de su lado para tomar lección de danzar, de esgrimir y de las matemáticas, y otras curiosas ciencias; que en entrambos era virtud, estando tan ciegos. Estaba en esta sazón ausente el esposo de esta dama, donde no se tenía esperanza de su vuelta; en cuyo medio la había conquistado un príncipe extranjero, — a quien ella entretenía poderosas esperanzas con remisas dilaciones, y ardientes deseos con favores tibios — que hallé en la posesión de este pensamiento, cuando nos vimos Dorotea y yo tan conformes de estrellas, que parece que toda nuestra vida nos habíamos tratado y conocido. Con este gran señor que os digo, me sucedieron grandes aventuras, no por soberbia de mi condición que bien sabía que el que se opone al poderoso con flacas fuerzas, es fuerza que alguna vez caiga en sus manos. Y así, una noche que llamé con más amor que discreción a su puerta de Dorotea, salió él propio a abrimme, sin que ella

ni su madre pudiesen con ruegos detenerle; y como había conocido mi voz, traía la daga en la mano, y tirándome una puñalada de las que llaman de resolución, por encoger el cuerpo o por mi buena fortuna, me clavó por las cuchilladas de una cuera blanca que traía suelta a la misma puerta que me abría, cerrándola de golpe. Y esto no os parezca imposible, porque como yo pensaba que era criada la que me abría, fui a entrar con el deseo donde los celos me esperaban con la traición; y habiendo de bajar un paso, porque la sala de aquella puerta no estaba igual con la calle, bajé el cuerpo y quedó la cuera en el aire.

FELIPA

Turbada os escucho, imaginando en tal ocasión esa vuestra Dorotea qué noche pasaría si os imaginaba herido de tan fuerte determinación.

FERNANDO

Yo no pude avisarla; y así, partimos entre los dos la pena.

FELIPA

¡Cómo salisteis del peligro de competidor tan poderoso? ¡Que me tenéis suspensa!

FERNANDO

Tengo por cierto que me hubiera quitado la vida, porque yo había perdido el temor a su poder y a

mi muerte, si el rey entonces no le enviara con un cargo conforme a su grandeza y a mi dicha; que no pudiera trazar mi imaginación tan eficaz remedio. Pero fué gracia, que hizo grandes diligencias para llevarme por secretario suyo, no porque me había menester ni mi edad era suficiente, sino por apartarme de Dorotea, que antes que saliese el alba había enviado una criada suya a saber de mi vida, que celebramos los dos, siendo los brazos parabienes de la felicidad de este suceso, en el primer hurto que se pudo hacer a los desvelados celos de tan poderoso amante, tomando venganza de él en amorosas ofensas con el aumento que hacen a dos conformes voluntades las resistencias y privaciones. Ausentóse finalmente, y quedé señor pacífico de tan rica posesión, que me parecía que Creso, que se llamó entre los mortales felicísimo, era pobre para conmigo, y que el resplandeciente ejército de Antíoco Magno, con los arneses y celadas de plata y oro, era menos lustroso que mis galas y menos soberbio que mis pensamientos. Pero con toda esta riqueza, en breves días me comenzaron a afligir y atormentar cuidados de verme pobre, y que no estaba seguro por serlo de alguna ofensa merecida de mi necesidad, no de mi culpa; y que no se podía conservar nuestra amistad dentro de las esferas de la actividad de amor. En estos miedos y entre tanta copia de competidores y deudos, no habiendo yo nacido con aquel linaje de sufrimiento que está (según dicen los que le han leído) en el capítulo primero del libro de la

infamia, que con poca distinción comprende la opinión de los galanes y la honra de los maridos, entendió Dorotea este pensamiento; que fácilmente se asoma al rostro en la tristeza de los amantes, donde parece que quieren que les pregunten lo que no quieren que sepan, y me aseguró que sería tan mía, que quitándose las galas y las joyas con la plata de su servicio, me las envió en dos cofres.

FELIPA

Hazaña fué por cierto de mujer de valor.

FERNANDO

Con esto duró nuestra amistad cinco años, en los cuales quedó casi desnuda, aprendiendo labor que no sabía, para sustentar las cosas más domésticas.

FELIPA

¡Oh singular fineza en tanta hermosura, en tal edad y en la corte!

FERNANDO

Yo la confieso, y que me vi mil veces con tal vergüenza y lástima, que no pudiendo cubrir aquellas hermosas manos con diamantes, las bañaba en lágrimas, que ella tenía por mejores piedras para sortijas que las que había vendido y despreciado.

FELIPA

¡Y qué hacían vuestros competidores entonces?

## FERNANDO

No reparaban tantos en Dorotea, porque donde las galas no llaman los ojos de los hombres, parece que está cobarde la hermosura. Finalmente la vi de suerte, que cuando considero su necesidad la disculpo; mas cuando mi amorosa perdición, me vuelvo loco.

## FELIPA

Pues ¿qué hizo?

## FERNANDO

Díjome un día con resolución que se acababa nuestra amistad, porque su madre y deudos la afrentaban, y que los dos éramos ya fábula de la corte, teniendo yo no poca culpa, que con mis versos publicaba lo que sin ellos no lo fuera tanto.

## JULIO

Eso es cierto; y crean las damas que siéndolo de poetas, serán celebradas, pero no secretas.

## FELIPA

Y vos, ¿qué hicisteis en tan súbita mudanza?

## FERNANDO

Fingí en mi casa que había la noche antes muerto un hombre (y decía verdad, si era yo el muerto),



y que era fuerza ausentarme o caer en manos de la justicia: dióme Marfisa el oro que tenía y las perlas de sus lágrimas, y con él me partí a Sevilla.

FELIPA

Brava resolución.

FERNANDO

De hombre de bien.

FELIPA

Y ¿cómo lo pasasteis?

FERNANDO

Tristemente: a cada legua que andaba me volvía; pero pudiendo más la honra que el amor (que la cosa más fuerte siempre fué la honra, perdone aquel antiguo problema del vino, la verdad y la mujer), proseguía mi camino, hasta que cayendo y levantando llegué á Sevilla.

FELIPA

Allí presto se olvidaría Madrid y la dicha Dorothea con la hermosa variedad del trato, damas, caballeros, extranjeros, naves de las Indias, río, barcos y Triana.

FERNANDO

Y ¿cómo si se olvidó! Luego en llegando fué ese milagro: el río me parecía el Lateo; las barcas, almas; las damas, sus ministros; las naves, montes

flamígeros, como el Etna de Sicilia; su trato, la confusión de sus voces; finalmente, la más bella y populosa ciudad, un infierno soñado. No pensé amanecer vivo aquella noche, porque la felicidad y la desesperación son los últimos términos de los amantes; y habiendo perdido el primero, era fuerza que diese en el segundo. Partíme a ver el mar, que esto sólo fué deseo mío entonces, después de mi muerte; vile en Sanlúcar, y díjele lo que había oído a un poeta:

«Bebérmele quisiera  
por volverle a llorar, si yo pudiera,  
porque para mi fuego no presume  
que el golfo es más que la menor espuma.»

De allí fuí a Cádiz, donde tenía un deudó, dignidad de aquella iglesia; y como me pareció que no podía huir más que hasta donde se acaba la tierra, que dió sujeto al heroico blasón de Carlos V, hice algunos versos, de los cuales esos tengo en la memoria:

«Si vas conmigo, Amarillis,  
¿para qué se llama ausencia  
querer apartar los ojos  
de donde el alma se queda?  
¡Oh, qué discreta ignorancia!  
¡Oh, qué necia diligencia!  
¡Huir del arco, llevando  
atravesada la flecha!  
¿De qué sirve a mis desdichas  
mudar de cielo y de tierra,  
si en la tierra está la envidia,  
y en el cielo mis estrellas?  
Ni la muerte ni la vida  
vienen bien a mi tristeza:  
la vida porque me mata,  
la muerte, porque me alegra.  
O ya de sentir no siento,  
o no son penas mis penas,

o Naturaleza hizo  
 peñas hombres y hombres peñas.  
 No tengo, si no me miro,  
 ejemplo que me parezca,  
 porque, si no fuera yo,  
 ninguno me pareciera.\*

FELIPA

Holgárame de tener entendimiento para alabar vuestros versos; sólo os diré, por no ofender vuestra modestia, que son castos, limpios y libres de la congoja que algunos causan.

JULIO

Bien le habéis conocido, y habéis hecho particular lisonja en respetar su modestia; porque hallaréis hombres de esta profesión que se alaban a sí mismos tan neciamente, que no dan lugar a que los otros los alaben; éstos pasan por locos; pero otros veréis que si les leyese Virgilio sus versos, no saben abrir la boca para alabárselos: que es un linaje de descortesía que, si no toca en arrogancia, descubre envidia.

FERNANDO

Con lo que allá descansaba, descanso ahora; porque no tenía más alivio que escribir mis pensamientos, como ahora le siento en repetirlos.

FELIPA

Pues no os acobarde mi ignorancia para entenderlos, ni mi ánimo para celebrarlos; que esta dama cubierta los hace y los entiende.

## FERNANDO

Pues a ella le suplico que, ya que no merezco que me hable, merezca que me escuche.

## JULIO

Bajó la cabeza: si todas fueran así, concedieran y no cansaran.

«Cuidados, ¿qué me queréis?  
 tened un poco la rienda;  
 que no podréis derribar  
 lo menos de mi firmeza.  
 Entre el amor y vosotros  
 hay notable diferencia;  
 que el amor tiene por gloria  
 lo que vosotros por pena.  
 Pensaréis que me obligáis  
 en hacer que no la tenga:  
 ¿quién os engaña, cuidados,  
 si descanso en padecerla?  
 Para cuidados os quiero;  
 que no puede ser que os quiera  
 para descansos quien ama,  
 para descuidos quien ceta.  
 Cuando contemplo, Amarillis,  
 en tu divina belleza,  
 tanto gusto de los males,  
 que de los bienes me pesa,  
 los desdenes de tus ojos  
 agradezco por fineza:  
 ¡qué nueva invención de amor  
 que los disgustos se deban!  
 A tal extremo he llegado,  
 que estimo que me aborrezcas,  
 por ver si puede mi amor  
 satisfacerse de penas.  
 Y con pensar que te obligo,  
 aun no quiero que lo sepas;  
 porque el verdadero amante  
 sólo de su amor se premia.  
 Pero mira, ¡qué desdicha!,  
 que tal vez en esta ausencia  
 no me alivia tu hermosura,  
 por imaginar mi ofensa.»

## FELIPA

Por vuestros versos he creído que os acordáis de Dorotea.

## FERNANDO

¡Oh, quisiera el cielo que no fuera tanto! En el lugar que digo, señora, estuve algunos días (mejor dijera estuve muchos años), uno de los cuales, solicitado de mi profunda imaginación, me subí por aquellos riscos, llevándole mayor al hombro que entre las eternas penas pintan a Sísifo; y creo que, si no fuera por Julio, me hubiera precipitado de ellos; obedecí su imperio, y en un libro de memoria escribí estos versos, trasladando de los efectos de la mía sus pensamientos:

«En una peña sentado,  
que el mar con soberbia furia,  
convertir pensaba en agua,  
y la descubrió más dura,  
Fabio miraba en las olas,  
cómo la playa las hurta,  
a las que vienen la plata,  
y a las que se van la espuma.  
Contemplando está las penas  
de amor y de olvido juntas:  
el olvido en las que mueren,  
y el amor en las que duran.  
Verdades de largo amor  
no hay olvido que las cubra,  
ni diligencias humanas  
a desdeñosas injurias.  
En vano ruegos humildes  
las deidades importunan;  
porque se ríen los cielos  
de los amantes que juran.  
Desea amor olvidar,  
y no quiere que se cumpla,  
porque nunca está más firme  
que pensando que se muda.

Más daña a quien solicita  
 cuidado a quien se desculda,  
 cuando la ventura es poca,  
 ser la diligencia mucha.  
 Naturaleza se alabe  
 de discretas hermosuras;  
 pero cuando son tiranas,  
 no se alabe de ninguna.  
 Tomó Fabio su instrumento,  
 y dijo a las peñas mudas  
 sus locuras en sus cuerdas,  
 por que pareciesen suyas. »

FELIPA

¿Qué dijo?

FERNANDO

No lo escribí; pero quiero deciros un desatino  
 que hice.

FELIPA

¿Cómo?

FERNANDO

Saqué el retrato de esta dama, que, envuelto en  
 un tafetán, traía en un naípe; con que pude decir,  
 mejor que los jugadores desdichados, que perdí  
 mi hacienda al naípe.

FELIPA

¿Pues cómo habéis dicho que erais pobre, y que  
 ella perdió la suya?

FERNANDO

¿Qué tienen que ver la libertad, la vida y el  
 alma con el oro?

JULIO

Pues no sólo traía esa prenda este caballero; pero, entre otras devociones, una zapatilla de ámbar sobre el corazón, como madeja de seda carmesí para alegrarle.

FERNANDO

Julio, ¿para qué dices de ámbar siendo del pie de Dorotea? Excusado pudiera estar lo que ya estaba entendido.

JULIO

Dirás que es redundancia o amplificación, como figura retórica; pero todavía ayudaría el ámbar a confortar el corazón, y era donaire que le dejaba en la camisa al lado izquierdo señalada la suela, y llamábale yo el Comendador Zapata; que, según los puntos, pienso que pudiera ser trece de su Orden.

FELIPA

Lo diréis porque sería pequeña.

JULIO

Bien cubría todo el corazón.

FELIPA

¿Tan gran corazón tiene este caballero?

## JULIO

No, porque es muy valiente, y los que lo son tienen el corazón pequeño, como se ve en los leones, que le tienen menor que los demás animales.

## FELIPA

Mal hacía si le traía por remedio para sosegar el corazón, porque los pies están enseñados a andar, y las zapatillas con ellos, y se le traerían más inquieto.

## FERNANDO

No lo había menester mi corazón; porque sólo en él se halló con verdad el movimiento perpetuo. Finalmente determiné de quitarme la ocasión de tantas penas, porque ya no me servía de consuelo, sino de desesperación, y sacando la daga...

## FELIPA

¡Jesús! ¡Mataste a Dorotea?

## FERNANDO

Cavé la poca tierra que en el espacio de dos peñas estaba ociosa, y enterré el retrato, habiendo hecho primero estos versos:

«Aquí donde jamás tu rostro hermoso  
planta mortal, divina Dorotea,  
toque atrevida, tu sepulcro sea,  
sin columnas de pórfito lustroso.  
•El fénix yace en inmortal reposo;  
no vuelva a renacer y el Sol le vea,



construyéndole en vez de vena sabea,  
mis lágrimas pirámide oloroso.

•Mas ¿qué importa, si amor inmortaliza  
el único milagro que deshace,  
y a más eterno Sol la pluma enriza?

•Remedio inútil entre peñas yace,  
si del alma que abrasa en la ceniza  
infante fénix del difunto nace. •

### JULIO

En tiempo de Claudio (si no miente Plinio) trajeron a Roma un fénix, y dicen que era de la grandeza y proporción de un águila; el cuello dorado y resplandeciente, el cuerpo purpúreo, la cola cerulea, distinta de rosadas plumas, o que en ellas estaban formadas rosas, como en la cola del pavón los ojos, y coronado de diversos rayos de otras más sutiles de varios cambiantes y tornasoles. Mas quisiera yo ahora preguntar a Plinio: Si no había más de aquella fénix en el mundo, ¿de qué se engendraron las que le sucedieron?

### FERNANDO

Julio, yo no sé más de que viven seiscientos años, y que, para la mía, son pocos. ¡Ay de mí! ¡No sé cómo pude volver a Cádiz, después que hice tan grande, aunque amorosa, locura! ¡Oh si fuera mi sepultura el mar, de Dorotea lo fué la tierra!

### FELIPA

Mucho me admiro de que sintáis tanto la pena de dejar un retrato, habiendo tenido ánimo para dejar el dueño.

FERNANDO

Al dueño no le dejé yo, que le traje conmigo.

FELIPA

Si le trajerais con vos, hubierais hecho diligencia para saber de él, y en toda vuestra relación no hay tal memoria.

FERNANDO

Muchas veces tuve ese pensamiento.

FELIPA

¿Por qué no le ejecutasteis?

FERNANDO

Por no darle más venganza.

FELIPA

Quien ama, no la da amando.

FERNANDO

Pues ¿cómo?

FELIPA

Aborreciendo.

FERNANDO

Pues eso pretendía yo, que Dorotea pensase de mí, lo que no hiciera escribiéndola.

FELIPA

¿Pues no es mejor que piense que la queréis?

FERNANDO

No, porque me ha olvidado.

FELIPA

¿De qué lo sabéis?

FERNANDO

De que es mujer.

FELIPA

Esa no es palabra de hombre discreto; que no todas las mujeres son mudables ni todos los hombres firmes.

FERNANDO

Yo sólo tengo firmeza para abonar los hombres.

FELIPA

Y Dorotea, para que en fe de su lealtad ninguna pierda el crédito.

FERNANDO

¿Eso cómo lo puede saber quien no la conoce?

FELIPA

Por las señas que me habéis dado, tengo por cierto que es la misma de quien me contó una amiga

que la noche del día que se partió un caballero, por quien os tengo, quiso matarse desesperadamente, de que estuvo muchos días con gran peligro.

JULIO

Señor, bien puedes creerlo; que no era Dorotea de mármol para no sentir la crueldad con que te partiste. Acuérdate de lo mucho que le cuestas de alma, vida y honra; que esto que se ejecuta con amor no se pierde con entendimiento; que entre los que le tienen y aquellos a quien falta hay esta diferencia, que los unos quieren por razón, y los otros por costumbre.

FERNANDO

Bien dices, Julio. Yo erré con pocos años; yo pudiera ser causa de la muerte de Dorotea, yo privara a la Naturaleza de su mayor milagro y al mundo de su hermosura. Suplícoos, señora mía, que me perdonéis; que se me ha cubierto el corazón y los ojos de agua.

JULIO

¡Ay tal desdicha de hombre! Tenedle, señora; que se hará pedazos.

FELIPA

¡Pobre mancebo! ¡Dale otras veces este mal?

DOROTEA

No lo puedo sufrir, Felipa.

FELIPA

Pues descúbrete, Dorotea.

DOROTEA

¡Ay, mi bien! ¡Ay, mi Fernando! ¡Ay, mi primero amor! Nunca yo hubiera nacido, para ser causa de tantas desdichas. ¡Oh, tirana madre! ¡Oh, bárbara mujer! Que tú me forzaste, tú me engañaste, tú me has dado la muerte. No me gozarás; yo me quitaré la vida, yo me volveré loca.

FELIPA

Quedo, que ya lo estás, Dorotea; deja el cabello, deja las manos. ¿Para eso callabas tanto? ¡Oh amor, terrible mal entre discretos! Mira que ya vuelve Fernando con la bebida de tus amorosas lágrimas.

DOROTEA

¿De qué sirve engañarme, Felipa? Mi bien es muerto.

JULIO

¡Qué naturaleza de amor tan propia! Tengo para mí que el amor y el temor nacieron de un parto.

DOROTEA

Ponle la cabeza en mi regazo; seré leona, que con bramidos le infunda vida.

FELIPA

Mírale el pulso, Julio.

JULIO

La mudanza de los accidentes siempre fué presagio de grandes males.

FELIPA

Tienes razón en lo primero, porque el color ya es pálido y ya es rojo, y ya tiene la mano fría y ya caliente.

JULIO

De una causa bien pueden proceder dos efectos contrarios: ejemplo el Sol, que con un mismo calor unas cosas ablanda y otras endurece.

FELIPA

Trae este búcaro de agua.

DOROTEA

¿Para qué, Felipa, donde están mis lágrimas?

JULIO

Espántome, siendo este desmayo de amor, que no vuelva con ellas.

FELIPA

¿Qué haremos, que va muy adelante y temo la gente?

JULIO

Recetarle quiero un remedio.

FELIPA

¿Cómo?

JULIO

Récipe la hierba Dorotea, y quitadas todas las hojas de las Indias, lavada muy bien en tres aguas, de amor, de nueva amistad y de confianza segura, cocida con arrepentimiento de lo pasado, a fuego lento de perdonar injurias, y puesta en el pecho de don Fernando todas las mañanas de este mes, sin que lo sepa su madre, volverá en sí, según doctrina de confirmar voluntades, en el libro primero de amistades sobre celos.

DOROTEA

¡Pluguiera a amor que esa receta fuera segura!; que yo la ejecutara con tantas veras como tú la dices de burlas.

JULIO

Pues mira si comienzan los efectos de este eclipse, que ya dió el alma la llave a don Fernando para abrir los ojos.

DOROTEA

¿Vives, mi bien? Habla, o no me hallarás con vida si te detienes.

FERNANDO

Vivo estoy, Dorotea; que como estuvo en tu mano mi muerte, pudo también mi vida.

JULIO

Así la dan en los pechos a los gusanos de seda las damas de Valencia.

DOROTEA

Cuando yo te hubiera hecho cuantos agravios has imaginado (que sobre haberte avisado ninguno pudo serlo), con el susto que me has dado, era mayor la venganza que la ofensa.

FERNANDO

Yo no he deseado tenerla de ti.

DOROTEA

Ni yo ofenderte.

FERNANDO

Yo me fuí porque tú quisiste.



DOROTEA

Antes por no quererme.

FERNANDO

En mí fué amor dejarte.

DOROTEA

No fué sino cobardía.

FERNANDO

¿A qué había de esperar con tal desengaño?

DOROTEA

A que intentaran quitarme de tus ojos.

FERNANDO

¿Para qué, Dorotea?

DOROTEA

Para matar a quien lo intentara.

FERNANDO

No sabía yo tu gusto.

DOROTEA

Con él y sin él era honra; que amor bastaba.

FERNANDO

Tarde me aconsejas.

DOROTEA

El amor y la honra no quieren consejo.

FERNANDO

En no competir con el oro, pienso que fuí cuerdo.

DOROTEA

Las espadas son de acero, y el amor es loco.

FERNANDO

Contra oro no hay acero; porque yo no había de matar a quien le tomaba.

DOROTEA

Si no hubiera quien le diera, no hubiera quien le tomara.

FERNANDO

Yo no vi a quien le daba, porque me fuí antes que le diese.

DOROTEA

Los amantes finos son como tudescos, que de donde ponen el pie nadie los quita.

FERNANDO

Y las finas damas son como los catalanes, que perderán mil vidas por guardar sus fueros.

DOROTEA

Leí en un libro de fábulas que luchaban Hércules y Anteo, que era hijo de la Tierra, y que con sus grandes fuerzas, Hércules le alzaba en alto; pero cuando volvía a poner el pie en ella, cobraba mayores fuerzas cuando más rendido.

FERNANDO

¿Qué quieres decir en eso?

DOROTEA

Que luchando amor e interés, que es invencible gigante, si estuvieras presente, todas las veces que pusiera en tí los ojos cobrara nuevas fuerzas para defenderme; pero si te fuiste, y me dejaste en los brazos de Hércules, sin querer ayudarme con asistirme, ¿quién ha tenido la culpa?

FERNANDO

Esto tenéis bueno las mujeres, que no os contentáis con agraviarnos, sino que nos dais la culpa de los mismos agravios que nos hacéis.

DOROTEA

Mi amor no te ha ofendido.

FERNANDO

Obras son amores.

DOROTEA

Yo fuí forzada.

FERNANDO

No era rey don Bela.

DOROTEA

Fuerzas hay sin reyes.

FERNANDO

¿Dirás que tu madre?

DOROTEA

Pues ¿qué mayores?

FERNANDO

¡Gentil obediencia!

DOROTEA

Tú sabes que comenzó la fuerza por mis cabellos, y que todos fuisteis contra mí: ella con injurias, Gerarda con hechizos, tú con dejarme, y un caballero discreto con persuadirme.

FERNANDO

¿Discreto, Dorotea? Vámonos, Julio; que nos dirá sus gracias.

JULIO

No te levantes furioso, que no te ha dado causa.

FERNANDO

Yo sé que es don Bela un necio.

FELIPA

Todo lo has echado a perder; ¿por qué le dijiste que era discreto?

DOROTEA

Por disculpar mi yerro con lo que le podía dar menos celos, que yo no alabé su talle.

FELIPA

Ea, señor don Fernando, que algo bueno ha de tener don Bela.

FERNANDO

Tenga plata, tenga oro, tenga diamantes, sea bien nacido; pero no sea entendido, ni de buen talle.

DOROTEA

Digo que es un necio, y de la más fea persona que hay en el mundo.

## FERNANDO

No tanto, Dorotea; que parece cumplimiento.

## JULIO

Gente viene al Prado: mejor es que nos vayamos juntos, que en nuestra casa podéis hablar sin que os juzguen, y averiguar estas quejas sin testigos.

## DOROTEA

Si Fernando me da la mano, yo iré con él; si no, ten por sin remedio que tengo de dar mil voces, y hacer mil locuras en este Prado.

## JULIO

¡Ea, reyes míos!: que en el Prado y por abril, sólo tienen licencia los rocines.

## FERNANDO

¿Que tú me escuchabas, Dorotea?

## JULIO

¡Con qué bostezo tan moscatel despiertas del enojol!

## DOROTEA

En el alma me imprimías tus razones. ¿Qué dudas de darme la mano? Dámela, y te perdonaré un bofetón que un día me diste con ella porque

alabé un caballero mozo, tan bizarro en la plaza como valiente con los toros; que no fué el de Teágenes a Clariquea sin conocerla: agravio que tú lloraste mucho tiempo, y que la misma noche me dabas tu daga para que yo me vengase de la agresora de tan injusto delito.

JULIO

¡Qué disparates hacen y dicen los que aman! Cierto estoy que te la dió porque él lo estaba de que no se la habías de cortar; que con amor tan imitador de Mucio Scévola, ¿quién fuera Porsena?

FERNANDO

¿Que te podrá negar quien te debe la vida?

FELIPA

Id vosotros delante; que ya nos miran.

JULIO

¿Eres tú el que no habías de hablar a Dorotea?

FERNANDO

¿No ves que tengo mi horóscopo en cuadrado y en oposición de Venus, y que hoy la miré a ella en el Tauro y en la Libra?

JULIO

¡Qué cierto es culpar los hombres a la influencia, como si las estrellas hicieran fuerza, siendo la

resistencia efecto de la virtud de nuestro albedrío como lo hicieron el divino Platón y Escipión el Africano.

FERNANDO

Ni yo soy divino ni romano; pero no sé lo que hicieran, uno filósofo y otro capitán, si vieran a Dorotea. [*Vanse.*]

## ESCENA SEGUNDA

[*Sala en casa de Ludovico.*]

LUDOVICO. — CÉSAR

CÉSAR

No vendrá esta mañana a nuestra junta don Fernando.

LUDOVICO

Debe de andar con los pensamientos de su poema; que desvela mucho la dificultad de un principio.

CÉSAR

No sea el poema Dorotea.

LUDOVICO

El ha puesto la honra en no rendirse. Mostradme el soneto que le traíais.



CÉSAR

Es en la nueva lengua.

LUDOVICO

No importa; yo sé un poco de griego.

CÉSAR

Algunos grandes ingenios adornan y visten la lengua castellana, hablando y escribiendo, orando y enseñando, de nuevas frases y figuras retóricas que la embellecen y esmaltan con admirable propiedad, a quien como a maestros (y más a alguno que yo conozco) se debe toda veneración, porque la han honrado, acrecentado, ilustrado y enriquecido con hermosos y no vulgares términos, cuya riqueza, aumento y hermosura reconoce el aplauso de los bien entendidos; pero la mala imitación de otros, por quererse atrever con desordenada ambición a lo que no les es lícito, pare monstruos disformes y ridículos. El soneto es burlesco, y dice:

«Pululando de culto, Claudio amigo,  
minotaurista soy desde mañana,  
derelinquo la frasi castellana,  
vayan las *Solitudines* conmlgo.

Por precursora, desde hoy más me obligo  
a la aurora llamar Bautista o Juana,  
chamelote la mar, la ronca rana  
mosca del agua, y sarna de oro al trigo.

Mal afecto de mí, con odio y murrio,  
cálidas diré ya, que no grigulescos,  
como en el tiempo del pastor Bandurrio.

Estos versos, ¿son turcos o tudescos?  
Tú, lector Garibay, si eres bamburrio,  
apláudelos, que son cultidiabescos.»

## LUDOVICO

¿Queréis que le comentemos, mientras viene Fernando?

## CÉSAR

A mí me parece que el argumento de este soneto (Dios vaya conmigo) es emprender esta nueva religión poética algún ingenio arrepentido de su misma patria; mas no querría que nos dijese que parecemos a los trastejadores, que desde el tejado ajeno van echando a la calle cuanto hallan: allá va una pelota, allá va una bola, allá unas calzas viejas o algún cadáver gato, a quien dieron la muerte los perdigones, y las tejas sepultura.

## LUDOVICO

Así son muchos, que cuanto hallan en *Estobeo*, la *Poliantea* y *Conrado Gisnerio* y otros librotos de lugares comunes, todo lo echan abajo, venga o no venga a propósito.

## CÉSAR

Sin pasión digo que muchos de ellos no son dignos de alabanza, aunque yo lo quiero ser de este soneto, porque como la invención es la parte principal del poeta, si no el todo, y invención e imitación sean también una misma cosa, ni lo uno ni lo otro se halla en el que comenta; antes parecen a los horcones de los árboles, que aunque están arrimados a las ramas, no tienen hojas, ni fruto, sino sólo sirven de puntales a la fertilidad

ajena, y como si no lo viésemos, nos están diciendo: «Esta es pera, este es durazno y este es membrillo», como el otro pintor que puso a un león trasquilado: «Este es león rampante».

#### LUDOVICO

Los que comentan y declaran a los poetas griegos y latinos merecen alabanza y premio, así por las canas de la antigüedad que los ha hecho inaccesibles, como porque se muestra mejor la erudición de autores y de varias lenguas. Deseo quien escriba sobre Garcilaso; que hasta ahora no le tenemos.

#### CÉSAR

Grandes poetas son los de esta edad; pero más querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las ajenas. Diego de Mendoza, Vicente Espinel, Marco Antonio de la Vega, Pedro Láinez, el doctor Garray, Fernando de Herrera, los dos Lupercios, don Luis de Góngora, Luis Gálvez Montalvo, el marqués de Auñón, el de Montes Claros, el duque de Francavila, el canónigo Tarraga, el marqués de Peñafiel, que tanta gracia tuvo para los versos castellanos, como se ve en aquellas endechas:

«En tiempo de agravios  
¿de qué sirven quejas?  
que pues no hay orejas,  
¿para qué son labios?»

Francisco de Figueroa y Fernando de Herrera, que entrambos han merecido nombres de divinos; Pe-

dro Padilla, el doctor Campuzano, López Maldonado, Miguel Cervantes, el jurado Rofos, el Doctor Soto, don Alonso de Ercilla, Liñán de Riaza, don Luis de Vargas Manrique, don Francisco de la Cueva y el licenciado Berrio, y este Lope de Vega, que comienza ahora.

LUDOVICO

¿Esos son todos los que hay ahora en España?

CÉSAR

De éstos tengo noticia, y de Bautista de Vivar, monstruo de naturaleza en decir versos de improviso con admirable impulso de las musas, y aquel furor poético que en su *Platón* divide Marsilio Ficino en cuatro partes.

LUDOVICO

¿Cómo?

CÉSAR

El primero es el poético, el segundo el misterioso, el tercero el vaticinio, y el cuarto el amatorio: de las musas es la poesía, el misterio de Dionisio, el vaticinio de Apolo y el amor de Venus. Cómo esto suceda, hallaréis en el mismo discurso.

LUDOVICO

Paréceme que de estos poetas se han de venir a engendrar tantos, que en sola una calle de Madrid

haya más los que ahora decís que escriben en toda España.

CÉSAR

Tal nos podemos prometer de la fertilidad de sus ingenios.

LUDOVICO

¿Qué han impreso hasta ahora?

CÉSAR

*Austriadas, Araucanas, Galateas, Fílidas* y varias *Rimas*. Don Francisco de la Cueva, y Benitor, jurisconsultos, gravísimos, de quien pudiéramos decir lo que de Dino y Alciato, intérpretes consultísimos de las leyes y poetas dulcísimos, escribieron comedias que se representaron con general aplauso.

LUDOVICO

¿En qué ha parado el examen de las comedias?

CÉSAR

Su majestad, que Dios guarde, por descargo de su real conciencia, hizo que ventilasen su decencia o indecencia, y han salido por último escrutinio indiferentes, siguiendo a los doctores sagrados que las dan por lícitas, porque adelante no las calumnien e impugnen; aunque se debe advertir que sea con todas las condiciones que tocan a nuestra santa fe y buenas costumbres.

LUDOVICO

Para eso las censura un secretario y las aprueba el Real Consejo.

CÉSAR

Volviendo a nuestro soneto, de que nos habemos divertido, decid algo de este nombre *culto*; que yo no entiendo su etimología.

CÉSAR

Con decirnos que lo fué Garcilaso, queda entendido.

LUDOVICO

Garcilaso, ¿fué culto?

CÉSAR

Aquel poeta es culto, que cultiva de suerte su poema, que no deja cosa áspera ni obscura, como un labrador un campo; que eso es cultura, aunque ellos dirán que lo toman por ornamento.

LUDOVICO

La ley segunda de las cosas que no se tienen por escritas, dice que son iguales lo no entendido y lo que no fué escrito.

CÉSAR

A mí me parece que al nombre *culto* no puede haber etimología que mejor le venga que la limpieza y el despejo de la sentencia libre de la obs-

curidad; que no es ornamento de la oración la confusión de los términos mal colocados, y la bárbara frase traída de los cabellos con metáfora sobre metáfora.

LUDOVICO

Viciosa es la oración en buena lógica, que se saca por términos oscuros e impropios, y que más obscurece que declara la naturaleza de la cosa definida; y si las que entre sí tienen esencial correspondencia no se pueden definir la una sin la otra, ¿qué relación hará *velera paloma* a las naves para definir las o describirlas por este término, pues que lo mismo fuera velero cernícalo a un galeón, o velera cigüeña a una fragata?

CÉSAR

¡Qué bien llamó Virgilio a la saeta *volador hierro!*

LUDOVICO

Era Virgilio.

CÉSAR

Pues con todo eso, cuando dijo *líquido fuego* por puro o lúcido, dijo Macrobio que había sido atrevimiento, y le disculpa con que primero lo había dicho Lucrecio.

LUDOVICO

Arato, traducido por Germánico César, llamó a las lluvias del cielo *linfas tenues*, y el gran poeta, *alegres* a las espigas fértiles.

## CÉSAR

¡Qué traslación tan propia! Que es como decir que el agua se va riendo.

## LUDOVICO

Los términos que definen mal la etimología de los nombres son de todo punto bárbaros, como el que llamó *pecadores* a los herradores, trasladando los yerros de las costumbres al herrar las mulas.

## CÉSAR

Un estudiante comía moras, y respondió al que le preguntaba qué hacía: *Manduco sarracenas*; trasladando la fruta a la nación del Africa.

## LUDOVICO

No se entienden aquí los que dice Pico Mirandulano, aquel milagro florentín, como lo son todos los ingenios de aquella patria, en su *Heptaplo*, que disfrazan la filosofía con el ornamento de las palabras, porque en los que yo digo falta toda la razón de lo bueno, que consiste en el modo, en la especie y en el orden.

## CÉSAR

La demostración, como dice el filósofo, es de las cosas verdaderas; porque de las falsas se puede inferir lo falso y lo verdadero; pero de las verdaderas sólo aquello que es verdadero.



## LUDOVICO

César, la prueba se ha de hacer por las cosas más conocidas; que de otra suerte sería confusión y no prueba; porque ha de manifestar el entendimiento y no confundir el entendimiento.

## CÉSAR

Parecen proposiciones hipotéticas, que pueden ser y no ser, con cierta condición que las denuncia.

## LUDOVICO

Mejor dijerais enigmas; que si Platón envolvió su filosofía en oscuros términos, los poetas, para declarar sus conceptos, deben usar los más fáciles, y para esto pensaba yo que se borraban los primeros delineamientos, que es lo que llaman lima.

## CÉSAR

No les parece que se puede levantar la lengua sin frases bárbaras, y es engaño o falta de ingenio, pues lo vemos en otros.

## LUDOVICO

Dirán ellos que tienen de su opinión muchos hombres científicos, y que el problema dialéctico es proposición que se propone por entrambas partes de la contradicción.

## CÉSAR

De esto quisiera yo que trataran en sus juntas los que en este lugar se llaman ingenios, como lo hacen en Italia en aquellas floridísimas academias; pero juntarse a murmurar los unos de los otros debe de traer gusto; pero parece envidia, y en muchos ignorancia..

## LUDOVICO

Allí ninguno enseña y todos hablan, por lo que fuera bueno poner en una tablilla: «Aquí se juntan los ingenios»; como: «Esta es casa de posadas».

## CÉSAR

¿No habéis visto aquel instrumento con que los libreros cortan los libros que encuadernan? Pues ese se llama *ingenio* y debe de ser por éstos que también cortan papel; pero es la dicha de lo escrito, que no pasan de las márgenes.

## LUDOVICO

Dicen algunos que basta la lógica natural para argüir y responder; y que así también para los versos la naturaleza sola, sin estar a los preceptos del arte.

## CÉSAR

El arte poética es parte de la filosofía racional, y por eso se cuenta entre las liberales; pero aun-

que es verdad que tiene principio de la naturaleza, ¿qué bárbaro no sabe que el arte la perfecciona? Verdad es que sin letras habremos visto ingenios, pero dentro de las esferas de su actividad; porque en saliendo de aquel pequeño ámbito donde dan vueltas, es fuerza que se pierdan y que deliren. Pero ya que esta digresión ha sido inexcusable, volvamos a los versos.

LUDOVICO

«Pululando de culto, Claudio amigo.»

CÉSAR

Columela nos dirá lo que es *pulular*, por ser propio de los árboles.

LUDOVICO

Así las musas os favorezcan, César, que no hablemos de veras, pues el soneto es de burlas: dejad a Columela y los lugares comunes, ¡malditos sean ellos!, que ya no tengo cabeza para sufrirlos.

CÉSAR

Sea como queréis; pero si se ofrece alguna cosa seria o científica, me habéis de perdonar; y ahora que pulular de culto es como ser catecúmeno de esta secta, y que es hispanismo muy frecuentado de todos, como por ejemplo: *zambúllome de pato*, *ando de rebozo*, *vive de milagro*, *viste de verde*, *habla de*

*enfermo, sale de juicio, y otras cosas a este propósito, porque no digáis que os quiero cansar con el tal Columela. Pero mirad qué divinísima traslación de pulular hizo el *Eclesiástico*, hablando de Caleb y de aquellos jueces israelitas, que sus huesos pululaban en los sepulcros, como que de ellos nacían siempre nuevas memorias y descendencias.*

### ESCENA TERCERA

JULIO. — LUDOVICO. — CÉSAR

JULIO

Estén en buena hora Niso y Euríalo, Pílates y Orestes, Damón y Pithias, Escipión y Lelio.

LUDOVICO

¡Oh, Julio amigo, seas bien venido! ¿Dónde sin don Fernando?

JULIO

Queda en casa en una ocupación notable. Envióme a que os dijese que vendría lo más pronto que le fuese posible.

CÉSAR

Yo aseguro que le han ocupado las musas.

JULIO

No, sino la musa.

CÉSAR

¿Cómo es posible?

JULIO

Así lo fuera decirlo.

CÉSAR

La musa que él invocaba anda fuera del Parnaso con otros pensamientos.

JULIO

Preguntábale Virgilio a la suya que por qué causa había venido Eneas de Troya a Italia. Que esta figura en la retórica es como apóstrofe, o anti-pófora.

CÉSAR

Respondes a tu propósito, y no al mío.

JULIO

Tú quisieras saber quién es la musa, y yo digo que se lo preguntes a ella; que, fuera de ser necesario el secreto, sería larga de contar la historia.

LUDOVICO

Pues haz una brachilogia, como aquel verso:

«Abrasa a Paris amor,  
roba a Elena, el griego se arma...

JULIO

Pues digo en esa imitación:

«Ausentóse Fernando,  
uró, mintió, volvió, rogó llorando.»

LUDOVICO

Tú lo has dicho con tu ingenio.

JULIO

A lo menos es inducción por quien de los particulares se puede hacer progreso a los universales.

CÉSAR

Julio, no vienes mal templado para lo que tratábamos, aunque a ti nunca te olvidó la corte de aquellos buenos estudios.

JULIO

¿En qué pasabais el tiempo?

LUDOVICO

Mientras venía Fernando, intentábamos entender un soneto.

JULIO

¿Entenderle?

CÉSAR

¿De qué te admiras?

JULIO

¿Tales ingenios?

LUDOVICO

Toma y lee para ti, y luego nos ayudarás a comentarle.

JULIO

Sin arrogancia leo.

CÉSAR

Extremado ingenio tiene Julio; él y su amo son perpetuos estudiantes.

LUDOVICO

No sé cómo puede Fernando amar y estudiar a un tiempo.

CÉSAR

Parece esa duda al problema del filósofo: ¿cómo se engendran los hermafroditas?

LUDOVICO

Ovidio lo intentó con la fábula de Salmacis y Troco.

CÉSAR

El orador romano dijo en sus *Tusculanas* que ninguna de las perturbaciones del ánimo era más vehemente que el furor del amor; pues ¿cómo puede

aplicarse el ánimo turbado a los estudios que requieren estado tan pacífico?

JULIO

Yo he leído y considerado esta bizarra macarronea: ¡mal año para Merlín Cocayo!

CÉSAR

Aunque llegábamos al segundo verso, ¿qué te parece del primero?

JULIO

Que habla con un amigo suyo.

LUDOVICO

En razón de comentarle, no se excusaban en la palabra *amigo* Luciano y Tulio.

JULIO

Si algo me tocara a mí, no lo pienso probar con la ilustre cáfila de la antigüedad, sino con poetas exquisitos, como los autores modernos, que piensan que es erudición ensartar nombres sin leer los libros.

CÉSAR

¿Cómo dice el segundo verso?

JULIO

«Minotaurista soy desde mañana.»



## CÉSAR

Bien se ve claramente que se burlaba, si confiesa que esta poesía es laberinto, pues él se hace Minotauro.

## JULIO

Mal compuesto para de toro y hombre.

## LUDOVICO

Esta voz lo es de Minos y Tauro; así se llamaba el hijo de Pasifé, a quien levantó Ovidio, que se enamoró de un toro; que entre las fábulas y apólogos de los poetas ninguna agravió tanto a las mujeres como esta bestialidad y el caballo de Semíramis; porque el cisne de la hermosa Leda, y la lluvia de oro de la imposible Dánae, ya fueron hombres; si bien por alegoría debieron de querer decir que el poder, la fuerza, el interés y la ocasión vencieron a muchas.

## CÉSAR

Valientemente la pintó Ausonio.

## JULIO

En fin, dice que desde mañana será minotauro.

## CÉSAR

Del laberinto de los cultos.

LUDOVICO

Ayúdele el hilo de oro, tan celebrado del epigrama de Estigelio.

CÉSAR

El minotauro traían los romanos en sus banderas por símbolo del secreto.

JULIO

Y aquí también pudieran; que para muchos lo es este género de lengua.

CÉSAR

De la mañana, ¿no diremos algo? Que los comentarios no perdonarán cosa tan clara.

LUDOVICO

Pues decid que es la sucesora de la noche, como ella la máscara del día; y si la queréis muy rústica, trasladad el *Moreto* de Virgilio.

JULIO

¡Qué fuera estaba de pintarla Rebotín de Marsella cuando dijo en sus estrambotes:

«Lo primero que hago con la aurora,  
ya lo he dicho quitándole dos letras!»

LUDOVICO

¿Dónde hallaste ese poeta, Julio?

JULIO

No os metáis en averiguarlo, porque sabed que califican mucho a los que escriben, autores extraordinarios.

LUDOVICO

Y aunque sean clásicos, fuera mejor que dijeran ellos lo que dijeron los autores.

CÉSAR

No tuviera tanta autoridad; que muchas cosas se respetan por antiguas, que no igualan con las que ahora vemos.

JULIO

Esa desdicha no la padecen las mujeres; que más las respetan mozas.

LUDOVICO

Dicen que se enfadaba Miguel Angel, aquel escultor romano que dejó igual memoria con sus estatuas, que con sus originales tiene la misma naturaleza...

JULIO

¿De qué se enfadaba?

LUDOVICO

De que anduviesen celebrando los estatuarios antiguos Fidias, Eufanores y Policletos, y que él

no tuviese el nombre que merecía, porque no era de aquellos tiempos, haciéndoles ventaja conocida; y para burlarse de la envidia, que es la que siempre sigue a los vivos...

#### JULIO

Y a veces a los muertos.

#### LUDOVICO

Hizo una famosa estatua, y, acabada con suma perfección y estudio, quitóle un pie y enterróla de noche en una villa de un cardenal (así llaman allá a los jardines) que a la sazón se edificaba; halláronla a pocos días los ministros de la fábrica, y acudiendo al espectáculo toda Roma, que unos decían que era de Mentor, el que hizo el Júpiter Capitolino y la Diana Efesia; y otros, que de Mironio, el que hizo la Minerva y el Sático, de quien Juvenal se acuerda, y algunos que de Telecles y Teodoro; finalmente, los escultores decían que ninguno se podía atrever a hacerle el pie que le faltaba, en todo el mundo. Entonces Miguel hizo traer el pie, y poniéndole a la estatua, les dijo: «Romanos, yo la hice.»

#### JULIO

Ahora viene.

«Derelinquo la frasi castellana.»

CÉSAR

*Derelinquo* es más que *linguo*, porque es dejar de todo punto.

JULIO

Así es verdad, y por eso dijo con propiedad grande Cosme Pajarote, poeta manchego, en su *Zarambaina*:

«En viendo que el estlo está propincuo  
por mi salud las damas derelinquo.»

Y porque tan gran mudanza no se podía hacer sin gran favor, remata el cuarteto diciendo:

«Vayan las *Solitúdes* conmigo.»

CÉSAR

Digo yo que estuvieran allí mejor las *Soledades*.

LUDOVICO

Eso no, porque las voces esdrújulas son hinchazón del verso.

JULIO

No, sino lobanillo.

LUDOVICO

Fuera de ser más culto, está más crespo.

## JULIO

El poeta Bartolino de Cordellate usaba mucho de esdrújulos; y así, dijo en su *Merendona*:

«No quiero más ventura,  
que tener la bucólica segura.»

Pero mejor Cairasco en las *Cadencias*:

«Y tiene una carátula  
que la haréis mejor con una espátula.»

CÉSAR

El segundo cuarteto, ¿cómo dice?

JULIO

«Por precursora, desde hoy más me obligo  
a la aurora llamar Bautista o Juana.»

Y es bellísima figura, tomando desde el río Jordán la metáfora, y si fuere menester, desde el río Marañón.

LUDOVICO

Hame hecho Julio reír y acordar de una comedia de San Cristóbal, donde, describiendo una procesión, el poeta hizo uno de los gigantes al Santo y la tarasca al demonio, cuyos dos versos, paralelos de una estancia, decían:

«Y con estos aceros  
tragaré querubines por sombreros.»

CÉSAR

¡Valiente hipérbole!

LUDOVICO

Pero mirad qué cultería ésta del mismo poeta:

«Que ya sangre coral, ya carne nieve.»

O mirad ésta por el mismo estilo:

Deja sangre cristal, vidrio embeleco.»

Prosigue, Julio, para acabar el cuarteto.

JULIO

«Chamelote la mar, la ronca rana,  
mosca del agua, y sarna de oro al trigo.»

CÉSAR

¡Notable cosa!

LUDOVICO

Ya sabéis que hay chamelote de flores y chamelote de aguas.

CÉSAR

Los dos he visto.

LUDOVICO

Pues sabed que la tierra es entre cultos chamelote de flores, y la mar chamelote de aguas.

JULIO

No estaba mal dicho, si la voz chamelote no fuera tan áspera.

## CÉSAR

Así es verdad, porque muchas cosas de los cultos agradan por la hermosura de las voces, como llamando al ruiñeñor *cítara de pluma*, que por la misma razón se había de llamar la *cítara ruiñeñor de palo*; pero la bajeza del sonido de estas dos voces no sufre que se diga siendo lo mismo: de suerte que la hermosura de *cítara* y *pluma* hace que no se repare en la conveniencia.

## JULIO

¿Y si tuviera lo uno y lo otro?

## LUDOVICO

Fuera perfecto, poseyendo la forma esencial del concepto mejor materia en las voces, como para la perfección de la hermosura; es opinión de León Hebreo en sus *Diálogos*.

## JULIO

Las licencias claro está que son permitidas, y, como dijo un poeta: «Que los trabajos obligan a lo que un hombre no piensa»; lo mismo también se ha de entender de los consonantes, que aun de las cosas que se engendran, unas son por contingencia y otras por necesidad, como quiere el filósofo; y Quintiliano llamó a esta permisión *fuerza del verso*.



## LUDOVICO

Ninguna cosa debe disculpar al buen poeta: piense, borre, advierta, elija y lea mil veces lo que escribe; que rimas se llamaron de *rimar*, que es inquirir y buscar con diligencia: así le usó Cicerón, así Estacio.

## CÉSAR

De suerte que no es alabanza no borrar.

## JULIO

Oíd lo que respondía en una comedia un poeta a un príncipe, que le preguntaba cómo componía, y veréis con qué facilidad lo dijo todo:

«¿Cómo compones? Leyendo,  
y lo que leo imitando,  
y lo que imito escribiendo,  
y lo que escribo borrando:  
de lo borrado escogiendo.»

## CÉSAR

Oíd una curiosidad de Suetonio Tranquilo, que, hablando de que Nerón era poeta, y que muchos creían que eran ajenos los versos, y que los vendía por suyos, dice que después de muerto hallaron los cartapacios borrados y los versos sobreescritos; con que se certificaron de que eran suyos: luego en lo borrado se conoce lo que se piensa; que quien no piensa no borra; y así, el que rimare hallará lo más perfecto; que de hallar se llamaron los versos *trovas*; y por eso dijo el otro poeta:

«Dios perdone a Castillejo,  
que bien habló de estas *trovas*.»

## LUDOVICO

De ese poeta aun viven sus obras: fué secretario del Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos; aunque mayor la mereció otro del mismo oficio, que fué Gonzalo Pérez, excelente traductor de Homero, como Gregorio Hernández, de Virgilio. Estos eran hombres de veras, que no aguardaron a que los pasase a su lengua Italia; que primero que los viésemos en ella, fué su versión del griego y del latino.

## JULIO

Tocado habéis un punto que no ha causado poca risa entre los hombres de buenas letras, digo humanas, que ahora llaman pulidas, si bien no sé la causa.

## CÉSAR

¿Qué punto, Julio?

## JULIO

Algunas versiones del latín, francés y griego, que, sacándolas del toscano, nos las venden por legítimas.

## CÉSAR

Tan malo es eso como vender por propios los estudios ajenos, y los libros que hurtaron a quien los escribió. Pero volviendo al *rimar* o hallar, que es lo mismo que inventar, y de quien ahora en

Italia y en España se llaman *Rimas* las obras sueltas, la misma voz manifiesta lo que se debe pensar; y así llamó Cicerón a aquella fuerza oculta de investigar, *invención* y *pensamiento*: mirad si es menester cuidado, que aun para la oración suelta no quiso Aristóteles que se frecuentasen el yambo y el troqueo, y le cita él mismo.

#### LUDOVICO

La causa de que los poetas escribiendo prosa mezclen en ella versos medidos, es el uso de escribirlos; de que se enfadan los dos filósofos, y con mucha razón; pero el que fuere poeta natural, no podrá remediar este defecto, si no es con mucho cuidado.

#### JULIO

Lascivamente trajo el rimar el poeta Simaco. Pero ¿cómo os olvidáis del mar, a quien nuestro soneto llama *chamelote*?

#### CÉSAR

Aunque esa voz fuera dulce, era la traslación durísima.

#### LUDOVICO

Mirandulano dijo que la materia estaba en una cama del mar, en esta esfera de las cosas generables y corruptibles.

## JULIO

Sí; pero no dijo si había de ser de grana o de chamelote.

## LUDOVICO

Salomón aplicó divinamente a las generaciones que van y vienen, el flujo y reflujo de las ondas.

## JULIO

Yo aseguro que no las hizo de paño de rey ni de picote de Córdoba.

## CÉSAR

Desagradaron a Antonio Espelta, en su *Retórica*, las cosas duramente traídas desde lejos, y en una palabra definió Quintiliano la metáfora *hermosa y clara*; ¿qué hará lo que no tiene conveniencia, de que acusa a Licofronte, Gorgias y Alcidadantes en los epítetos y adjetivos.

## JULIO

Oíd la *ronca rana* del séptimo verso.

## CÉSAR

¿Cómo la llama?

## JULIO

*Mosca del agua.*

## CÉSAR

¿Por qué causa de conveniencia?

LUDOVICO

Porque es importuna.

CÉSAR

Luego un carro de bueyes, la tolba de un molino, un órgano cuando le templean, y una pulga cuando porfía, ¿serán moscas?

LUDOVICO

Por eso puso *ronca*, porque por su atributo se conociese su importunidad; pero no advirtió cómo Virgilio llamó a los cisnes roncós, y le disculpa Ambrosio Calepino, dando la culpa al estrépito de las alas.

JULIO

*In verbo* pulga, ya que la habéis nombrado, quisiera deciros una canción que hizo el maestro Burguillos a cierta pulga.

CÉSAR

Dila por tu vida, Julio, para que nos descanses de este inexorable soneto, pues ya no vendrá Fernando.

JULIO

«Espíritu lascivo,  
de los reinos de amor libre tirano.  
sutil átomo vivo,  
en plear y color, mostaza en grano;  
para en alguna parte,  
que mal podré, saltando retratarte

•Pues la noche defiende  
tu vida a tantos dedos alguaciles.  
no huyas, dulce duende;  
que en tus heridas a traición sutiles,  
como los celos eres,  
que picas y te vas por donde quierres.

•En la tórrida zona  
los bárbaros respetan la hermosura,  
que aun la muerte perdona;  
y tú, cruel, inexorable y dura,  
más turca que Amurates,  
campos de aljófara siembras de granates.

•¡Oh punto indivisible  
de la circunferencia de tu dueño,  
arador invisible,  
homicida frenética del sueño  
que como delincuente  
te pasas a Aragón tan fácilmente!

•¿Qué gravedad no encuentras?  
¿Qué hermosura no asustas? ¿Qué clausura  
sacrilega no entras?

•¿Qué estrado, qué valor, qué compostura  
no asaltas y sarpulles.  
y cuando más te agarran te escabulles?

•Corrido un elefante,  
dijo a una pulga: «¡Oh gran naturaleza!  
¡mi envidia no te espante!  
•¿para qué quiero yo tanta grandeza,  
•si duermo en la campaña,  
•y ésta en la holanda. que en azar se baña?»

•De hierba me sustento,  
•y tú de la más pura sangre humana:  
•en tierra, en agua. en viento  
•vive todo animal, tú en oro y grana,  
•de donde miras sola  
•cuanto circunda la terrestre bola.»

•Verdad dijo la fiera,  
pues nunca vió Colón, si se compara,  
en una y otra esfera,  
y aunque por nuevos climas navegara,  
a tanta hidrografía  
como suele mirar tu fantasía.

•Si la pluma describe  
tu cantidad, ¿cuál hombre, aunque rey sea,  
tantos palacios vive,  
ni en tantas galerías se pasea?

Pero en efecto eres  
mala justicia, de torcida mueres.

•Hazafia fué de Alcides  
flecharle las arpías a Fineo;  
tú, pulga, que resides

en la mesa mayor de mi deseo,  
mira que no te inclines  
donde te maten flechas de jazmines.

•Pero, pimienta viva,  
que naces en los reinos orientales;  
tenaza fugitiva,  
que tienes los candiles por fiscales;  
avispa, que sin pena  
vagas ociosa entre la miel ajena;

•¡Qué venganzas iguales  
como hallarte en el hurto, y retorcerte  
en yemas de cristales,  
porque parezcas en la dulce muerte  
a los enamorados,  
que mueren retorcidos y estrujados?

•No andes por las ramas  
poniendo en nieve cándida lunares,  
si bien pulga te llamas  
porque sueles morir entre pulgares,  
aunque te puso un día  
Hernando del Pulgar su valentía.

•¡Qué necios anduvieron  
en sus transformaciones fabulosas  
los dioses que se hicieron  
cisnes, toros, caballos, fuentes, rosas!  
Pues si en ti se volvieran,  
¡qué lince Argos sus engaños vieran?

•Filis está enojada  
porque eres pûlga, cazador sin miedo  
de la lengua vedada:  
guárdate, pulga de puñal de un dedo;  
mas, ¡ojalá yo fuera  
quien entre puertas de marfil muriera!

•Pulga, a los dos nos falta,  
a ti mi humano ser, y a mí tu dicha;  
pica, repica, salta,  
y si morir tuvieres por desdicha,  
troquemos el empleo:  
yo seré pulga y tú serás deseo.

•Mas ya que el diente aplicas,  
purpúreo estamparás círculo breve,  
seremos, si la picas  
saltando por el arco de su nieve,  
aunque a mis ojos fuego,  
tú el perro, yo el que paga, amor el ciego. •

#### LUDOVICO

¡Qué cosa tan propia de su condición!

CÉSAR

Nunca el maestro Burguillos hizo elección para sus musas de más elevados asuntos.

LUDOVICO

Si aquí le tuviéramos, él nos sacara de muchas dudas en la tremenda esfinge de este soneto.

CÉSAR

¿En qué le dejamos?

JULIO

En que Virgilio llamó a los cisnes *roncos*, y os prometo que me holgué en extremo; porque estoy cansado de esta dulzura y suavidad con que dicen que cantan.

LUDOVICO

De ahí le viene esto de *canoro* y *sonoro*, tan ordinarios atributos suyos, como lo veréis en Propercio y otros.

JULIO

Y de todas las aves; que por eso dijo el poeta Filondango Mocuseo...

LUDOVICO

Prodigioso poeta.



JULIO

En su *Lucifereida*, aunque tomado del griego *Calipodio*.

CÉSAR

¡Qué bien se burla!

JULIO

«Cántenme buhos, no sonoras aves,  
endechas tristes, no canciones graves.»

LUDOVICO

Lo único, lo aplaudido, lo grande, aunque yerre sin disculpa, se ha de venerar por acierto.

CÉSAR

La voz de las ranas, o los villanos de Licia que transformó Latona, llamó ronca Ovidio, y las pintó gallardamente, pero no las llamó moscas.

JULIO

Agudamente dijo Zanahorio Caracola en un soneto a una dama gruesa de rostro y flaca de piernas:

«Tírsi, como yo soy grosero amante,  
más te quisiera rana que gigante.»

Luego dice, *sarna de oro* al trigo.

CÉSAR

Eso, ¿quién puede entenderlo?

## JULIO

Antes es fácil; porque, como la sarna tiene granos, así el trigo, y añadióles *de oro*; que las comparaciones no se entienden *in omnimodam rationem*; pero debiólo de tomar el poeta de este soneto de la *Sarbeida* que escribió Trancón Gerundio en el libro titulado *Pupillaje*:

«¡Qué dulce almíbar masco,  
cuando lleno de cólera me rasco!  
porque parece, aunque después lo lloro,  
que ensarto por las uñas granos de oro.»

## LUDOVICO

La metáfora ha de ser según la proporción, como el vestido.

## CÉSAR

De Gorgias se rió Aristóteles porque llamó *verdes cosas* a las *semillas*; ¡qué hiciera si hubiera visto lo que ahora pasa?

## LUDOVICO

*Ceres* llamó Virgilio al trigo, por metonimia.

## CÉSAR

De esos tropos leed a Quintiliano, aunque Cipriano los reduce a once.

## JULIO

El primer verso de los tercetos dice:

«Mal afecto de mí, con tedio y murrio

## LUDOVICO

Dice que está mal consigo mismo, por no haber seguido siempre esta novedad, porque vivir con las costumbres pasadas y hablar con las palabras presentes le pareció consejo saludable. *Tedio* ya sabéis que es fastidio, de quien dijo aquel sagrado vate Betlehemita, que dormitaba su alma por el gran tedio, y casi lo mismo el barón de Hus, grande entre los príncipes orientales, y Cicerón, que hay hombres a quien no causa tedio su grande infamia. *Murrio* es una voz castellana no poco significativa, si bien no usada; es finalmente una manera de tristeza, que obliga a traer a un hombre siempre descontento el rostro, como si dijéramos de los enamorados o maridos que por no declarar sus celos andan murrios.

## JULIO

Eso es tomado del poeta Magalón de Pestinaquis, en su comento a la *Gaticida* de Gusarapo Magurnio:

«La cara traigo murria  
de sufrir tu celosa cancamurria.»

Y en la comedia llamada *La bella Zaragatona*:

«Ninguna cosa tanto me desmurria  
como mirar damazas de fanfurria.»

Porque estas erres son muy significativas y sonoras en nuestra lengua, y de excelente boato, como *sarria*, *angurria*, *tirria* y otras semejantes.

Y *tedio* me ha hecho acordar de un papel de una dama, cuyo principio podré deciros:

«Estoy con tan inusitado tedio, que me parece que me estrangulan el corazón los anhélitos de carecer de vuestro amabilísimo consorcio y primoroso gusto.»

## LUDOVICO

Competir podía seguramente con lo que decía un preceptor de gramática a un pupilo que azotaba: « Numera, pícaro, los flagelos; que si me provocas a iracundia, reiterando las líneas en el pódex, te las haré solfa de antífonas, aunque esmaltes de púrpura las cáligas.»

## JULIO

Ahí viene bien el verso que se sigue:

«Cáligas diré ya, que no griguiescos.»

Los griguiescos se llamaron así de *grex gregis*, y la lana del ganado; sino es que vinieron de Grecia: son hábito descansado, aunque las calzas son mejores para las armas, y tengo para mí que las calzas españolas no eran las que se llamaron *cáligas*, sino todo género de medias, como las traían de acero los soldados romanos, y las llaman los franceses *chause de guerre*.

## CÉSAR

Cicerón, en la epístola quinta a su amigo Atico, muestra no agradarse de ellas.

## LUDOVICO

Los cultos de este tiempo sabrán mucho de calzas, porque todo es calzar estrellas, calzar flores, nubes, noches, soles, y aun ponerle chapines a la Luna, como si fueran a propósito para andar buscando a Endimión por el monte Lathmo.

## JULIO

Extremadamente dijo Macario de Verdolaga, habiéndole hurtado una(s) medias y zapatos a su dama, que bañándose en el río, pudo desde unas zarzas:

«Tan medias las medias eran,  
que las medias calzas son  
y tuvieran más razón  
si fundas de flautas fueran:  
de los zapatos no siento  
cómo diga su primor:  
por Dios que tengo temor  
que los echen aposento.»

## LUDOVICO

Prosigue el soneto.

## JULIO

«Como en el tiempo del pastor Bandurrio.»

## CÉSAR

Ese pastor no he oído ni leído, con haber pasado algunos poetas griegos, latinos, franceses y toscanos.

## JULIO

Bandurrio es muy antiguo: fué el primer inventor de las bandurrias, que hoy se llaman de su nombre; es instrumento pequeño, que a guisa de los que lo son, en subiéndosele el humo a las narices, tapará un órgano. Fué Bandurrio llamado Rústico Orfeo, porque habiéndosele muerto su dama, intentó ir a los Campos Elíseos; y habiendo llegado con esta locura una noche a las dehesas Game-nosas, junto a Córdoba, se le antojó que unas yeguas blancas eran las almas; sacó su bandurria y espantó de manera los ganados, que los yegüeros ignorantes, como si fueran las bacanales de Tracia, le mataron a palos; y aunque no se lamentó a la traza de Orfeo con el gentil epigrama de Fausto Sabeo, no faltó quien le hizo este epitafio:

«AQUÍ YACE BANDURRIO; ¡OH CAMINANTE!,  
DETÉN EL PASO.»

## LUDOVICO

Detenedle vos; que estoy tan podrido de ver que en todos los epitafios ha de entrar el caminante, que he jurado no leer ni oír alguno que lo tenga.

## JULIO

Tenéis mucha razón; porque, fuera de ser cosa tan trivial y ordinaria, es fuerte caso que quiera un poeta que se detenga un caminante que va

a sus negocios, a leer lo que a él se le antoje escribir, o en alabanza o en vituperio de aquel difunto. Si va a caballo, ¿cómo se ha de apearse, o quién le ha de tener la mula? Y si la sepultura está en iglesia, claro está que no se ha hecho el epitafio para los que van en coche. Si el tal caminante va a pie, ¿para qué se ha de detener a lo que no le importa, para llegar más tarde a la posada?

#### CÉSAR

Eso, y lo de los antiguos, «séale la tierra leve», me tiene también cansado; pues al difunto no se le puede dar nada de que le echen encima un monte o un necio, que es la cosa más pesada.

#### LUDOVICO

Así dijo aquel filósofo que se mandó enterrar en el campo, diciéndole sus discípulos que le comerían las aves: a quien replicó que le pusiesen en la mano el báculo; y ellos entonces a él, que si no tenía sentido para apartarlas, que ¿de qué serviría el báculo? A quien dijo: «Pues si no tendré sentido, ¿qué importa que las aves me molesten?»

#### CÉSAR

¿Qué poco se acordó del caminante aquel valiente que puso en su sepultura: «Aquí yace Velasco Fernández, que nunca tuvo miedo», y respondió el gran duque de Alba, a quien se lo contaba: «Ese hombre nunca llegó a despabilar una vela con las manos».

## LUDOVICO

¡Sutil sentencia para dar a entender que nunca se había puesto en las ocasiones de tenerle!

## JULIO

El poeta Serpentionio Proculdubio hizo un epitafio a Bonamí, un criado de su majestad, monstruo hermoso de la Naturaleza, pues en la mayor pequeñez, que puede alcanzar el pensamiento, era perfectísimo, como la nuez de aquel escritor raro, en que puso toda la Iliada de Homero.

## CÉSAR

Di, Julio, el epitafio.

«Ten el paso, caminante,  
a ver lo que no has de ver  
aunque si tienes que hacer,  
puedes pasar adelante.  
Pero si verlo te place,  
tan pequeño yace aquí  
el átomo Bonamí,  
que no se sabe si yace.»

## JULIO

Pero sin detener los caminantes, al sepulcro de una dama muy alta, y muy flaca, dijo el maestro Burguillos:

«Doña Madama Roanza  
tal alta y flaca vivía,  
que mandó su señoría  
enterrarse en una lanza.  
Y aun hubo dificultad,  
porque lo alto faltó,  
y de lo ancho sobró  
la mitad de la mitad.»



LUDOVICO

Esto basta para digresión; vamos al verso duodécimo.

CÉSAR

¿Cómo dice?

«Estos versos, son turcos o tudescos?»

LUDOVICO

Pregunta el autor, haciendo un apóstrofe a sí mismo, si están en lengua turca o tudesca.

JULIO

De los turcos no tenéis que decir más de que está llena de ellos Constantinopla.

CÉSAR

¡Novedad extraña! Perdóneselo Dios a Constantino.

LUDOVICO

Leed al Jobio.

CÉSAR

Leedle vos, que los españoles no le debemos nada, si no son deudas las injurias.

LUDOVICO

Ese escribía por dineros, y los tomó del turco. En eso más parecía mujer ordinaria que coronista.

## JULIO

Los tudescos ya sabéis que viven en aquellas partes de Alemania que vos fuereis servido; que a fe que aquí algún escritor trajera fuera de propósito la elección de los emperadores por incidencia. El soneto, finalmente, acaba:

«Tú, lector Garibay, si eres bamburrio,  
apláudelos; que son cultidiabescos.»

## CÉSAR

Garibay se toma aquí por vizcaíno, como *Roma pro Romanis*, y *Ceres* por el trigo.

## JULIO

*Cultidiabescos* es un compuesto de diablo y culto.

## LUDOVICO

Di que es identidad. Pero Fernando viene.

## ESCENA CUARTA

DON FERNANDO. — LUDOVICO. — CÉSAR. — JULIO

## FERNANDO

Nadie me culpe; que más fácil me fuera dejar la vida que la ocasión que me ha ocupado.

## LUDOVICO

¿De qué es tanta alegría, que parecéis otro?

CÉSAR

¿Qué os puede haber sucedido, que de un Heráclito venís hecho un Demócrito?

FERNANDO

No es para dicho aprisa: victorias son de amor, milagros son de la firmeza, portentos de la voluntad, prodigios de las estrellas, mudanzas de la fortuna, condiciones de los tiempos, efectos de la paciencia, victorias del sufrimiento, y dichas de un desdichado, que suelen venir juntas. Entrad conmigo en mi estudio; que no será mal principio de poema leeros mi suceso.

CÉSAR

¿Qué tiene este hombre, Julio?

JULIO

Lo mismo que antes, mejorado de mayor locura: él os lo dirá todo, aunque por los ojos y las acciones ya os ha dicho la causa.

LUDOVICO

Yo he leído en Aristóteles que una mujer llamada Policrata, de un súbito contento perdió la vida.

CÉSAR

Lo mismo sucedió a Felípides, aquel gran escritor de comedias, que llama *varón nobilísimo*

Guidón Bituricense, habiendo vencido en un certamen de poetas, como refiere Aulo Gelio.

LUDOVICO

Y Sócrates el trágico, a quien llama Cicerón *divino*, tuvo la misma muerte.

FERNANDO

El mismo Cicerón dice, en el libro quinto de sus *Tusculanas*, que vivió Demócrito Gelasino, riéndose siempre, ciento nueve años: luego no a todos mató el contento.

JULIO

Sin duda que quieres ser como Juan de los Tiempos, que vivió trescientos sesenta y un años, como refiere Gaguino, pues nació reinando Carlo-Magno y murió en el cetro de Ludovico el mozo.

FERNANDO

Todo lo puede hacer una felicidad no esperada.

JULIO

De ese Juan de los Tiempos debió de tener principio en España la fábula de Juan de Espera-en-Dios y sus cinco blancas.

LUDOVICO

Sosiegate, loco, y di, si puedes, lo que te ha sucedido.

## FERNANDO

¿No alaban la religión de Pompilio, la constancia de Régulo, la fortaleza de Catón, la justicia de Aristides, la sabiduría de Sócrates, la piedad de Scipión, la clemencia de Lelio, la perseverancia de Fabio, el brío de Rómulo, la equidad de Zeleuco, la continencia de Curcio, la modestia de Camilo, la humanidad de Pirro, la fortuna de Alejandro, la caridad de Mucio, la audacia (1) de Bruto, la milicia de Tulio, la magnificencia de Anco Marcio, el hábito de Tarquino y la prudencia de Servio? Pues añadan las historias a estos títulos el contento de don Fernando.

## JULIO

¡Notable sarta de romanos y griegos!

## FERNANDO

¿No llamaron a Scipión *el Africano*, porque venció aquella parte del mundo?

## LUDOVICO

Por lo mismo llamaron *germánicos* o *británicos* a sus césares.

## FERNANDO

Pues ¿cómo se llamará quien ha vencido los desdenes de Dorotea?

---

(1) *Las edics.*: audiencia.

LUDOVICO

Fernando *el Doroteánico*.

FERNANDO

Pues ese es mi nombre, mi dicha y mi historia. Sentaos, y sabréis cuán secretos caminos tiene la fortuna, y cuánta obligación tengo de escribir su alabanza.

LUDOVICO

No lo hagáis; que dijo Tulio que alabar la fortuna era necedad, y vituperarla, soberbia. [*Vanse.*]

## ESCENA QUINTA

GERARDA. — TEODORA

TEODORA

No ha vuelto esa muchacha desde esta mañana, que fué con vuestra hija Felipa a pasear el acero, y temo que le ha sucedido alguna cosa.

GERARDA

Ya tiene edad para no perderse, no tengáis pena; que *niña es Marina, cuando la llevan por el diente a misa.*

TEODORA

No sé qué me da el corazón después que está aquí Fernandillo; que, fuera de haber herido a don Bela y sus criados, de que temo que nos resulte algún trabajo, no sé qué mayor que sufrir sus músicas.

GERARDA

Ya os dije lo que sentía, y lo que habíais de hacer; pero *no des consejo a viejo, ni espulgues zamorro prieto. ¿Para qué la dejáis salir con cuanto quiere?*

TEODORA

Por no enojarme de una vez.

GERARDA

*Ni tan yus ni tan sus, ni tu pan en tortas ni tu vino en botas.*

TEODORA

Celia me ha traído engañada.

GERARDA

*Ni perro negro, ni mozo gallego.*

TEODORA

Ella está rica de lisonjas de su ama y necesidades de don Bela.

GERARDA

*El rocín en mayo vuélvese caballo.*

TEODORA

Si Fernandillo vuelve, perdidas somos.

GERARDA

Consolaos de ese miedo con que va con ella Felipa.

TEODORA

*Cuando los Pedros están a una, mal para Alvaro de Luna.*

GERARDA

Pues ¿en qué opinión tenéis a Felipa?

TEODORA

De amiga, de mujer y de moza.

GERARDA

Amiga lo es vuestra, mujer casada y moza es entendida.

TEODORA

¿A quién queréis que se parezca un huevo?

GERARDA

Diréis que a otro.

TEODORA

No, sino el alba.



GERARDA

¿Tan mala opinión tenéis de mí?

TEODORA

No es opinión, sino cierta ciencia.

GERARDA

Comadre, sabed que al rey don Juan de Portugal le trajo una labradora, que le pedía que le perdonase una muerte que su marido había hecho, una cantidad de natas, no estando allí la reina, que sentada con él a la mesa comió muchas. Echóse a sus pies la labradora, pidiendo la vida de su marido a entrambos: el rey perdonaba; la reina no quería; a quien él dijo, viéndola tan airada: «Paso, señora; que habéis comido muchas natas».

TEODORA

Ya os entiendo, Gerarda. Callad, que vienen.

## ESCENA SEXTA

TEODORA. — FELIPA. — GERARDA. — DOROTEA.

DOROTEA

¿Mas qué me preguntas de dónde vengo?

TEODORA

¿Para qué, viniendo tan colorada?

DOROTEA

Mal si estoy colorada, mal si estoy descolorida;  
¿con qué tengo de contentarte?

TEODORA

Con venir a la una.

FELIPA

¡Oh, qué sermón habemos oído!

TEODORA

Predicaría el padre don Fernando.

FELIPA

No, en buena fe, sino un descalzo famoso.

TEODORA

¿Qué más descalzo que ese caballero?

DOROTEA

¡Oh, madre! Si le hubiera oído, no pudiera detener las lágrimas.

TEODORA

Como esas he llorado yo por su paternidad de ese bendito predicador.

GERARDA

*Por el cabo de la cuchara sube el gato a la olla.*

DOROTEA

¡Tú también, Gerarda! ¿No te parece que vengo de donde digo?

GERARDA

*Ida y venida por en casa de mi tía.*

DOROTEA

¡Qué propias virtudes de los años mayores, la malicia y la envidia!

GERARDA

Yo con Felipa hablo, que no contigo, Dorotea: Felipa es mi hija, y *la coz de la yegua no hace mal al potro.*

DOROTEA

Todas sabemos adagios, Gerarda; y *aunque la lima muerde, alguna vez se le quiebra el diente.*

GERARDA

¿Métome yo contigo?

DOROTEA

Dobla, Celia, ese manto; que están de pavana las dos señoras.

GERARDA

Pues en verdad que no me he desayunado, sino de mis devociones.

DOROTEA

¡Gerarda, Gerarda! *A carne de lobo, diente de perro.*

GERARDA

No tienes razón; que harto he procurado sosegar a tu madre.

DOROTEA

Mi madre no se cansa de levantarme testimonios; por mí no me pesa, sino por tu hija Felipa, que es una santa.

TEODORA

*Berzas y nabos, para en uno son entrambos.*  
Negra, pon aquí la mesa.

DOROTEA

No quiero comer.

TEODORA

¿Para qué si has comido?

DOROTEA

El veneno que me has dado.

TEODORA

*Uñas de gato y hábito de beato. Haz pucheros por vida mía.*

FELIPA

Calla, Dorotea; no levantemos alguna polvareda, que no se vea don Beltrán.

DOROTEA

Hoy, Felipa, ni pienso llorar, ni reñir; que, aunque los extremos del placer suelen ser los principios del pesar, haré agravio a mi alma si con la memoria de tanto bien estoy triste en mi vida.

FELIPA

Nadie se acuerda de la mocedad que pasó, sino de la vejez que pasa.

TEODORA

No me agrada esta nueva compañía.

GERARDA

*Tocóse Marigüela, y dejóse el colodrillo de fuera.*

TEODORA

Plegue a Dios, Gerarda, que sea agua limpia.

GERARDA

*Obispo por obispo, séalo don Domingo.*

TEODORA

*Las malas tijeras hicieron a mi padre tuerto.*

GERARDA

Si Dorotea tiene buen natural, Felipa no será parte para estragar sus costumbres.

TEODORA

*¿Qué tienen que hacer las bragas con el alcabala de las habas?*

DOROTEA [*Aparte*]

¡Oh, felicísima mujer, con qué dicha te levantaste hoy! Ya tus deseos se cumplieron, ya viste el sujeto de tus ansias, el centro de tus pensamientos, cierta de que te adora, cierta de que te estima. Yo vi lágrimas en Fernando cuando más desconfiaba de su memoria; será mío, aunque pese a esta vieja de mi madre y a la hechicera que la aconseja. No quiero Indias, ni cautivar mis años; ¿qué oro, qué diamantes como mi gusto? ¡Oh, mujer felicísima! Yo no me hallé en las mocedades de mi madre; viuda es, y no le pesa de parecer bien. *La mujer del ciego, ¿para quién se afeita?*

TEODORA

¿Qué murmuran esas damas?

GERARDA

Murmuren lo que quisieren; que sólo pueden poner falta en nuestros años, siendo lo que nos sobra.

TEODORA

Vuestra Felipa destruye a Dorotea.

GERARDA

*Quien tiene hijo varón, no dé voces al ladrón.*

TEODORA

*Salte al sol, dije mal, y oí peor.*

GERARDA

Dorotea es discreta, Felipa es boba; ¿cuál puede engañar a cuál?

TEODORA

De sermón dicen que vienen.

GERARDA

*Las truchas y las mentiras, cuanto mayores, tanto mejores.*

TEODORA

Temo, Gerarda, temo que no se haya vuelto Dorotea a la amistad de don Fernando; que este mozo tiene gracias de pobre, y ella desvanecimientos de linda.

GERARDA

*Anillo en dedo, honra sin provecho.* Pero si vos teméis la reconciliación de estos dos amantes, yo que llegue a noticia de don Bela, con que nos amenaza a todas fatal ruina.

TEODORA

*Quitósele el suelo al cesto, y perdimos el parentesco.*

GERARDA

Pues eso no lo dudéis; que no es hombre que sufrirá tan necio agravio; que amor y señorío no quieren compañía.

TEODORA

¡Ay, Gerarda! ¡Dorotea contenta, sin venir de la puerta de Guadalajara con tabies o joyas, y a la una! Vuelto se han a encuadernar a las voluntades pasadas. Muerta soy.

GERARDA

*Romería de cerca, mucho vino y poca cera.* Examinadla, Teodora; que la dejáis salir con cuanto quiere; y si vuelve a lo que solía, perdióse vuestra casa, rematóse vuestra hacienda. *Que costumbres y dineros hacen los hijos caballeros.*

TEODORA

*Las llaves en la cinta, y el perro en la cocina.* ¡Qué me importa a mí reñir a Dorotea, si anda con ella Felipa?



## GERARDA

*Ponte buen nombre, Isabel, y casarte has bien.*  
¡Ay, Teodora, Teodora! Felipa no la pierde, sino el amor que tiene a don Fernando.

## TEODORA

*Fuíme a palacio, fui bestia, y vine asno.* Vos me entendéis, Gerarda: amigos tiene Fernandillo, y vuestra hija deseos.

## GERARDA

¿Qué podéis decir de esta moza que ofenda su virtud y recogimiento? Lo que le sucedió antes de casarse ha sucedido a muchas, y para eso estaba yo en el mundo; ¡que en verdad que no lo echó de ver su marido, aunque no era bobo! ¿Qué sermón oye donde no lllore? Esta Cuaresma ayunó al traspaso, que la tuve por muerta; un rosario ha hecho de nudos de cordel, para cuando la entierren, que llegará desde aquí a Roma; por cierto que la noche del desposorio no la podíamos conducir al tálamo entre seis vecinas: mirad vos, ¡qué vergüenza! Así la tuviera Dorotea.

## TEODORA

Lo más fácil es negar, y lo más difícil defender: tomado me habéis lo fácil y dejádome lo difícil.

## GERARDA

Callad, que escuchan. [*Vanse.*]

ESCENA SEPTIMA

[ *Calle* ]

MARFISA. — CLARA

MARFISA

Pues no pierdo el juicio, no le tengo.

CLARA

La traición es de suerte, que no me permite consolarte; antes bien quisiera añadir sentimientos a los que tienes: acción más desesperada que justa.

MARFISA

¡Don Fernando en Madrid, Clara, y tantos días sin verme! ¿Quién duda que le tendrá ocupado y divertido aquella famosa Circe, donde ha comido sueño su entendimiento? No he de quitarme de esta puerta, aunque me lo mande la noche, por más que me afrenten la vecindad y el día. Aquel gentil hombre que hablé, es uno de los amigos de don Fernando; que el servir a Lisena, su vecina de Dorotea, los hizo iguales, como en el amor, en la confianza. Preguntóme cómo me iba con él, después que había venido de Sevilla; yo le respondí que don Fernando no había venido, y él entonces

(como en la corte se usa) me refirió la causa por qué se había partido, que eran los celos de un caballero indiano, no mal admitido de su casa, aunque con poco gusto de Dorotea; que no había muerto a nadie; en que conocí que fué invención para sacarme lo que sabes que le di para que se fuese; que en mi vida compré tan barato el gusto de apartarle de aquella ninfa, por cuya ausencia alguna promesa la obliga a un hábito, casto por ironía; sólo el escapulario azul será verdadero, por lo celoso. No sé qué pretendió en esta conversación Fabricio (este es su nombre); pero ¿para qué lo dudo? Lo que todos los hombres, que cuanto ven codician: debió de querer apartarme del amor de Fernando, que me dió esta carta, que desde el camino le había escrito, con unos versos que a su partida compuso, que todo dice así.

CLARA

Servirá de entretener la pena de esperarle.

MARFISA [*Lee*]

«Yo voy, amigo Fabricio, sin alma porque la dejé, y sin vida porque me quiere dejar, y tan acompañado de pensamientos, que como venenos diferentes, compitiendo unos con otros, me sustentan vivo. No he dormido, aunque lo he deseado; principios son de loco, y que ya no soy parte a resistirlos; más vamos Julio y yo en Dorotea, que en el camino; no hablamos en otra cosa desde

que amanece, y estoy cierto que no le sucede lo mismo. ¡Gran fortuna de las mujeres, que al primer desaire de sus galanes, hallan quien las sirva, ruegue, divierta, regale y enriquezca! ¡Ay de los hombres, para quien no hay más remedio que no esperarle! Esos versos os dirán más de mí que lo que yo sabía cuando los hice: si hay quien los cante, no me pesará que los oiga Dorotea.»

¿Adónde vais, pensamiento,  
 con pasos tan engañados?  
 Que no puede bien huir  
 quien lleva hierros de esclavo.  
 Si os han de volver por ellos,  
 ¿de qué servirá alejaros?  
 Que es dar ocasión al dueño  
 para mayores agravios.  
 Mirárades lo primero;  
 que fué pensamiento vano  
 querer librar en un día  
 la prisión de tantos años.  
 Si es imposible vivir,  
 mirad que fué necio engaño  
 ir huyendo de la vida,  
 pues la dejáis en sus brazos.  
 Si en lágrimas os fiasteis,  
 presumid que no fué llanto,  
 sino escribir en el agua  
 la fe del amor pasado.  
 Si pensáis hallar remedio  
 donde se han perdido tantos,  
 o sois cuerdo, pensamiento,  
 o somos locos entrambos.  
 Lleváis con vos la memoria  
 de tantos bienes pasados,  
 y ¿queréis que se os olvide  
 lo mismo que vais pensando?  
 Si yo fuera más discreto,  
 y vos menos arrojado,  
 no estuviéramos ahora  
 yo confuso y vos volando.  
 Diréis que puedo volver,  
 pues que no ha tanto que falto,  
 sin ver que con tal flaqueza  
 mayor venganza le damos.

Y más quiero yo morir  
 que no verme despreciado,  
 pues nunca amor al rendido  
 trató bien, aunque es hidalgo.  
 El ver que rendido vuelve  
 el que se despide airado,  
 cuando no hiele, asegura,  
 que es en amor grave daño.  
 Amor, pensamiento, es miedo  
 y una vez asegurado,  
 bien puede ser que se quiera  
 mas no que se quiera tanto.  
 Pues andar con invenciones  
 no me parece acertado;  
 que no se llama cautela  
 la que saben los contrarios.  
 Nunca de vos me fiara,  
 pues que me habéis engañado,  
 sin ver lo que puede amor  
 favorecido del trato.  
 Si no pensáis, pensamiento,  
 otro remedio más sano,  
 los dos nos hemos perdido,  
 y Amarilis se ha vengado.

CLARA

El está muy bien escrito: ¡así estuviera bien empleado!

MARFISA

¡Qué cortesano estilo!

CLARA

¡Y qué descortés contigo! Pero dime, señora: ¿de cuándo acá se llama esta señora Amarilis? Dorotilis había de decir; que a ti, como a Marfisa, te tocó siempre ese nombre.

MARFISA

¡Ay, Clara! Por engañarnos a entrambas; que los poetas tienen versos a dos luces, como los

cantores, villancicos, que con poco que les muden sirven a muchas fiestas.

CLARA

Guarda la carta; que él y Julio, su postillón, vienen hablando.

### ESCENA OCTAVA

JULIO. — DON FERNANDO. — MARFISA. — CLARA

JULIO

¡Mujeres tapadas a nuestra puerta!

FERNANDO

Será algún recado de Dorotea.

JULIO

Habrá reñido su madre la tardanza; que después que has venido andará el palomar alborotado.

FERNANDO

¡Mandan vuestras mercedes alguna cosa de su servicio? Si quieren descansar, casa es de hombre mozo.

MARFISA

Y tan mozo, que aún no ha llegado la vergüenza a componer el desenfado de la cara.

FERNANDO

¡Jesús! ¡Marfisa, mi bien, mi señora! ¡Tú a mi puerta! ¡Cómo había yo de hallarte? Que apenas nos quitamos las espuelas cuando fuimos a verte. ¿No es verdad, Julio?

JULIO

Para esa obligación, ¿eran menester testigos?

CLARA

No, por cierto, que cara tienes tú de jurar falso.

JULIO

Pues, Clara, ¡a tu querido y deseado Julio!...

CLARA

Pues, Julio, ¡a tu aborrecida y olvidada Clara!...

MARFISA

Ocho días ha que estás en Madrid; no sé si diga ochenta.

FERNANDO

¡Qué disparate! Lo que ha que vine he andado huyendo de la justicia.

## JULIO

Y siempre por los arrabales recónditos.

## MARFISA

¡Comienza ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias, el Mercurio de tus embajadas, la capa de tus traiciones a echarnos bernardinas?

## JULIO

Eso merezco yo por los consejos saludables que le he dado, para que se te muestre agradecido, y el haber venido todo el camino hablando a don Fernando en tu hermosura, entendimiento y gracia; tanto, que una noche le hice componer unos versos al sentimiento de tu partida.

## MARFISA

Infame, esos versos para Dorotea, su lindísima dama, se escribieron; la del hábito cándido y el escapulario celeste, la del indiano rico, por quien le ha dejado como merece. ¡Esa sí es digna de estos encarecimientos, por firme, por leal, por desinteresada! Para sus celos di yo mi oro, como verdadera y necia, como mujer de bien, que se crió contigo, martirio de mi inocencia. ¡Oh mujeres honradas! ¡qué poco merecéis el amor de tales hombres! A éstos no les obliga la virtud ni el recogimiento, sino los tiros, los agravios, los celos, las competencias, las temas y los desprecios: esto



los enamora, y así tienen los fines, los sucesos, las desgracias y el matar los hombres, como aquel por quien te fuiste a Sevilla, Dios le perdone. ¡Qué estocada le diste! Valiente eres de palabra. ¡Mal hayan mis pensamientos, mis firmezas y cuanto he padecido por ti con mis tíos y con mis...!

#### JULIO

No le dejaron acabar las lágrimas. ¡Qué las miras? ¡Por qué no hablas? ¡Por qué no la consuelas? También llora Clara, y yo estoy consultando los pucheros, si me estarán bien con tantas barbas.

#### FERNANDO

Marfisa, yo veo claramente la razón que tienes. Corrido, confuso y arrepentido me pusiera a tus pies, y te diera esta daga para que me pasaras mil veces el pecho, si no estuviéramos en la calle. Entra, mi solo bien; que has de ser mi verdadero amor, a pesar de mis mal empleadas locuras, o no he de tener honra ni ser hijo de mis padres. Entra.

#### MARFISA

No lo verán tus ojos; no más burlas. Muchas lágrimas me cuestas, Fernando; muchos trabajos, dulce enemigo mío: ya no puede mi sufrimiento hallar disculpa a tantas sinrazones; sólo te suplico por nuestra crianza y por aquella ternura con que nos prometimos la fe, que tan mal han lo-

grado mis desdichas y tus mal empleadas imaginaciones, que si hallares nuevas de aquella prenda tuya, expósito del furor de mis parientes, me des aviso y licencia para poder cobrarle.

FERNANDO

Espera, señora, espera; por lo menos, no te vayas llorando.

MARFISA

Suéltame; que daré voces.

JULIO

Adiós, Clara.

CLARA

Julio, poco tenéis de César: no seré yo vuestra Roma, aunque no soy aguileña. [*Vanse las dos.*]

FERNANDO

¿Qué te parece de esta desdicha?

JULIO

Que tengo lástima al desprecio que has hecho de tantos méritos. Conozco el amor que Dorotea te ha tenido y dice que te tiene; pero en fin es de otro, y no siendo marido (que se debe sufrir por fuerza),

es grande infamia hacer papel de segundo galán, y guardar el respeto a quien no se debe.

FERNANDO

Julio, hago testigo al cielo, a cuanto ha criado, a ti, a mi honra, a este poco entendimiento mío, de solicitar con todos la venganza de Dorotea, que al fin vino a despedirme, y pagar a Marfisa tan justa deuda.

JULIO

Pues, señor, no sea de súbito; que yo te daré la traza con que el amor de Marfisa te vaya quitando el de Dorotea.

FERNANDO

Con verla rendida se me ha quitado.

JULIO

Templado basta.

FERNANDO

Quitado digo, Julio.

JULIO

Pareceráte a ti con la satisfacción de los brazos; pero es imposible que tan grande amor haya muerto a manos del mismo deseo que había de aumentarle.

## FERNANDO

No me pareció que era Dorotea la que yo imaginaba ausente, no tan hermosa, no tan graciosa, no tan ententida; y como quien para que una cosa se limpie la baña en agua, así lo quedé yo en sus lágrimas de mis deseos. Lo que me abrasaba era pensar que estaba enamorada de don Bela; lo que me quitaba el juicio era imaginar la conformidad de sus voluntades; pero en viendo que estaba forzada, violentada, afligida, que le afeaba, que le ponía defectos, que maldecía a su madre, que infamaba a Gerarda, que quería mal a Celia y que me llamaba su verdad, su pensamiento, su dueño y su amor primero, así se me quitó del alma aquel grave peso que me oprimía, que veían otras cosas mis ojos y escuchaban otras palabras mis oídos: de suerte que, cuando llegó la hora de partirse, no sólo no me pesó, pero ya lo deseaba.

## JULIO

Harás que me vuelva loco y que diga que la filosofía de amor no está entendida en el mundo, pues tantos amorosos afectos, desmayos, ansias, locuras, desesperaciones, celos, deseos y lágrimas han tenido templanza en su mismo centro; lo que parece imposible.

## FERNANDO

Si entre los remedios del amor pone Ovidio la consideración de las traiciones de lo que se ama

y los daños que resultan, y yo los miro, ¿de qué te admiras?

JULIO

Ya no me admiro; pero deseo que no te engañes; que amor contento huye, y receloso vuelve.

FERNANDO

Yo sé que he topado la rosa de Apuleyo.

JULIO

¿Dónde?

FERNANDO

En Marfisa.

JULIO

Esa merece amor, por firme y por sola; que no puede nadie amar con verdad ni tratar con honra, substituyendo ausencia; que de galán a galán es el sufrimiento miedo y el respeto infamia.

FERNANDO

Por lo menos diré ahora lo que Catulo a Lesbia:

«De amor y aborrecimiento  
tan igual veneno tomo,  
que si me preguntan cómo,  
no sé más de lo que siento.»

ENDECASÍLABOS FALECIOS

Amor de ser amado satisfecho,  
cuando agraviado imaginó vengarse,  
templado el fuego, y el furor deshecho,  
adonde pudo arderse, pudo belarse.

Quien ama y agravió, no vuelva y diga  
que fué violencia ajena la mudanza,  
pues cuando piensa que rendido obliga,  
el agraviado intenta la venganza.  
Quien ofendido vuelve a verse amado,  
¡cuán fácilmente lo que quiso olvida,  
fingiendo que ama hasta quedar vengado,  
con falso gusto y voluntad fingida!  
Tenga quien agravió justos recelos,  
y nunca mire el alma por los labios;  
que amistades son dulces sobre celos,  
pero siempre fingidas sobre agravios.

## ACTO QUINTO

### ESCENA PRIMERA

DON BELA. — LAURENCIO

BELA

Mira qué quiere ese criado del conde, Laurencio.

LAURENCIO

Viene por el caballo que le mandaste para las cañas de estas fiestas; que tiene puestos en él los ojos para salir lucido.

BELA

¿Por qué no le dijiste que estaba clavado?

LAURENCIO

Ya se lo dije, y que te pesaba en extremo.

BELA

Perdido estoy de triste; no sé qué tengo estos días, que no puedo alegrarme.

LAURENCIO

De la tristeza de Dorotea nace la tuya.

BELA

Pensé que la enterneciera el haberme herido por su causa, y desde entonces pienso que me aborrece.

LAURENCIO

Si este amor se acabase, muchos te desengañarían.

BELA

¿Pues tú sospechas algo?

LAURENCIO

No lo sé de cierto.

BELA

Después que te pasé de criado a amigo, has perdido la condición de los que sirven, que parlan cuanto saben; pero, pues ya eres amigo, como tienes licencia de reprenderme, tenla de desengañarme.

LAURENCIO

Examina la tristeza de Dorotea, que ella te dirá la causa; porque si hay algún peligro, debe de ser con gran secreto; si bien ha días que ni aun sombra de sospecha entre en su casa.



## BELA

Pues de esa manera, ¿qué me queréis, tristezas? ¿Qué me afligís, celos? Laurencio es mi criado y mi amigo, y por una parte no parla y por la otra no desengaña: luego Dorotea no tiene culpa de mis sospechas. — Dame aquellos papeles, que con la memoria de los estudios de mis primeros años, he hecho un epigrama esta noche, y querría sacarle en limpio.

## LAURENCIO

Estos son los papeles. Mucho has borrado.

## BELA

Yo conocí un poeta de maravilloso natural, y borraba tanto, que sólo él entendía sus escritos, y era imposible copiarlos; y riete, Laurencio, de poeta que no borra. El epigrama dice:

«Miré, señora, la ideal belleza,  
 guliéndome el amor por vaborosas  
 sendas de nueve cielos;  
 y absorto en su grandeza,  
 las ejemplares formas de las cosas,  
 bajé a mirar en los humanos velos;  
 Y en la vuestra sensible  
 contemplé la divina inteligible;  
 y viendo que conforma  
 tanto el retrato a su primera forma  
 amé vuestra hermosura,  
 imagen de su luz divina y pura,  
 haciendo, cuando os veo,  
 que pueda la razón más que el deseo  
 que si por ella sola me gobierno,  
 amor que todo es alma, será eterno.»

## LAURENCIO

Está muy bien escrito; pero yo te confieso que no le entiendo, y aun lo dudo del sutil ingenio de Dorotea.

## BELA

Mira, Laurencio: lo que ha de entender Dorotea de mi pluma son las libranzas de los mercaderes para sus galas: esto, basta que yo lo entienda.

## LAURENCIO

Y yo querría.

## BELA

Así como la divina belleza, que con eterna e incomprendible luz resplandece en aquel soberano Artífice, esparce sus rayos, que, descendiendo por todos los cuerpos, ilustra las mentes angélicas, hermosa el alma del Universo, y, finalmente, desciende a la materia de los cuerpos donde se revuelven con suave armonía los cielos, resplandece el Sol, centellean las estrellas, consérvase puro el fuego, alégrase el aire sereno, gozan su perpetuo curso las instables corrientes de las aguas, la tierra se adorna de diversas flores, árboles y plantas, y últimamente el hombre se admira en los rayos de esta divina belleza, que en la hermosura de las mujeres sobre todas las inferiores criaturas resplandece; así el amor enseña de grado en grado (cuanto es capaz nuestro entendimiento, aspiran-

do a tan alta contemplación) a formar una idea particular, que ama sin divertir el pensamiento fuera de los límites de la razón.

LAURENCIO

¿Qué tienes por idea?

BELA

La noticia ejemplar de las cosas.

LAURENCIO

De manera que tú me das a entender que amas a Dorotea tan platónicamente, que de la belleza ideal suprema has sacado la contemplación de su hermosura.

BELA

Querría a lo menos quererla con este propósito; que no sé si he leído en el filósofo, que amor puede ser de entrambas maneras; y quererla con sola el alma es el más verdadero, y para ella lo más seguro.

LAURENCIO

No sé qué traes de ocho días a esta parte, que no pareces el que solías. ¡Tú devoto! ¡Tú contricto! ¡Tú melancólico! Si es divino impulso (quíralo el cielo), daré de albricias cuanto me ha valido el ir y venir en casa de Dorotea; si es melancolía celosa, guárdate de dar en hipocondríaco, que perderás el seso y los amigos.

## BELA

¡Ay, Laurencio! ¿Quién hay que tenga entendimiento, que no conozca que es mortal? Traen consigo los deleites por sombra la conciencia, como suelen decir los que han muerto algún hombre a sangre fría, que le traen siempre auestas. Doro-tea es hermosa únicamente, entendida, y con tantas gracias, que si el hilo de oro de la razón no me saca de este laberinto, creo que habemos de decir al fin de la vida, como aquel rey de la Gran Bretaña: «Todo lo perdimos».

## LAURENCIO

No te entristezcas, por Dios; que no estás en mal estado de enmendarte, pues lo conoces. A buen tiempo viene Gerarda: ella te desenfadará con sus vejezes y aun con sus astucias.

## ESCENA SEGUNDA

GERARDA. — DON BELA. — LAURENCIO

## GERARDA

*Donde no está el rey, no le hallan.*

## BELA

¿Hasme buscado, madre?

GERARDA

Y ¡cómo! Díganlo todos esos criados que no salen contigo: al despensero le quité ayer un dolor de muelas, que rabiaba como un perro por la canícula.

LAURENCIO

Pensé que las muelas.

GERARDA

¿Qué dices, Laurencio? Aún no he entrado, y ¡ya me persigues! ¿Saco yo muelas por ventura?

LAURENCIO

No, tía; pero dicen algunas ignorantes que aprovechan para sus mentiras.

GERARDA

*Esa, don Vasco, rapáosla del casco, que, en verdad, en verdad, que nunca creí que podían hacer dichosos las alhajas de hombres tan desdichados, que predicán en la horca, echando la bendición al pueblo con los talones.*

LAURENCIO

Mira, madre: cuando más piensas que yo me burlo, más alabo tus habilidades; y tú también me dices a mí las mías cuando sacamos galas a Do-

rotea, levantándome que me aprovecho, y que voy horro con el mercader.

## GERARDA

*Está el mono en la pared, dice de todos y todos de él. Hijo, Laurencio, con un lobo no se mata otro. ¡Cómo calla don Bela, viendo tratar mis tocas honradas con este desafuero? Estoy por decir por ti, que en casa del ruin la mujer es alguacil.*

## BELA

Madre, luego lloras; no he visto ojos tan tiernos. Dale cuatro reales, Laurencio.

## GERARDA

*Mucho os quiero, Pedro, no os digo lo medio; no hay aquí para la olla, que hoy come una amiga conmigo.*

## BELA

¡Es moza?

## GERARDA

Entre las dos tenemos tres dientes y ciento y cuarenta y cinco años. ¡Qué! ¡Pensabas hacer algún peso falso a Dorotea? Dios me libre de tus mañas; siempre la matas a celos. Pues ¡el villano de Laurencio que te encubre, y siempre la anda engañando!

## LAURENCIO

¡Yo, tía! ¡Quién te lo ha dicho, si don Bela, mi señor, es tan retirado y yo tan encogido?

## GERARDA

*Entre pupa y buruxón, Dios escoja lo mejor.* Todo se sabe, comadre. Pero, volviendo a mi convidada, he aquí la olla. Una libra de carnero, catorce maravedís. Media de vaca, seis: son veinte. De tocino un cuarto, otro de carbón, de perejil y cebollas dos maravedís, y cuatro de aceitunas, es un real cabal. Pues tres reales de vino entre dos mujeres de bien es muy poca manufactura: no hay para dos sorbos. Añade, así Dios te añada los días de la vida.

## LAURENCIO

¡Tres reales de vino, valiendo a doce maravedís la azumbre!

## GERARDA

Hermano Laurencio, *en año caro, harnero espeso y cedazo claro.*

## BELA

Dale otros cuatro reales.

## GERARDA

*De la vaca flaca, la lengua y la pata.*

BELA

Madre, ¿dónde aprendiste tantos refranes?

GERARDA

Hijo, estos son todos los libros del mundo en quintaesencia; compúsolos el uso y confirmólos la experiencia.

BELA

Cierto que muchos de ellos son tan verdaderos y sentenciosos, que enseñan más en aquel modo lacónico que muchos libros de filósofos antiguos en dilatados discursos. Pero dime, Gerarda: ¿a qué venías?

GERARDA

Dice Dorotea que no quiere ventanas para los toros, porque está de mala gana, como dicen en Valencia; y porque ella no se quiere holgar cuando se huelgan todos.

LAURENCIO

Buen remedio.

GERARDA

¿Cómo?

LAURENCIO

Corredle un toro en su aposento.



GERARDA

¡Oh qué gracia! Dios te bendiga. Toma.

LAURENCIO

¿No te agrada el arbitrio?

GERARDA

*Dijo mayo a abril: aunque te pese, me he de retr.*

BELA

Estar triste Dorotea y no ir a los toros..., algo tiene en el campo que le duele.

GERARDA

¿Qué ha de tener, sino los celos que le das, míralo todo? ¿Piensas que no te vió mirar a las escultoras en la Merced? ¡Por cierto que son muy lindas! No diera yo por ellas para mi traer, si fuera persona de calzas atacadas, una cinta de seda: afeitadillas, bachillerillas, bailadorcillas...

BELA

¿Aquéllas se afeitan, madre?

GERARDA

No, sino el alba. Ninguna lo deja en el arca: las blancas para serlo más; que las negras ya está dicho.

## BELA

Yerran mucho, porque más vale ser moza mucho tiempo, que hermosa poco; efecto del solimán que les quita los dientes y les arruga la tez del rostro; sino que el afeite es como el tiempo; que, como quita cada día tan poco, no se siente. Y a la cuenta también se lo pondrá Dorotea.

## GERARDA

No hay regla sin excepción, don Bela; que no se entiende que generalmente se le ponen todas, y no es el afeite cosa que se puede encubrir; que si se acuesta una mujer y amanece otra, ¿cómo lo puede ignorar el que la tiene al lado? Pero volviendo a las ninfas que mirabas, ¡qué mujeres para competir con el reposo de Dorotea! ¡Con aquella gravedad patricia, que parece un clarísimo veneciano; aquella honra del estrado, aquella honestidad por la calle, aquella devoción en la iglesia, aquella libertad en el campo, *y a su tiempo nabos en adviento!* Si la vieras ahora de sirena con el arpa, trayendo aquellos dedos de cuerda en cuerda, que parece que se reían, como que les hacía cosquillas; los cabellos sueltos, que a veces sobre el arpa, envidiosos de la cuerdas, querían serlo, porque los tocase también a ellos; y aun pienso que las cuerdas decían, en lo que sonaban, que les dejasen hacer su oficio, pues ellas no los iban a estorbar cuando se tocaba Dorotea.

BELA

Madre, muy poética vienes esta mañana.

GERARDA

Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis devociones, porque fui a consolar una moza que ha parido y no sabe a quién darlo: pedíame consejo, y de cuatro le dije que al más bobo.

BELA

¡En buenos pasos andas!

GERARDA

Hijo, dar consejo al que le ha menester, es obra de misericordia.

BELA

¿Qué cantaba Dorotea?

GERARDA

«Velador que el castillo velas,  
vélele bien, y mira por tí;  
que velando en él me perdí.»

¿Qué te parece cómo alude a tu nombre? Pues ella ha hecho las coplas, mira lo que canta, mira lo que entiende, mira lo que le debes.

BELA

Dale otros cuatro reales.

GERARDA

¡Ay, amigo! Sois galán viejo. *El mozo y el gallo un año*: todos sois liberales a los principios; después queréis comer sobre tarja.

BELA

Gerarda, Gerarda; si hablamos de veras, no soy tan simple que no me haya reportado la mala correspondencia de Dorotea.

GERARDA

¡Hate traído Laurencio esos chismes? ¡Pobre Dorotea! Todo el día atada a la labor para hacerte camisas... Ella se lo merece.

BELA

Perdona, que no lo digo porque te enternezcas. Dale otros cuatro reales.

GERARDA

Ya son doce: ¡qué lindo número! Soy yo devotísima de los doce apóstoles.

LAURENCIO

Pensé que de los doce pares.

GERARDA

Llégalos a los veinte y cuatro, así lo seas de Sevilla; que tengo empeñada una saya en dieciséis reales.

BELA

Dáselos, Laurencio, si me dice quién de los galanes que pasean a Dorotea es el más favorecido.

GERARDA

Tú, bobillo.

BELA

¿En qué lo ves, madre?

GERARDA

*En que ese es de la boda, que duerme con la novia.*

BELA

Advierte que no le digas nada a Dorotea.

GERARDA

Pues dame otros seis reales.

BELA

Dáselos, y adiós; que me voy a misa. [*Vase.*]

LAURENCIO

Veintiséis llevas, madre.

GERARDA

Pues algo has de hacer tú: llégamelos a treinta, y te daré diecisiete años sin afeitte, sin pedir, sin

malicia, y con una cara como una manzana de Nájera.

LAURENCIO

Bien dices, tía, *que la mujer ha de ser como la muleta, la boca sangrienta.*

GERARDA

Tú verás que yo soy agradecida.

LAURENCIO

¿Y cómo sabes que ha de querer esa moza que dices?

GERARDA

Porque es de las que tengo en administración, y ¿no reparas en que me ha menester?

LAURENCIO

¿Y es sin duda de diecisiete años?

GERARDA

Extraño eres: ¿tengo de traerte fe del bautismo? Todas son de la edad que parecen; qué a fe que andan por ahí mujeres en zapatos haciendo melindres con el manto, que ha más de cuarenta que dijeron *taita*; pero aquel círculo de una toca bien puesta, encubridora de ladrones pliegues y los cabellos de la que tuvo tabardillo, pollera en arco,

y lo resplandeciente del Gran Turco, las hacen niñas, y pasan plaza de novedad a fuerza del desenfado y en gracia de la bachillería.

LAURENCIO

Dame pena que sea casada esa moza.

GERARDA

Pues no eres tú el que pierde, sino su marido.

LAURENCIO

Si dura la amistad, forzoso es el peligro.

GERARDA

*La casada y la ensalada, dos bocados y dejadla.*

LAURENCIO

¿Y si me enamoro?

GERARDA

Andar a hurtar los ratos que se ocupare el dueño fuera de casa.

LAURENCIO

*El hurtar es cosa linda, si colgasen por la pretina.*

GERARDA

*Hombres tan mirados no jueguen a los dados.*

LAURENCIO

Siempre tuve respeto al matrimonio.

GERARDA

Paréceme de perlas, y más si te has de casar; porque muchos que han ofendido casados, lo pagan cuando lo son.

LAURENCIO

Si el que mata con hierro muere a hierro, el que mata con la madera que sabes, bien puede temer lo mismo; quisiera yo un entretenimiento a medio traer, libre de polvo y de paja y de toda fullería.

GERARDA

Pareces hábito, que informas de limpieza.

LAURENCIO

Ojea tu catálogo y mira a cuántas hojas está alguna desocupada de riesgos, humilde de rostro, novicia de semblante y sobrebisoña de pedir, diestra de guardar decoro.

GERARDA

Pensé que sólo eras indiano en el dar, y también lo eres en el pedir.

LAURENCIO

¿Por qué piensas que los indianos son tan recatados?



GERARDA

Por lo que les cuesta.

LAURENCIO

No, por cierto: sino porque son discretos.

GERARDA

Ahora bien: yo quiero contentarte.

LAURENCIO

Habrás recorrido el manual de tus cuentas.

GERARDA

En la Casa del Campo hay una fuente del dios de las aguas, a cuyos lados están dos nichos y dos ninfas en ellos de mármol blanco; vamos allá esta tarde, y escogerás la que te agradare.

LAURENCIO

Si no te hubiera dado los cuatro reales, no te los diera.

GERARDA

Si eso te pesa, tómalos.

LAURENCIO

¡Higas a mí!

GERARDA

Pues ¿qué pensabas, escuderazo?

LAURENCIO

¡Oh, vieja desollada!

GERARDA

Cuando se acaben estos amores sabremos quién lo queda.

LAURENCIO

Sí; pero estás en peligro.

GERARDA

¿Dé qué, mis ojos?

LAURENCIO

De obispar, mi alma.

GERARDA

Si eso fuera peligro, no lo pretendieran tantos.

LAURENCIO

*Hazte boba, Séneca de Segovia.*

GERARDA

Laurencio, poco a poco; que también hay de mi oficio entre vosotros.

LAURENCIO

El que sirve no es tercero, sino criado.

GERARDA

Yo conozco alguno que tiene recetas de remendar doncellas de la Vera, con otros embustes, destilaciones y hierbas.

LAURENCIO

Habrásle tú enseñado.

GERARDA

Hombre compuesto de lacayo y mayordomo, respeta mis tocas, o si no...

LAURENCIO

Gerarda, ya soy duro para chupado.

GERARDA

Pícaro, con torreznos me unto; que soy de las montañas de Burgos.

LAURENCIO

Ahí es donde andan ellas.

GERARDA

Y vos en las de Judea, mal nacido.

LAURENCIO

Vieja centésima, mira que soy tataranieta de un embajador de Persia.

GERARDA

Pues poneos el turbante de vuestro abuelo.

LAURENCIO

Con letras de oro tengo un privilegio rodado.

GERARDA

Ya sé yo que si no rodara, no le alcanzarais.

LAURENCIO

Yo no soy de los que se ponen nombres que no tienen.

GERARDA

En siendo un hombre hijo de padre extranjero, se gradúa de caballero, y lo sustenta hasta que le descubre por quien es la infamia de las costumbres.

LAURENCIO

De tal lengua, tales palabras. Estoy...

GERARDA

Quedo; que tengo un conocido poeta de mal hacer, que en granizando consonantes, no teme vivos ni perdona muertos.

LAURENCIO

Y yo una conocida de tanta habilidad, que te dará lo empatado, aunque te digan doscientos a las espaldas.

GERARDA

No llegues a mis días.

LAURENCIO

Aunque los echés en la calle, nadie llegará a ellos.

GERARDA

Bien sé por qué me aborreces.

LAURENCIO

¿Por qué?

GERARDA

Porque los criados como tú son como los perros; que muerden a los pobres porque piensan que les vienen a quitar lo que les toca a ellos. A fe que no te me atrevías tú cuanto me había menester don Bela.

LAURENCIO

También quiero que sepas que los terceros son como los ochos y nueves, que vienen atados e iguales en la baraja, y en queriendo jugar, los echan en la calle.

## GERARDA

Ya lo sé yo, Laurencio, y que siempre son tantas las ingratitudes después del recibir, como fueron las reverencias antes del alcanzar, y las sumisiones al pretender. [*Vanse.*]

## ESCENA TERCERA

CÉSAR. — DON FERNANDO. — JULIO

CÉSAR

Templando está su instrumento don Fernando: desde aquí, porque no le deje, quiero escuchar lo que canta.

FERNANDO

Malas primas.

JULIO

No hay cuerda buena.

FERNANDO

Mira lo que dices; que no es cuerda la que es mala.

JULIO

¿De esto sacas alegorías?

FERNANDO

Dorotea fué la causa.

JULIO

¿Ya es mala Dorotea?

FERNANDO

Tú lo sabes.

JULIO

Hasta que no digas mal de Dorotea, no tengo de creer que la has olvidado.

FERNANDO

Pues digo que es un ángel.

JULIO

Tampoco.

FERNANDO

Pues ¿cómo ha de ser?

JULIO

No decir bien ni mal de Dorotea; que el que ha olvidado lo que amaba, no dice mal ni bien de lo que olvida: bien, porque ya no ama, y mal, porque no se venga.

## FERNANDO

Pues vengarse, ¿es amor?

## JULIO

No, sino desesperación amorosa; y acuérdate de lo que de Medea escribe Ovidio, que habiéndose casado Jasón con otra, se la mató con dos hijos y puso fuego a sus casas.

## FERNANDO

Si tuvieras, aldeana,  
la condición como el talle,  
fuera reina de tu aldea,  
tuvieras vasallos grandes.  
Opuesta al sol de tus ojos  
la luna de tu donaire,  
la tierra de tu aspereza  
forma eclipses, sombras hace.  
¿Eres tú la bien prendida,  
aunque es mejor que te llamen  
la que cuanto mira prende,  
y tiene celos del aire?  
Si no puede tu belleza  
de tí misma asegurarte,  
¿qué hará mi amor, Amarilis,  
que para tus celos baste?  
El día, aldeana bella,  
que bajas del monte al valle,  
¿qué envidias no te aseguran  
tu hermosura y mis verdades?  
Las zagalas que te miran  
apenas dicen que saben  
adónde pones los pies;  
tan breves estampas hacen.  
Todas envidian tu brío,  
y en tus galas, siempre iguales,  
aprenden cuidados todas  
de los descuidos que traes.  
Pareces la primavera,  
que las flores y las aves  
todas despiertan a verte,  
y al sol de tus ojos salen.



Mal hayan los arroyuelos  
 si cuando por ellos pases,  
 no murmuraren alegres.  
 ¡Que tengas celos de nadie  
 siendo así! ¿Por qué te ofendes  
 en presumir que me agrade  
 quien tiene envidia de ti,  
 y se precia de imitarte?  
 No gastes mal tantas perlas,  
 no llores más, no me mates;  
 que pienso que tus estrellas  
 se están dividiendo en partes.  
 Baste el enojo, Amarillis,  
 sal por tu vida a escucharme;  
 que a las niñas de tus ojos  
 quiero cantar, porque callen  
 «No lloréis, ojuelos,  
 porque no es razón  
 que llore de celos  
 quien mata de amor.»  
 Quien puede matar  
 no intente morir,  
 si hace con reír  
 más que con llorar.  
 Si queréis vengar  
 los que muerto habéis,  
 ¿por qué no tenéis  
 de mí compasión?  
 «No lloréis, etc.»

CÉSAR

No dejéis el instrumento, Fernando, por mi vida.

FERNANDO

Ya les habían dado licencia los versos a las cuerdas para que descansasen.

CÉSAR

Está tan bien cantado como escrito.

FERNANDO

No son jueces los gustos en las habilidades de los amigos.

CÉSAR

Haced cuenta que no lo soy para las vuestras.

FERNANDO

Harto divina es la música.

CÉSAR

Danle por inventor a Mercurio y otros a Aristógeno; pero lo cierto es que lo fué Amor, porque la armonía es concepto, el concepto es concordia del son grave y del agudo, y la concordia fué instituída de amor; porque con aquella recíproca benevolencia, se sigue el efecto de la música, que es el deleite. Esta unión amorosa llamó Marsilio Finino ministra suya: así la bella Lamia enloqueció de amor al gran Demetrio.

FERNANDO

¿Qué os habéis hecho estos días?

CÉSAR

He estado ausente y cuidadoso de vuestros sucesos. ¿Cómo os va de las fortunas de Dorotea? Que en este tiempo que he faltado de la corte, deben de haber sido para los dos notables, si no me han engañado las estrellas.

FERNANDO

Luego ¿remitís vuestra conjeturas a los planetas? Nunca me ha persuadido esta ciencia a su crédito.

CÉSAR

Por lo menos es más fácil saberlo de vuestra boca.

FERNANDO

Ya no hay amor de Dorotea.

CÉSAR

Antes me persuadiré que no hay movimiento en aquellos dos luminosos presidentes del día y de la noche; porque vos y Dorotea tenéis la Luna en la duodécima parte de los peces, en dignidad de Venus; como por lo contrario, si sucediese Venus al tardo y frígido Saturno, y le tuviesen dos en un mismo grado.

FERNANDO

Pues debe de haber sucedido, y vos no lo habéis mirado bien. Para la inteligencia de lo cual os suplico que os tengáis por deservido de estarme atento; por ventura daréis por bien empleado el silencio. Por vuestra curiosidad y estudio en todas materias veréis los admirables efectos de las condiciones de nuestra naturaleza, y por qué caminos tan extraños tiene imperio sobre nuestra mayor firmeza la inconstancia.

CÉSAR

No sólo tendré gusto de estar atento, pero os rendiré por el favor infinitas gracias.

FERNANDO

Advierte, Julio, que para todos los amigos estoy fuera de casa, excepto Ludovico.

JULIO

Mejor es que tú salgas a la ventana y se lo digas como el otro filósofo. Pero llamen y vuélvanse; que responder y no estar yo contigo, dará sospecha de que te has negado.

FERNANDO

Ya supisteis, señor César, antes de vuestra partida a la montaña, lo que os referí a vos y a Ludovico, que me había sucedido en el Prado una mañana del abril pasado con Dorotea.

JULIO

Con ese tiempo vuelves a errar las leyes de la tragedia.

FERNANDO

Perdone la fábula, pues por su gusto en esta ocasión se casó con la historia.

CÉSAR

Bien me acuerdo del regocijo con que veníais de tan alegre triunfo, como si en el carro de amor fuerais vos el cónsul y los desdenes fingidos de Dorotea los despojos de la victoria.

## FERNANDO

¡Oh amor! Si en alguna ocasión has parecido niño, como te pintan, ésta se aventaja a todas con exceso jamás oído. Apenas, César, conocí que Dorotea me tenía el mismo amor que antes que me partiese a Sevilla, cuando comenzó mi espíritu a sosegarse, mi corazón a suspenderse, y todas las acciones de hombre cuerdo y prudente volvieron a la patria del entendimiento, de donde las había desterrado la inquietud de imaginarme aborrecido; porque estaban de la manera que suelen los hierros de un reloj deshecho, que, volviendo a poner cada uno en su lugar, obra concertadamente su armonía.

## CÉSAR

¡Extraña condición de amor! ¡Que quiera maltratado, y con la seguridad olvide!

## FERNANDO

Al paso, finalmente, que Dorotea me iba descubriendo su pecho, iba yo sosegando el mío, y como se abrasaba en mis brazos de aquellos antiguos deseos, yo me helaba en los suyos.

## CÉSAR

De dos maneras dice Marsilio Fecino, sobre Platón, que se cura amor, una por naturaleza y otra por diligencia: la que es por naturaleza, se hace por ciertos intervalos de tiempo, lo que conviene

también a todas las enfermedades; la que por diligencia, consiste en la diversión del entendimiento o en otras ocupaciones o en otros sujetos. La inquietud de los amantes tanto persevera cuanto dura aquella infección de la sangre, que, como por fascinación metida en las entrañas, permanece oprimiendo el corazón con aquel grave cuidado; porque de él pasa a las venas, de las venas a los miembros, y hasta que del todo se templá, es imposible que cese la inquietud en que viven. Todo esto quiere espacio de tiempo, y en los hombres melancólicos mayor que en los joviales y alegres, y más si tienen a Saturno con Marte retrógrado o al Sol opuesto.

FERNANDO

¡Qué presto os vais a la profesión!

CÉSAR

Quien tuviera en su nacimiento a Venus en la casa de Saturno, o mirare la Luna vehementísimamente, tarde sanará de la enfermedad de amor.

JULIO

Holgárame de saber cómo se hace esa sangría, aunque no estoy enamorado de Celia.

CÉSAR

Lee todo aquel capítulo, Julio, que es de lo más curioso que vi en mi vida, y verás entre aquellos

consejos cómo se han de pensar los defectos de lo que se ama, cómo se ha de guardar de que se acerquen mucho las luces de los ojos, cómo se ha de aplicar el ánimo a muchos y graves negocios, cómo se ha de procurar disminuir la sangre, cómo se ha de usar del vino para que se críe nueva y nuevos espíritus, cómo se ha de hacer ejercicio hasta llegar a sudar para abrir los poros; y, sobre todo, lo que los médicos aconsejan para presidio del corazón y alimento del cerebro; que todo lo dijo Lucrecio en cuatro versos.

FERNANDO

Yo no quise esperar a la naturaleza, por desconfianza de la costumbre; así, me puse en manos de la diligencia.

CÉSAR

¿De qué suerte?

FERNANDO

Un día, César, estaba mi honra considerando la bajeza de mi pensamiento en hablar y querer a Dorotea, como los hombres viles que, por aprovecharse del interés de las mujeres, sufren la posesión de los otros, ocupando aquel tiempo que la dejan, y guardándose de que no los conozcan; y fué tanto el corrimiento, que me pareció que todos me miraban, y que todos me tenían en poco, como acontece al que ha hecho algún delito secre-

tamente, que siempre imagina que hablan de él, aunque sea diferente la materia; y afrentado de mí mismo (que el que es hombre de bien no ha de menester que le digan lo que hace mal para que le salgan colores, cuando esté más solo), determiné dos cosas: tomar venganza de la libertad de Dorotea, y curarme en salud para que no me hallase el mal desapercibido; todo lo cual ejecuté fácilmente.

CÉSAR

¡Fácilmente, cosa tan difícil!

FERNANDO

Criámonos juntos Marfisa y yo, como otras veces habéis oído; y aunque es verdad que fué el primer sujeto de mi amor en la primavera de mis años, su malogrado casamiento y la hermosura de Dorotea me olvidaron a un tiempo de sus méritos, como si jamás la hubieran visto mis ojos.

CÉSAR

¡Qué inconstancia!

FERNANDO

Sea verdad que, volviendo a nuestra casa por la intempestiva muerte de su marido, volvió a mirarme, pero sin efecto alguno de los que presumía el amor pasado; porque un sujeto es imposible que tenga más de una forma, y no puede obrar acción alguna faltando la potencia.



CÉSAR

Todo lo creo de la bizarría y gracia de Dorotea.

FERNANDO

Entretenía yo a Marfisa; pero vanamente, porque luego conoció mi engaño, si bien le toleraba cuerda, por no darme a entender que la desestimaba: de suerte que entre los dos vivía la amistad por cuenta de la llaneza y de la crianza.

CÉSAR

¡Qué prudente mujer!; o no estaba celosa.

FERNANDO

Yo, César, después de lo referido, como el arte se hace de muchas experiencias, y la tenía tan grande, por cinco cursos en la universidad de amor peregrino estudiante, hice resolución de amar a Marfisa sin dejar a Dorotea, hasta que con el trato y el favor de mi buen deseo convaleciese de todo punto.

CÉSAR

¡Extraña industria para mitigar el amor repartiendo el gusto!

FERNANDO

Conocía Dorotea menos vivos mis afectos, y con serena templanza aquellas ansias de verla por instantes.

## CÉSAR

Nacidas por ventura de aquella larga fábula que en su *Convite de amor* Platón escribe; pues, divididos los que primero fueron unos, ahora buscan sus mitades.

## FERNANDO

Como Dorotea no penetraba la causa, dormían los celos, engañados del agravio que resultaba en mi honor de la amistad injusta de don Bela; y no se engañaba en parte, pues era la ocasión porque yo intentaba aborrecerla, con las prevenciones de los remedios, fundados en la asistencia a la hermosura y entendimiento de Marfisa, que, aunque no era como las gracias de Dorotea, tenía más de señora y de recatada. Bien quisiera Dorotea quererme solo; pero ya no podía ser, ni el interés la dejaba.

## JULIO

Y más con los dos alanos de Gerarda y Felipa; que las mujeres más yerran por los consejos de las amigas que por sus propias flaquezas.

## FERNANDO

De Teodora, su madre, no quiero quejarme, pues sólo fué ocupada en la permisión; pero las otras en la solicitud.

## JULIO

Es Gerarda, si no lo sabéis, la quinta esencia de la astucia, el término de la invención, y la mayor

maestra del concierto que ha tenido el imposible gusto de la vejez después de la lasciva mocedad. Felipa es su hija, pollo de esta lechuza, cuyos actos y cuodlibetos la prometen el mismo grado.

FERNANDO

A espaldas de esta gente, que refiere Julio, me veía Dorotea, fiándose de Celia, moza de buena intención, y que tomaba con suavidad humana, y no con grifo desalumbramiento.

JULIO

Harto comedida era de lo que no la daban.

FERNANDO

Parecióle a Dorotea ayudar a mis galas por modo de sufragio, y alcancé bajamente una cadena y algunos escudos naturales de Méjico, como si ya fuéramos a la parte del desollamiento indiano, o por lo menos horros.

JULIO

Medio tomó que ha vencido maridos, cuanto más galanes; no diré yo jueces, que mentiría.

FERNANDO

Como el vernos tenía intercadencias, era forzoso escribirnos, y por que fuese sin advertimien-

to de don Bela, a quien yo había herido una noche, que tuvo celos de mi voz, como yo de sus manos, y se quiso acreditar de la espada con Dorotea, tan enemiga de ella, que solía cantar al arpa:

«Dadivoso le quiero yo,  
que valiente no;»

para lo cual (que en fin era necesario para conservar nuestra amistad y excusar los efectos de la venganza de su herida), yo llegaba a su puerta en hábito de pobre a las diez horas todas la noches. Salía Celia, la criada que os he referido, a darme limosna; y en el pan o el dinero traía el papel que me daba y le llevaba el que yo traía. Era esto con beneplácito de Teodora, tanto, que me llamaban el pobre de casa: y tenían razón, que don Bela era el rico; que así estaba repartido aquel encantamiento.

#### CÉSAR

¡Oh, si hubierais empleado ese cuidado en aquel amor de la divina belleza que en nuestra mente asiste, por cuya gracia seguimos los oficios de la piedad y los estudios de la filosofía y justicia!

#### FERNANDO

¡Qué metido estáis en el amor socrático! Ya de los platónicos me cupo el ínfimo; pero si cuanto vive ama, y lo que más parece que repugna, es por amor naturalmente, y no por odio, ¿qué os admiráis de esta fuerza que el mismo filósofo llamó

demonio? Amor es nudo perpetuo y cópula del mundo, innoble sustento de sus partes y firme fundamento de su máquina. El fuego no huye del agua por odio que la tiene, antes por amor propio, rehusando que no le mate con su frialdad, ni ella le apaga porque le aborrece, sino por acrecentarse a sí, solicita convertirle en su materia misma.

#### JULIO

Dejad, por Dios, paradojas e impertinencias; que ya sabe don Fernando que el tacto no es parte del amor, ni efecto del amante, sino un deseo de la hermosura y una servil perturbación del hombre.

#### CÉSAR

Prosigue el suceso, y perdona el haberte divertido.

#### FERNANDO

Hacer yo el disfraz del pobre, y no Julio, debe de ser ya objeción que tácitamente me pone vuestro entendimiento; pero respondo que muchas veces podía hablarla, echándome en el suelo debajo de la reja de su ventana, que confinaba con la tierra lo que podía ocupar tendido en ella un hombre: y así lo estaba yo, fingiéndome dormido. Salía Dorotea, y ocupando en pie toda la reja, me hablaba, levantando yo el rostro al resplandor de su hermosura.

## JULIO

Así pintan al enemigo común a los pies del ángel.

## FERNANDO

En este sitio me hallaba don Bela algunas noches, y sin hacer caso de mí, llamaba seguro y entraba confiado. ¡Mirad a lo que me había traído mi fortuna! que en una casa donde había sido señor absoluto cinco años, apenas me concedían lugar para reclinar el cuerpo las piedras de la calle, donde me servía de dosel la reja!

## CÉSAR

¡Qué victoria de Dorotea, teneros a los pies más humilde, más pobre y más afligido que el Tamerlán a Bayaceto!

## JULIO

Y la jaula de la reja, pues tenía Dorotea los pies sobre ella.

## FERNANDO

Era esto con tanto peligro de la vida y de otros sucesos, que, pasando por allí la justicia una de aquellas noches, me hicieron levantar y llevaron a la cárcel, por más que Dorotea afirmaba que era un pobre que en aquella casa favorecían, acreditando lo mismo Teodora y Celia, Felipa y las esclavas, que salieron a las voces: mas el cruel mi-

nistro (que pocos dejan de serlo), porque desde que las telas de las arañas cogen las moscas viles, dejándose romper de los animales mayores, algunos de los que digo, que no todos, ejercitan el imperio en miserables y se humillan y rinden a los poderosos; y así, no hubo remedio de darles crédito porque no les dieron oro. A título, en efecto, de ladrón me llevaron hasta la calle de Toledo; porque, quitándome un sombrero viejo y un paño con que parecía pobre, descubrí el cabello de que era rico, por más que lo negaba el hábito: mas como se divirtiesen en una alojería, y los criados quedasen a la puerta, al tiempo que ellos quisieron beber, encomendé a mis pies el peligro y al beneficio de mi aliento la reputación.

#### CÉSAR

Fuerte suceso para un hombre conocido y que deseaba guardarse de don Bela.

#### FERNANDO

Aliento y pies lo hicieron tan valerosamente, que, como el perro de Ganimedes, se quedaron los esbirros mirando el águila. Pero volviendo de esta digresión a la historia (que ninguna deja de tener sus episodios, ni se ofende la buena retórica como no sean largos), sabed, César, que Marfisa tuvo gusto de hacerme una camisa, que fué como aquella de la hermosa Deyanira con la sangre del Cen-

tauro, aunque faltó en mi suceso la imitación de Alcides.

CÉSAR

Pues ¿a qué propósito?

FERNANDO

Para que saliese galán de randas amarillas o amacigadas, uso nuevo, como habéis visto: esto me previno con un papel que decía así:

«Si no temes que te pida cuenta la señora Dorothea de la novedad de una camisa que te estoy acabando, dame licencia, Fernando, que te la envíe; que bien merezco que me des este gusto por la sangre que me han sacado las agujas, divertida en que te la has de poner; pero, si ha de ser para descomponer vuestra paz, dejaréla comenzada; que no quiero ser causa de que riña contigo, envidiosa de las diligencias que has de hacer para desenojarla.»

Replicaba yo a estos celos y a esta novedad de traje por modestia; que, aunque me visto bien, no quería que fuese con nota, puesto que todo tiene disculpa en los pocos años; mas no para la envidia, que también muerde un vestido como un entendimiento: a cuya desdicha están infelizmente sujetos los hombres que tienen alguna gracia, si los acompaña buena persona; porque no puede sufrir este enemigo de sí mismo que los que tienen ingenio tengan buen talle, ni los que tienen buen talle tengan ingenio.



CÉSAR

Eso es ciertísimo, y que los querrían desproporcionados y mal hechos, como si la naturaleza de las almas obrase con perfección por instrumentos imperfectos.

JULIO

Harán argumento de que la armonía (como dice el filósofo) se compone de contrarios.

FERNANDO

El mismo afirma que conocer la naturaleza del alma, la substancia y los accidentes es muy difícil; y así, no sabremos con certidumbre la condición de sus operaciones.

CÉSAR

Si donde llama perfección del alma a la filosofía, nos dijera cómo había de ser el cuerpo, supiéramos, en cuáles obraba con más virtud, porque la unida es más fuerte.

FERNANDO

No se habla de la cantidad, sino de la proporción.

CÉSAR

Proseguid vuestro suceso.

## FERNANDO

En la porfía de no tomar el presente, venció Marfisa, y acabada la camisa por sus manos, cuya labor competía con la hermosura, enviómela con una esclava y con un papel, que, habiéndole leído y respondido, puse en la faltriquera con descuido. ¡Oh, cuánto cuidado quieren papeles!

## CÉSAR

En ellos suele consistir la perdición de los hombres.

## JULIO

Por eso dice el adagio castellano: *«Médicos errados, papeles mal guardados, y mujeres atrevidas, quitan las vidas»*.

## FERNANDO

Llegó la noche de aquel día; y escribiendo a Dorotea, puse el papel en el mismo lugar que estaba el de Marfisa, y al darle a Celia se trocaron de suerte, que le di el de Marfisa, y me volví con el de Dorotea.

## CÉSAR

Perdonadme; que fué extraña ignorancia llevarlos juntos.

## FERNANDO

Nunca yo me he puesto en el número de los que saben.

## JULIO

Eso es decir que sabes; porque, si no supieras, creyeras que sabías.

## CÉSAR

Los días pasados vi un libro en el estudio de un amigo, que se llamaba *Verdades averiguadas*; abríle y decía la segunda hoja:

«Catálogo de los que no saben.  
 Muchos.  
 Memoria de los que saben.  
 Pocos.»

Y a esta traza lacónica diversas verdades.

## FERNANDO

Aunque confieso el yerro, agradezco a mi fortuna el haber errado; porque, como el corazón es lo primero que vive y lo último que muere, así en el amor lo primero es el deseo y lo último la venganza.

## CÉSAR

Pensé que queríais decir con el discreto Boscán:

«Justa fué mi perdición,  
 de mis males soy contento.»

## FERNANDO

Ahora veréis, César, si fué acertar por yerro: no bien me acostaba para esperar la mañana, en que Dorotea, por el que me dieron suyo cuando di

a Celia el papel de Marfisa, prometía verme, cuando los golpes de la ventana y Julio me advirtieron de que estaban allí Felipa y Celia. Pensé que se me había pasado la noche en esta imaginación, y que venía Dorotea al concierto; lo que fué tan al contrario, que, entrando las dos que digo, me enseñaron el papel de Marfisa, y me dijeron que no había sido en mí descuido, sino desprecio, añadiendo todas las injurias que las enseñó la ira y las permitió mi modestia.

JULIO

¡Oh, si nos hubiera hecho la Naturaleza como a las cigarras, que no cantan jamás las hembras!

FERNANDO

¿Quién lo dice?

JULIO

Aristóteles, por lo menos.

CÉSAR

Y ¿qué habíamos de hacer los hombres, si solos nosotros habláramos y siempre callaran ellas?

JULIO

Entenderlas por señas.

CÉSAR

Peor fuera eso; porque, enojadas, nos sacaran los ojos.

FERNANDO

Yo disculpaba, César, el descuido pero no el delito; mas no pudiendo satisfacerlas, me hallé consolado y di gracias a mi fortuna, que por tan extraño camino me había dado venganza de Dorotea.

CÉSAR

Pues ¿qué teníais por venganza?

JULIO

Parece esa pregunta el problema de Aristóteles, que ¿por qué los hombres no nacían con cola? Y responde que porque son animales que se sientan.

CÉSAR

¿Quién dirá que es respuesta de Aristóteles?

FERNANDO

Fueron y vinieron papeles de una parte a otra, y llegó a extremo lo abrasado de Dorotea, que se contentaba para las paces con que le diese la camisa o la rasgase a sus ojos. Esta satisfacción me pareció indigna de mi obligación a mujer tan principal como Marfisa, y no habiendo remedio de otra suerte para confirmar las paces, de que a

mí ya se me daba menos... ¡Oh tiempo! ¡Oh amor vengado! ¡Oh mudanzas de fortuna! ¡Oh condición humana! Donde viene tan bien lo que dijo en aquel soneto el ilustre portugués Luis de Camoens:

«Mudanse os tempos, mudanse as vontades,  
mudase o ser, mudase a confiança;  
todo mundo he composto da mudança,  
tomando sempre novas qualidades.»

Púseme, en fin, la camisa en el más festivo día que tiene el año. No podía determinar Dorotea desde una ventana, donde estaba, el color de las randas; y con súbita pasión de celos bajó a la calle, y entre la confusión de la gente que iba mirando las telas e imágenes de que estaba adornada, llegó adonde yo iba con otros amigos, siguiendo a Marfisa, y olvidando a Dorotea. Referiros el coloquio era cansaros. Habló con celos, respondí sin amor; fuése corrida y quedé vengado, y más cuando vi las lagrimillas, ya no perlas, que pedían favor a las pestañas para que no las dejaran caer al rostro, ya no jazmines, ya no claveles.

CÉSAR

No lo creyera menos que de vuestra boca. ¿Y continuáis el amor de Marfisa?

FERNANDO

Con el mayor que puedo le agradezco haber sido el templo de mi remedio, la imagen de mi salud y el último asilo de mis desgracias.

CÉSAR

¿Es posible que no haya en vos reliquias del amor de Dorotea?

FERNANDO

Ni apenas las señales que suelen quedar de las heridas.

CÉSAR

Guardaos no os engañe el gusto de la venganza, y la mal curada herida reverdezca; que si volvéis, no ha de haber estrago que no haga en vos. Seréis su Troya, seréis Numancia, seréis Sagunto; no ha de quedar en el edificio de vuestra vida piedra sobre piedra.

FERNANDO

Yo me guardaré de eso; ni creo que ella fuera tan cruel, cuando yo pudiera llegar a estado tan humilde.

CÉSAR

Sólo una cosa dijo Eurípides que creía de las mujeres.

FERNANDO

¿Y cuál era, César?

CÉSAR

Que una vez muertas no podían volver a resucitar.

FERNANDO

No dejaré Dorotea sus Indias, ni yo la puedo servir con ellas, que ya sabéis que el derecho las llama género avarísimo.

CÉSAR

No le pongáis faltas, que pensaré que la queréis.

FERNANDO

Tenéis razón, y más por el dicho vulgar, que las iras de los amantes son reintegración del amor; pero yo os aseguro de ese peligro.

CÉSAR

¿No ha hecho Dorotea más diligencia?

FERNANDO

El cerco de Pompilio.

CÉSAR

¿Qué respondisteis?

FERNANDO

Un papel con más tinieblas que los versos de Licofronte, para que le leyese y no lo entendiese, como la poesía de estos tiempos, que los que la escriben son los que menos la entienden; pero hacedme una merced, así tengáis más dicha con Felisarda que yo he tenido con Dorotea.



CÉSAR

Yo soy amigo vuestro hasta las aras. ¿En qué os sirvo?

FERNANDO

Alzad una figura para que veamos qué fin prometen estos sucesos.

CÉSAR

Interrogaciones no se pueden hacer, y es muy justo prohibirlas; pero yo tengo hecha una figura de vuestro nacimiento, y sólo me faltaba juzgarla. A mi posada voy, y si no viniere a la tarde a veros, vendré mañana, porque tengo que llevar un epigrama que he escrito a los felicísimos casamientos de la excelentísima señora doña Vitoria Colona y el conde de Melgar, hijo del gran almirante de Castilla don Luis Enríquez de Cabrera, que, como sabéis, entró ayer en esta corte, donde fué recibida con tanto aplauso, que no se ha visto en Madrid más alegre día ni mas lucido de galas. Era el Prado un jardín de caballeros y damas, donde fué notable la bizarría del duque de Pastrana, príncipe de Asculi y conde de Castañeda; y entre las señoras, la marquesa de Auñón, doña Antonia de Bolaños y doña Isabel Manrique.

FERNANDO

Habéis nombrado las tres gracias, hijas de Júpiter y compañeras de Venus; y si se hubiera de

añadir la cuarta, como lo hicieron Homero y Estacio, poned a Marfisa en lugar de Pasitea. Esas son las tres diosas de la competencia de Paris.

CÉSAR

A Marfisa daremos también el premio; que ya no me parece que gustaréis de que le tenga Dorotea.

FERNANDO

Yo os aseguro que no faltó ese día del Prado; que, fuera de la primera jerarquía de las damas, no cedería ventaja a Lucrecia romana ni a la troyana Elena.

CÉSAR

Allí anduvo, a lo que yo sospecho, deseosa de daros celos con nuevas galas.

FERNANDO

Ya es tarde, César. Pero, volviendo a la señora doña Vitoria, ¿por dónde os ha tocado celebrarla?

CÉSAR

Dejando aparte su generosa grandeza, que como sol hermoso reverbera en el espejo de toda Italia, el ilustrísimo cardenal Ascanio Colona, su hermano, estudiando en Alcalá, favorecía los ingenios y estimaba mi ignorancia.

## FERNANDO

Campo dilatado se os ofrecía, si hubierais de tratar de las grandezas de su excelentísimo padre Marco Antonio Colona, y de la señora doña Juana de Aragón, su madre, cuyo valor tanto se ha mostrado en los enojos del pontífice, de donde resultaron por su defensa los de nuestro rey católico, y ver Roma en sus muros las banderas del duque de Alba, pacíficas en el sagrado respeto, y victoriosas sin ejecución en la fuerza del agravio. Decid el epigrama.

## CÉSAR

«La siempre excelsa, grave y gran columna,  
sobre cuya cerviz tan firme estuvo  
la gloria de los césares, que tuvo  
en siete montes su primera cuna;  
contra la envidia opuesta a la fortuna,  
que su rueda magnánima detuvo,  
cuando del Sol la línea de oro anduvo,  
hizo de todas sus victorias una.

Esta, que fué de la ciudad sagrada  
gloria y honor, para mayor memoria  
a la casa de Enríquez se traslada;  
que, sustentando en sucesiva gloria  
los arcos de su máquina dorada,  
será columna de inmortal *Vitoria*»

Y me voy por qué no me digáis lo que os parece.  
[*Vase.*]

## JULIO

Ya que se fué César, ¿para qué quieres andar en pronósticos? Que si bien esta ciencia fué tan estimada de los antiguos, otros muchos la despreciaron por temeraria, como lo es todo lo que trata de futuros contingentes.

## FERNANDO

La fe que el vulgo ignorante pone en ella, como si fuese hablando con el adagio de los tripodas, piensan que no puede faltar lo que por la mayor parte sucede tan al contrario de lo que los hombres piensan; y así lo verás en Cornelio Tácito, que llama a los adivinos engañadores e infieles, de quien son innumerables los ejemplos, como indignos de crédito sus sentidos equívocos; si bien Séneca, hablando de los años de Claudio, no los desprecia, como prolijamente Faborino en Gelio. O cosas adversas o prósperas, dicen los astrólogos; si prósperas y salen falsas, ¿qué mayor desdicha que estarlas esperando? Si adversas y mienten, ¿qué mayor miseria que estarlas temiendo? Porque si son ambiguas y dudosas, valiéndose de esta invención para interpretarlas después de los sucesos, es como no haberlas dicho.

## JULIO

Cuanto me vas diciendo, y otras infinitas autoridades, he visto en Levinio Lemno, libro *De verdadera y falsa astrología*; y siendo así que conoces que es fábula, ¿por qué la preguntas?

## FERNANDO

Por ir con el infinito número de los que desean saber o vicio o virtud de nuestra naturaleza.

## JULIO

Por las ciencias lo dijo el filósofo, que no por las fábulas.

## FERNANDO

Si te digo que no lo creo, ¿qué me quieres?

## JULIO

Que no quieras lo que no crees; que en razón de lo que tú mismo propones, me holgaré que leas lo que siente Cicerón en el libro once de *Adivinación*, acerca de la obscuridad con que estos hombres predicen los futuros contingentes, para acomodarlos después con artificio a lo que dijeron con ignorancia; y por eso también diría de la sibila Virgilio que dejó sus versos escondidos en una cueva.

## FERNANDO

¿Qué tienen que ver, Julio, con los astrólogos los que Ambrosio llama fanáticos o pitones, de quien Amiano Marcelino dijo que el Sol, alma del mundo, difundía en las suyas aquellas centellas vehementes con que pronosticaban? Yo sólo creo la verdad divina, a quien siempre fueron desagradables.

## JULIO

Eso es prudencia, y lo demás engaño; que ya no es el tiempo de la sibila que respondía en Delfos, como Diodoro escribe; de quien el poeta Homero hurtó para sus libros tantos versos. [*Vanse.*]

## ESCENA CUARTA

[*Sala en casa de Teodora*]

DOROTEA. — GERARDA

GERARDA

¿Tienes juicio, Dorotea? ¿Qué es esto? ¡Tú llorando todo el día! ¡Tú inquieta toda la noche! ¿Qué novedad te obliga? ¿Qué suceso tan triste marchita poderoso la flor de tu juventud y la alegría de tu conversación, que lo era de tu casa y de tus amigas? ¡Tú descompuesta! ¡Tú los cabellos desordenados! ¡Tú por lavar la cara!

DOROTEA

Déjame tía; que no hay agua de rostro como las lágrimas.

GERARDA

Por los pecados, hija; pero no por los sucesos humanos.

DOROTEA

Esos son los pecados.

GERARDA

Es verdad; pero bien sé yo que no lloras por penitencia, sino por no haberla hecho.

DOROTEA

Y eso, ¿no es arrepentimiento?

GERARDA

Bien sé yo de qué le tienes.

DOROTEA

¿De qué, Gerarda?

GERARDA

De haber empleado mal tanta hermosura, tan rico entendimiento y tantas gracias; pero dalas a Dios de que te ha traído a tiempo que lo conoces.

DOROTEA

No fueran ellas mal empleadas si fueran bien agradecidas.

GERARDA

¡Por cierto que se acabaron en él los hombres! Sí, sí: manca le quedó la mano a la Naturaleza. ¿Hízole con modelo? ¿Costóle estudio? ¡Gentil Narciso! Mirárasle tú con mis ojos. ¿Qué tenía bueno?

DOROTEA

Luego ¿no es don Fernando gentil hombre?

GERARDA

No por cierto, niña, mirado a partes; sino que a vosotras la invención os engaña, el embeleco y la elevación, las lagrimillas mujeriles, los suspiros a medio puchero, como muchacho acabado de azotar, que ha perdido el habla.

DOROTEA

Mientras un hombre no tiene bozo, no le están mal las lágrimas; que los hombres no lloran descompuestos, sino con dulce embuste.

GERARDA

De cualquier manera es de mujeres.

DOROTEA

Las almas ni son mujeres ni hombres, y ¿por qué lloró Jacob cuando vió a Raquel?

GERARDA

Niña, niña, las mujeres no han de saber de historias ni de lágrimas, sino de hacer vainillas.

DOROTEA

Nunca he visto las que tú haces.



## GERARDA

¿En qué andas? ¿Qué sacas de ese escritorio? Parece retrato. ¿Mas qué sé de quién es? Muestra, muestra.

## DOROTEA

Luego le verás, Gerarda; ve ahora, por tu vida, y consuela a mi madre, que está llorando de verme triste, y entreténla mientras escribo dos palabras.

## GERARDA

Voy a obedecerte; que a lo que yo imagino, entrambas habéis menester consuelo.

## DOROTEA

Salid, salid, verdadero traslado del hombre más traidor que tiene el mundo; salid, que quiero hacer justicia de vos, como el toro, que se venga en la capa cuando se le huye el hombre. ¿Sois vos el que me engañasteis con los tiernos años que aquí tenéis, no presumiendo yo que se mudara vuestro dueño cuando fueran mayores? ¿Qué me miráis con aquella falsa risa que os puso Felipe en esos ojos? ¿Qué decís? ¿Por qué no habláis? ¿Por qué no respondéis? Que quien sabe mirar, bien puede responder. Con esos ojos miráis a Marfisa, y con esta boca me engañáis a mí: ¡qué mucho que ella os quiera y que padezca yo! Aquí dice: «Esclavo de Dorotea». Esclavo, no; fugitivo, sí. ¿Qué leo?

¡Qué miro, que dilato la venganza justa de estos engaños, de estas traiciones, de estas crueldades, de estos dulces venenos de mis sentidos? ¿Adónde estaba mi entendimiento cuando me fié de diecisiete años? ¿Para qué criaba yo un áspid en mi pecho? Para que cuando grande me sirviese de lo mismo que a la reina de Egipto por Antonio. Aquel bozo que nació en mis labios con el enamorado anhélito de mis suspiros, sirve a los de Marfisa de lisonja, entre los requiebros de sus amores y la burla de mis verdades. ¡A éste llevé yo los cabellos que por su causa me quitó mi madre! ¡Oh, madre, qué bien hacías! Tú aquéllos y yo éstos, no quedarán en mi frente, porque te agradaron, porque decías que nunca cosa ponía en paz tus deseos como verlos revueltos; y llamándome tu aurora, al salir la del cielo, con amorosos requiebros, como los pajarillos a la puerta de sus nidos, me dabas, a imitación de sus voces, los buenos días. ¡Triste de mí! ¿Cómo pienso en esto? ¿Por ventura imagina que su retrato será la espada de Eneas para la reina Dido? ¿Quién fué tan necio en el mundo que se entretuvo con la copa en que le dieron veneno? ¿Este hablaba de esta suerte? ¿Este con tales humildades ganó dichoso el imperio de una voluntad tan libre? ¡Ay, infeliz de mí! Que sólo parezco hermosa en ser desdichada, como Marfisa parece que no lo es en ser dichosa. Mas ¿para qué llamo yo dichosa a quien tan presto mudará de fortuna la inconstante naturaleza de los hombres? Porque si ahora esta victoria la

provoca a risa, desde los acentos de ella la convido a las mismas lágrimas. ¡Oh quién pudiera, como romper este retrato, hacer en el del alma el mismo castigo! ¡Jesús! ¡Qué fuerte se hace! Pues, perro, ¿tú te resistes? Pero no; que mi flaqueza es la que no tiene fuerza para romperle, porque lo intento con las manos de amor, y amor es niño. De esta vez lo rompo: quiero volver los ojos a otra parte. Rompíle. ¡Victoria! Lo mismo haré con su ejemplo del que tengo en el alma. — Celia, Celia...

## ESCENA QUINTA

CELIA. — DOROTEA

CELIA

Señora, señora.

DOROTEA

¡Victoria, victoria! Rompí el retrato de don Fernando.

CELIA

Mataste el moro de Carlos Quinto cuando tenía entre los pies aquel hidalgo sevillano.

DOROTEA

¿Luego te parece poco?

CELIA

Romper un naipe, ¿es mucho? ¡Miren qué valiente Céspedes, que rompía juntas cuatro barajas!

DOROTEA

Luego ¿no es más un hombre?

CELIA

Tirar puedes la barra con don Jerónimo de Ayanza o con el valiente don Félix Arias.

DOROTEA

Pues yo he pensado que Hércules no hizo más desquijarando el león Nemeo a toda aquella tierra formidoloso, ni Sansón en romper las cuerdas con que estaba atado, o en derribar a brazos de aquel famoso templo las dóricas columnas, que entre basas de pórvido y capiteles de bronce pensaban competir con la eternidad de los celestes polos.

CELIA

De una puñada, he leído yo que derribó Milón un toro.

DOROTEA

Más hice yo en romper este naipe. Al león de Lisímaco saqué la lengua; muerta me han de hallar el corazón de Aristómenes.

CELIA

¿Dónde has leído tantas historias? Estas medras nos dejará Fernando.

DOROTEA

¿Qué miras? ¿Qué tanteas?

CELIA

Aún se pueden juntar estas mitades.

DOROTEA

Para juntarlas, mejor fuera no haberlas apartado.

CELIA

¿Para qué rasgas esos papeles?

DOROTEA

Bien dices. Trae una vela.

CELIA

Encenderé una bujía.

DOROTEA

¡Oh falsos papeles, oh mentiras discretas, oh engaños disfrazados, oh palabras venenosas, áspides en flores y cédulas falsas, donde no había

crédito; estelionatos de amor, que obligabas la voluntad que no tenías! ¿Por qué me engañasteis? ¿Por qué me adormecisteis? ¿Por qué fuisteis los terceros de mi perdición? Aquí me pagaréis lo que habéis mentido, lo que me habéis engañado, quedando hechos cenizas para que no quede memoria de mi fuego ni reliquia de vuestro engaño. Llega, Celia, la bujía.

CELIA

Ponlos presto. ¿Para qué los miras?

DOROTEA

Oye éste sólo:

«Tu papel me ha dado Celia, en que me culpas y me disculpas: culpárame de no verte, y discúlpame con la aspereza de la noche. Yo fuí, Dorotea, a verte; que para mi amoroso fuego no hay en los Alpes nieve: sentéme en aquella piedra que otras veces; salió Celia a la ventana, y cuando pensé que me abría, debía decirte que no me hallaba; tanta era la nieve que me cubría. Con todo eso esperé dudoso; más por padecer por ti que porque esperase que volvería; y por que creas que esto es verdad, mira el cuadro alto de tu ventana, en que hallarás tu nombre; que con un yeso que quité de la pared con la daga, pude escribirle. Notable fué el frío; mi amor y él compitieron; pero venció mi amor, y esperé tanto, que porque no me perdieses, no pensé morirme. Volví a casa, donde me

riñó Julio, que estaba durmiendo al fuego, como si él trajera la nieve y yo fuera el dormido. Para que volviese en mí, fueron muchos remedios necesarios, y si no fuera por no haberte visto, tuviera por mejor haberte obligado. Roldán estuvo conmigo toda la noche, pagadle la lealtad en algún regalo, aunque me costó su compañía ocuparme harta parte de la capa. ¡Oh, si me vieras mejor que suelo pintarme en los versos, pastor cubierto de nieve, con el ganado de mis pensamientos y el perro al lado!»

¡Esto pasaba este hombre por mí?

CELIA

No te eleves, por Dios; que estoy de prisa.

DOROTEA

¡Oh, si tuvieras vida, para que sintieras el justo efecto de mi venganza! Llega, Celia, la bujía; tendrásla tú, y yo los iré quemando.

CELIA

Aunque es papel de nieve, vaya al fuego.

DOROTEA

Vaya; pero escucha.

CELIA

Si te paras a leerlos, a la noche no habremos quemado la quinta parte.

DOROTEA

No será más de este principio.

CELIA

¿Cómo dice?

DOROTEA [*Lee*]

«¡Qué gallarda saliste hoy, divina Dorotea, a matar hombres y mujeres, unos de amor y otros de envidia! Y para que hubiese muerte para mí, dísteme celos, y tales celos, que me pesó de verte tan hermosa.» Vaya al fuego.

CELIA

Vaya. ¿Otro lees? ¿Cuándo acabaremos?

DOROTEA

Fiad en hombres.

CELIA

Lo mismo dicen ellos, y los unos y los otros tienen razón; pero ¿qué fin te prometías de amor, que no le tiene en el casamiento, donde la posesión acaba con él o con la vida?

DOROTEA

Este parece soneto.



CELIA

Quémale por eso sólo.

DOROTEA

Mal estás con poetas.

CELIA

Con los de infame lengua y pluma; no con los bien nacidos y doctos.

DOROTEA

«Quejosas, Dorotea, están las flores.  
que los colores las habéis hurtado;  
y la frígida nieve se ha quejado  
de que mayores son vuestros rigores.

Quejoso está el amor, que los amores  
se han remitido a vuestro pecho helado,  
y el Sol, que en vuestros ojos abrasado  
desprecia los laureles vencedores.

Quejosa está de vos naturaleza  
por vuestra condición áspera y dura,  
que para humana os dió tanta belleza.

O menos perfección o más blandura;  
que, a presumir de vos tanta dureza,  
¿cómo os pudiera dar tanta hermosura?»

CELIA

Qué bien escrito y qué claro; pero este poeta no era bueno para mujer.

DOROTEA

¿Por qué?

CELIA

Porque tenía mucha facilidad. Pero ¿cómo, queriéndole tanto, se quejaba de tu condición?

DOROTEA

Estaba enojado entonces.

CELIA

Y enojado ¡te alababa y encarecía! Ese sí que es poeta, y no unos satíricos ignorantes y fantásticos, que a los mismos que los alaban deshonran.

DOROTEA

Los honrados, Celia, son espejos de los infames, y como en su cristal se ven tan feos, manchan con aliento sucio la claridad que los ofende. Pero oye éste.

CELIA

Despacio lo has tomado. ¡Oh amantes locos! Aun en la misma pena se deleitan.

DOROTEA [*Lee*]

«Plegue a Dios, mi bien, que si conozco esa mujer que dices...»

CELIA

¡Celitos?

DOROTEA

No me quejaba yo de balde. Vaya al fuego.

CELIA

Vaya.

DOROTEA

Este sólo, éste sólo.

CELIA

Más parece que te quemas tú que los papeles.

DOROTEA

«Amaneció el alba, y no a mis ojos, y díjele yo que para qué salía.»

CELIA

No leas esas boberías, por tu vida, que también hay amores rancios como pernils.

DOROTEA

Vaya al fuego.

CELIA

Vaya; pero mira que se acaba la bujía.

DOROTEA

«Hoy dice Felipe de Liaño que irá a retratarte, y yo le digo que ¿dónde ha de hallar colores? No

hay para qué avisarte que estés hermosa; que a todas horas está eso negociado; pésame que este pintor sea tan gentil hombre, que os retratéis el uno al otro.»

¡Ay, Celia! Esto me parecía bien entonces. ¡Qué extrañas necesidades! Vaya al fuego.

CELIA

Vaya; pero está cierta, señora, que no hay cosa que más necia parezca que un papel de amores fuera de la ocasión, o acabado el juego. Mas así Dios te guarde, que los quememos juntos; que tengo que almidonar tres o cuatro abanicos de cadoneta, y me reñirá tu madre.

ESCENA SEXTA

GERARDA. — DOROTEA

GERARDA

¡Agua, agua! ¡Jesús! ¿Qué incendio es éste?

DOROTEA

¿Tú pides agua, tía? ¿Qué novedad es ésta?

GERARDA

¡Papeles! Juráralo yo, muchacha.

DOROTEA

Ardese Troya.

GERARDA

«¡Fuego, fuego!, dan voces, ¡fuego!, suena,  
y sólo Paris dice: Abrase a Elena.»

DOROTEA

¿Es canción nueva?

GERARDA

Esto cantan ahora los músicos del duque de  
Alba.

DOROTEA

«Arde, mentiras, arde;  
que yo no os puedo valer.»

GERARDA

Ya entiendo lo que castigas.

DOROTEA

Aquí dió fin la historia.

GERARDA

*Contra peón hecho dama, no para pieza en la  
tabla.*

DOROTEA

Pues que rompí el retrato, ¿qué mucho que quemase los papeles?

GERARDA

*Coscorrón en la hornera, no tiene pena. ¡Cuánto va que te arrepientes?*

DOROTEA

Estoy ya muy consolada.

GERARDA

*Colorada, mas no de suyo, que de la costanilla lo traajo.*

DOROTEA

Tía, contigo yo no he menester invenciones, que fuera muy ocioso desaire. Confieso que me muero; pero ¡qué tengo de hacer, si un traidor me ha engañado y me hablaba y enamoraba con falsedad, hasta hallar ocasióu para vengarse de mí por lo que sabes de don Bela?

GERARDA

*Cojo, y no de espina; calvo, y no de tiña; ciego, y no de nube; no hay maldad que no encubre. Pero ¡qué puedes echar menos, siendo tan pobre don Fernando?*

DOROTEA

Su talle, su entendimiento, sus caricias, sus amores; que de todos estos actos se hace el alma un hábito tan estrecho, que es imposible quitarle sin romperle.

GERARDA

¡Qué de bachillerías que te ha enseñado! Pero si te hallas, hija, en el estado que dices, intenta tu remedio y tu venganza.

DOROTEA

¿Yo cómo puedo?

GERARDA

¿Qué me darás, y le haré venir a tu casa como un cordero?

DOROTEA

Gerarda, si es por mal camino, Dios me libre de que tal intente. Fuera de que yo no sé qué mujer de juicio se vale de hechicerías; que es afrenta grande que lo que no pudieron los méritos lo puedan las violencias.

GERARDA

Hija, Dorotea, *hágase el milagro, y... etcétera.*

DOROTEA

Arda ese etcétera en el infierno; y ya te digo, tía, si quieres entenderlo, que, fuera de la ofensa de Dios, que esto es en primer lugar, no me quiero tener en tan poco que afrente con esas bajezas mi cara, mi entendimiento, mis gracias y mis pocos años; y de los dos remedios, mejor fuera ro-

garle que forzarle: ni hallo cosa que se le pueda decir a una mujer más afrentosa que llamarla hechicera.

GERARDA

Mira que te oigo.

DOROTEA

Pues, tía, ¿éreslo tú?

GERARDA

Por curiosidad supe algo; pero ya, ni por e pensamiento; y te puedo jurar con verdad, que ha más de seis días que no he tomado las habas en la mano.

DOROTEA

No lo hagas, Gerarda; escarmienta en el castigo de alguna que tú conoces.

GERARDA

Mira, niña; bien se puede atraer la voluntad con hierbas y piedras naturalmente.

DOROTEA

¡Ay, tía! ¡Qué grande engaño querer que la virtud de las cosas que tienen cuerpo se imprima en las potencias del alma! Con eso engañan los que os enseñan a las mujeres ignorantes para sus



intereses y mentiras, y para tanta desventura de los hombres.

GERARDA

¡Ay, niña, niña! No harás casa con azulejos; ándate amor por amor, y a pelo por pelo, y al cabo, al cabo morir fea y nacer hermosa. *Más vale rostro bermejo, que corazón negro.* No te manques en el establo; que *mejor es dejar a los enemigos que pedir a los amigos.* Don Bela está celoso; no sé qué le han dicho, y él lo ha visto en su tristeza; si él te deja, y Fernandillo se está con su Marfisa, *¿qué has de hacer, mano sobre mano, como mujer de escribano?* Cuando yo era moza leí en Garcilaso aquello de: «En tanto que de rosa y azucena...» ¿Piensas que el tiempo duerme cuando nosotros? Pues engañaste, niña; que tres cosas no durmieron eternamente.

DOROTEA

¿Cuáles, Gerarda?

GERARDA

Los días, los censos y los agravios.

DOROTEA

Calla, madre; que viene Laurencio con algún recado de don Bela.

GERARDA

*Malo Medellín, bueno Medellín, hele aquí viene  
Lázaro Martín.*

DOROTEA

Traeráme algún papel de desafío.

### ESCENA SÉPTIMA

LAURENCIO. — DOROTEA. — GERARDA

LAURENCIO

¡Qué humo es éste? ¡Qué gentil pastilla! ¡Esto en vuestra casa, señora Dorotea, donde dice mi amo que se retrató el paraíso, los olores de la India oriental, donde nacen el clavo y la canela, y espira más fino el ámbar que en los mares de la Florida!

GERARDA

Hermano Laurencio, hemos quemado un poco de tela vieja para sacarle la plata.

LAURENCIO

Creo, Gerarda, que has leído la *Alquimia* del Trevisano; pero, si te digo la verdad, yo pensé que chamuscabas algún vasallo del hijo pródigo, que para lo que bebes, esa es tu *Alquimia*.

GERARDA

Laurencio, Laurencio, *más vale dar buen trueno que dinero a maese Pedro*; den gracias a Dios los hombres, que no nacieron con nuestros achaques.

LAURENCIO

También tenemos algunos.

GERARDA

¿Los hombres? ¿Cuáles?

LAURENCIO

Sufrir los vuestros cuando estáis con ellos. ¿Hay cosa más cruel que veros desmayadas, haciendo más ruido con la garganta que un pavo cuando se eriza, el ver la confusión de las criadas, la solitud de las vecinas, las plumas de perdiz quemadas, y andar buscando ruda, y más si es a media noche?

GERARDA

Y eso, ¿de qué nace, bellacos, insolentes y arrogantes, sino de las pesadumbres que nos dais cuando venís de la casa de juego y de la otra, el sombrero hasta las narices, como celada borgoñona; y luego, sobre si está bien guisado o mal guisado, echar la mesa en el suelo, tornar a tomar la capa y volverse a la querencia? Pero no averigüemos culpas: dinos ahora a lo que vienes, y si

está tu amo todavía enojadito. ¡Qué gran ofensa, hablar Dorotica una palabra con un conocido! No, sino dar ocasión a que la tengan por descortés, le digan una libertad o le hagan una sátira.

LAURENCIO

Mi amo no está enojado, sino que anda con pesadumbre.

DOROTEA

Y ¿de qué es la pesadumbre?

LAURENCIO

Había prometido a ciertos señores a «Pie de Hierro» para el juego de cañas de mañana, y hale clavado el herrador; y como se ha disculpado, le han escrito un papel tan atrevido que está perdiendo el seso. Este te traigo, y tengo que hablarte.

DOROTEA

Muestra; que con dificultad seremos amigos.

GERARDA

*Paz de gallego, tenla por agüero.*

## ESCENA OCTAVA

DON FERNANDO. — CÉSAR. — JULIO

FERNANDO

¿Tan infaustas cosas pronostica esa figura, que no queréis decírmelas?

CÉSAR

Tan infaustas.

JULIO

Bien sabe don Fernando que no he de creerlas.

FERNANDO

Miradlo en aquel lugar de Jeremías: «No seáis como los gentiles, ni aprendáis sus caminos, ni temáis las señales del cielo; porque las leyes de los pueblos son vanidades.»

JULIO

Lo mismo dice Isaías por los que se daban a la curiosa observación de las estrellas: «Sálvente los adivinos del cielo que contemplan las estrellas, para anunciar las cosas futuras, porque ya, como si fueran aristas, los ha consumido el fuego.»

## CÉSAR

Bien lo veo, Julio; bien conozco y sé que la misma Verdad dijo que no fuésemos solícitos en inquirir la observación de las cosas futuras; y os aseguro que siempre me desagradaron y parecieron temerarias las predicciones de lo que Dios inescrutable tiene prescrito en su mente eterna. Esto estudié en mi tierna edad, del doctísimo portugués Juan Bautista Lavaña, y sólo tal vez juzgo por curiosidad, y no de otra suerte, algún nacimiento; pero no respondo a las interrogaciones por ningún caso. El hombre no se hizo por las estrellas, ni el libre albedrío les puede estar sujeto.

## FERNANDO

La astrología y tales ciencias, dijo Agustino que eran más para ejercitar los ingenios que para iluminar las mentes de los hombres a la verdadera sabiduría.

## JULIO

Su detestación hallaréis en el mismo en el tomo primero, y en el octavo contra los vanos astrólogos una invectiva.

## CÉSAR

Pues con ese advertimiento diré, por sola curiosidad, lo que en este juicio me parece, dejando en su lugar todo lo que toca al divino respeto. Vos, don Fernando, seréis notablemente perseguido de

Dorotea y de su madre en la cárcel donde os han de tener preso; el fin de esta prisión os promete destierro del reino; pero antes de lo cual serviréis una doncella, que se ha de inclinar a vuestra fama y persona, con quien os casaréis con poco gusto de vuestros deudos y los suyos. Esta acompañará vuestros destierros y cuidados con gran lealtad y ánimo para toda adversidad constante; morirá a siete años de este suceso, y con excesivo sentimiento vuestro daréis la vuelta a la corte, viuda ya Dorotea, que os solicitará para marido; pero no saldrá con ello, porque podrá más que su riqueza vuestra honra, y que sus amores y caricias vuestra venganza.

FERNANDO

¡Extraños desatinos!

CÉSAR

Vos tenéis muy desdichada la parte de la fortuna en los amores: sabed que os esperan inmensos trabajos por su causa. Guardaos de alguna que os ha de dar hechizos; si bien saldréis de todo con oraciones a Dios, en otro estado, del que ahora tenéis.

FERNANDO

Cuando eso llegase a ser, siendo como es tan dudoso, me valdré de ese remedio, porque es el verdadero, y vanos los de los hombres, en quien no se ha de tener confianza; porque, según la

Verdad Divina, ni aun en los príncipes se ha de hallar salud.

CÉSAR

Uno os ha de estimar y favorecer mucho, cuyo amor conservaréis hasta el fin de vuestra vida, que aquí parece larga.

FERNANDO

¿Qué vida con trabajos fué breve?

JULIO

El fin de la ciencia especulativa es la verdad, y de la práctica, la obra.

FERNANDO

Así lo enseña el filósofo en su *Metafísica*.

JULIO

César dice lo que contiene el juicio de esta figura, y don Fernando pondrá en ejecución con su albedrío el remedio de tan cruel pronóstico.

FERNANDO

Dice una ley que cuando la verdad y la ficción concurren juntas (y aunque no lo dijera), se ha de guardar a la verdad el decoro que de derecho divino y humano se le debe; y otra dice que es im-



posible que sea infinito el efecto donde es finita la causa. Bien creo que me habéis entendido.

CÉSAR

Yo os responderé lo que en otra parte dice.

FERNANDO

¿Cómo?

CÉSAR

Que aquello que tácitamente puede ser entendido se tiene por declarado. Ya sé que tenéis verdadero ánimo de poneros en salvo de todos los pensamientos de Dorotea, con que me satisfacéis que cesando la causa cesará el efecto; pero en los *Físicos* dijo Aristóteles que el fin es lo primero en la intención y lo último en la ejecución. ¡Plegue a Dios, Fernando, que os portéis de suerte que se den por vencidas vuestras estrellas de la virtud de vuestro albedrío, contra el cual ninguna cosa es fuerte sino él mismo! Que no hay Teórica de planetas contra la virtud invencible, freno poderoso de las invasiones molestas del apetito, cuyos efectos vencieron con ella tantos filósofos. Pero si este sagrado se llama la señora Marfisa, y la virtud de esta defensa dar ocasión a Dorotea para desesperados celos, nunca os tendré por seguro; que, aunque no lo advirtiera Juvenal, es infalible que ningún animal (por fiero que sea) gusta más de la venganza que la mujer.

## FERNANDO

Bien sé que consiste la paz de mis pensamientos en dejar por algún tiempo la patria; y así pienso trocar las letras por las armas en esta jornada que nuestro rey intenta a Inglaterra. Pero, ya que os acordasteis de Marfisa, ¿cómo no me decís algo en el juicio de este pronóstico?

## CÉSAR

Admirome de que preguntéis curioso aquello a que no habéis de dar crédito, desengañado.

## FERNANDO

Ya vamos advertidos de que todo cuanto podéis hallar en las estrellas se remite a la primera causa de las causas; que lo que es primero, ninguna cosa puede tener delante de sí, como dice el proemio de los *Digestos*. Hablad en Marfisa, reservando (como nos manda la verdadera ley que profesamos) a la Divina Sabiduría lo futuro, y a la Omnipotencia la disposición.

## CÉSAR

Con ese advertimiento digo, Fernando, que Marfisa se casará con un hombre de letras segunda vez, que con un honroso oficio saldrá fuera de estos reinos; enviudará presto, y casándose con un soldado de nuestra patria, será muy desdichada.

FERNANDO

¿De qué forma?

CÉSAR

Que la ha de matar de celos de un amigo suyo.

FERNANDO

¡Qué trágico estáis y qué sangriento! ¡Qué rigurosamente habéis puesto los aspectos de este cuadrángulo! ¡Ninguno impide tales sucesos? ¡Ninguno se mira benévolo de trino? No os preguntaré más en mi vida. ¡Jesús! ¡Qué tristeza me habéis causado! ¡Marfisa muerta y fuera de la patria!

CÉSAR

Ahora veréis que el humano deseo abraza mejor la lisonja mentirosa que la verdad segura; no porque esto lo sea, pero porque si yo os dijera que vos habíais de heredar cien mil ducados y Marfisa un título, aunque lo tuvierais por mentira, me lo agradeceríais.

JULIO

Conocí yo un caballero (hombre ya de muchos años) que, saliendo un día galán a su parecer, porque fué de los que deseaban encubrirlos, preguntó a un pajecillo que tenía, si le parecía iba bien puesto. El tal paje (como se usa, y porque el pan de los señores cría lisonjas en los criados,

como lombrices en los niños) le dijo: «Prometo a vuestra merced que va tan gallardo, que parece de veintidós años.» A quien respondió el caballero: «Juanico, bien sé que mientes; pero por vida del rey que me huelgo de oírtelo decir.»

#### CÉSAR

Dice Julio muy bien, y bien hayan los gitanos que no han dicho a hombre mal suceso; todos han de ser ricos, todos bien queridos de sus damas, todos venturosos, a todos ha de venir cierta cantidad de plata de las Indias, y todos han de vivir infinitos años.

#### JULIO

Añadid a eso la gracia de los astrólogos de almanaques, que juzgan los temporales por los días, que en diciendo que ha de llover, hace sol, y en prometiendo serenidad, hay un diluvio de agua; y después de decir que habrá muchas enfermedades y pendencias por mujeres, como si fuese novedad lo uno y lo otro, y que será buen año de lentejas y de cañas de azúcar, y que ha de morir un turco, donde hay infinito número, ponen muy descansados: «Dios sobre todo»; que si en lo demás dijese la verdad que en esto, era cargo de conciencia que no valiese un pronóstico mil ducados.

#### FERNANDO

No puedo volver en mí con saber que esto es incierto, de la tragedia que César promete a Mar-

fisa: así es el corazón cobarde, cuando ama, y la duda poderosa para temer la desdicha. ¡Yo preso! ¡Yo desterrado! ¡Marfisa muerta!

CÉSAR

Dejad, Fernando, esas necias imaginaciones, y vamos a oír misa, donde pidáis a Dios su divino auxilio para reformar vuestros pasos, con que os libraréis de todo; y agradecedle el entendimiento que os ha dado con amarle y temerle; que la corona de la sabiduría es el temor de Dios. Volved los ojos a tantos amigos muertos, y muchos de vuestros años; y para que no volváis a Dorotea, no os enlacéis con Marfisa; que no sale del peligro el que entra en mayor peligro; y para que sepáis lo que la una y la otra pretenden de vos, leed con atención el capítulo séptimo de los *Proverbios*.

ESCENA NOVENA

DOROTEA. — CELIA

DOROTEA

Dame aquel arpa, Celia.

CELIA

De buen humor te levantas: no querría que te sucediese lo que al tiempo; que *arreboles de la mañana, a la noche son de agua*.

## DOROTEA

Segurísima estoy de que por culpa mía se mude el tiempo. Mi amor paró en celos, mis celos en furia, mi furia en locura, mi locura en rabia, mi rabia en deseos de venganza, mi venganza en lágrimas, y mis lágrimas en arrojar por los ojos el veneno del corazón. Quédese aquel ingrato con su Marfisa; que si don Bela quiere favorecerme, pues ya es cierta la nueva de que Calidonio, mi marido, es muerto en Lima, trocaré estas galas a un hábito, y daré con prudencia esto que los hombres llaman gracias al Autor de ellas, que ni puede engañar ni faltar, ni dejar de agradecer; que, volviendo los ojos a lo pasado, ¿qué tengo yo, Celia, de la amistad de Fernando, sino el arrepentimiento de mi ignorancia? Aquellos papeles, cuyas letras quemadas, blancas entre lo negro del papel, me ponían miedo, y haber echado cinco años por la ventana de mi apetito en la calle de mi deshonra. La hermosura no vuelve, la edad siempre pasa; posada es nuestra vida, correo el tiempo, flor la juventud, el nacer deuda, el dueño pide, la enfermedad ejecuta, la muerte cobra.

## CELIA

Dicen que los sucesos adversos son muchas veces causa de la enmienda de las costumbres; en que se ve lucir la providencia del cielo, y cuánto desea su divino autor la reducción de nuestros pasos a su servicio. ¡Ay, señora! ¡Qué grande es el engaño

de la hermosura! Más mujeres se han perdido por los oídos que por los ojos; más daño les ha hecho siempre el oír alabanzas, que el mirar gentilezas. ¡Dichosa la que, como tú ahora, en el principio de su vida previene los cuidados de su muerte! Ya me parece que te veo, toca sobre toca, guarnecida esa cara del resplandor de tus virtudes, tan lejos del mundo como has estado dentro.

## DOROTEA

Notables sois las que servís: todo lo aprobáis. ¡Qué hechas tenéis las lisonjas para todo, aplicando el ánimo indiferente a lo bueno o a lo malo que se os propone! ¡Extraño caso, que también hay lisonjas a lo divino! Si te dijera que fuéramos a inquietar a Fernando, ya te hubieras bajado el enfaldo, puesto el manto en los hombros, y con zapatos de huir y alcanzar, puesto en la calle la obediencia.

## CELIA

Si quieres que vayamos, ¿para qué me lo dices con invenciones?

## DOROTEA

¡Yo, Celia! ¡Plega a Dios!...

## CELIA

No pliegues, ni jures, si quieres que te crea; que ha una hora que estás martillando esas clavijas,

templando, más que las cuerdas del arpa, las locuras del pensamiento.

DOROTEA

He quitado dos o tres, porque falseaban en los bemoles.

CELIA

Esos debían de ser los pensamientos de don Fernando.

DOROTEA

Bien dices, Celia; que la ciencia de la música (como me decía mi maestro Enrique) no está en la facilidad de los dedos, ni en la voz entonada, sino el alma, que es lo que llaman teórica. Pero dime, ¿qué hago mi madre?

CELIA

Allá está tratando con Felipa de vender estas esclavas; que dice que son buenas y extremadas, pero que para su casa es mucho toldo.

DOROTEA

¿Y qué le aconseja Felipa?

CELIA

Que no lo haga, que se enojará don Bela.



## DOROTEA

Ya he templado.

## CELIA

Que tú lo estés, deseo.

## DOROTEA

«Si todo lo acaba el tiempo,  
¿cómo dura mi tormento?»  
Si tantas dificultades  
como mi amor ha tenido,  
no solicitan olvido  
a la fe de mis verdades;  
si penas, si soledades  
adorando mi porfía;  
si toda esperanza mía  
nace monte y muere viento,  
¿cómo dura mi tormento?»

Mis penas y mi valor  
hacen honra el porfiar  
quién antes se ha de acabar,  
o mi tormento o mi amor.  
Piden al tiempo favor,  
y él, que todo lo consume,  
se espanta cuando presume  
de inmortal mi pensamiento:  
¿cómo dura mi tormento?»

Puesto que tan mal me trata,  
estimo tanto mi mal,  
que apelo al alma inmortal,  
si mi tormento me mata;  
que fuera mi pena ingrata  
si menos gloria me fuera  
ni quisiera, si quisiera  
saber de mi pensamiento  
¿cómo dura mi tormento?»  
Para el mal que estoy sufriendo,  
¿qué podrá el tiempo pasando,  
si cuando pasa volando,  
mi amor le va deteniendo?  
Pues si viviendo o muriendo  
doy ocasión a mi mal  
para que viva inmortal,  
en vano saber intento  
«cómo dura mi tormento.»

## CELIA

Aquí sí que entraba como nacido aquello de los libros de los pastores, que se paró el aire, que abrieron las flores los pimpollos de las hojas, y que se desató el nácar de la verde cárcel de los botones, aromatizando el aire; que callaron los sonoros cristales de los arroyos, que aprendieron las filomenas de las selvas dulces pasos. Pero, señora, nunca te he oído estos versos ni este tono. ¿Quién los hizo?

## DOROTEA

Los versos, Celia, yo, y el tono, aquel excelente músico Juan de Palomares, competidor insigne del famoso Juan Blas de Castro, que dividieron entre los dos la lira, árbitro Apolo.

## CELIA

¿Tú hiciste estos versos?

## DOROTEA

¿Pues no ves cómo hablan en nombre de mujer?

## CELIA

Ahora creo que amor fué el primer inventor de la poesía.

## DOROTEA

La ira y el amor son nuestras dos pasiones principales; pues dime, Celia, si dijeron los antiguos

que la ira los hacía, ¿por qué no serán más fáciles al amor, que se queja de lo que padece en dulcísimas consonancias?

## ESCENA DÉCIMA

GERARDA. — DOROTEA

GERARDA

¡Tú cantando, tú alegre, tú vestida de gala, Dorotea! ¡Tú tocada con cintas verdes! ¡Tú cadena y joyas! ¡Qué novedad es esta? ¡Qué te ha sucedido? ¡Qué te has hallado, niña? ¡Qué diferente que estás de lo que estos días! Lucido se te ha el regalo. *Bien haya pan que presta, y moza que le come.*

DOROTEA

Tía, no son todos los tiempos unos; de los nublados sale el Sol, y de las tormentas la bonanza.

GERARDA

¿Tienes algún papel humilde de don Fernando? ¿Quiere venir a verte? ¿Date satisfacción de los agravios de Marfisa? ¿Hay décimas concetiles, soneto relevante, o romance brillador con su villancico a lo postrero o lamentable estribo como aquello de «¿Filis me ha muerto?» Que te dará mucha honra.

## DOROTEA

De rúa traes el gusto, madre Gerarda. Siéntate, siéntate, y dime de dónde vienes.

## GERARDA

Sácasme del propósito. Yo, hija de mis cjos, me levanté buena; di gracias al Señor de la salud y de haber nacido en tierra de cristianos. Mira tú si yo fuera ahora Jarifa Rodríguez o Daraxa González, mujer de Zulema Pérez o de Zacatín Hernández, ¿qué fuera de mí? Pues era cierto que me había de llevar esta desdicha al infierno, envuelta en una almalafa. Luego me puse el manto, y fui a misa; no la he perdido día con salud, desde que tengo uso de razón. Fuíme desde allí en casa de la Marina, que es buena mujer, de rudo y menudo, por ahorrar de poner la olla: halléla que estaba sembrando unas valerianas para unas amigas, atando en la raíz un hilo de oro con unas perlas.

## DOROTEA

¡Qué extraños embelecós y necedades.

## GERARDA

Lavóse las manos, hizo unos torreznillos de a cuarto en libra, y en verdad que comenzó el almuerzo a las siete, y que vengo ahora, porque tenía una botilla de tres azumbres, y como no había agua en casa, fué menester toda.

DOROTEA

¡Toda, toda?

GERARDA

Más estrujada la dejamos que cuero que aprietan con sogas para sacarle la trementina; y aun, si no me acuerdo mal, enviamos enfrente por otro traguillo, que llaman de refacción, porque siempre la Marina vive cerca, no de quien mire, sino de quien mida; que nunca en las tabernas hay ventanas, y cuantos salen de allí salen sin ojos. Díjele que te guardase un gato negro que ha parido la Moronda; que no hay en Madrid animal de tanto precio: más vale que si fuera de algalia.

DOROTEA

No me traigas esas cosas, tía; que hacen sospechosas las casas con gatos negros, y son muy sucios.

GERARDA

¡Qué melindroseta eres, rapacilla! En verdad que hay mil amigas que esperaban el parto de la gata.

DOROTEA

Contaríanle las faltas.

GERARDA

Ahora bien: volvamos a coger el hilo de nuestro cuento; que nos habemos detenido más que los

tejedores en darle el nudo. Cuéntame lo que hay de Fernando; dime todo lo que pasa; que por ventura me debes algunas palabras en tu favor. ¡Qué! ¿me miras y te ríes? Bueno, bueno: deja el arpa, y dame parte de tu alegría; que como tú estés contenta, mas que se ahorque don Bela; *que más vale haceña parada que amigo molinero*, y yo apostaré que dice aquel bobillo, polligallo, quiérello todo: *«Por el alabado dejé el conocido, y vime arrepentido.»*

## DOROTEA

¿Piensas, tía, sacarme con invención lo que tengo en el pensamiento?

## GERARDA

No, hija, sino aconsejarte que vivas y te goces; que la mayor discreción es poner la capa como viniere el viento. Quiere lo que quisieres, y no repares en intereses; *que mi hija hermosa, el lunes a Toro, y el martes a Zamora..*

## DOROTEA

No te desveles, tía; que no he tenido papel de don Fernando, ni le quiero. Vete con Dios y déjame; que esta alegría exterior es el oro de las píldoras y el membrillo de los jarabes.

## GERARDA

No te lo digo yo porque te enojés; que bien puedes agradar a don Bela y querer a Fernando; que

un rico es muy a propósito para no saber lo que pasa, y un pobre para sufrir lo que pasare; que *por eso se vende la vaca, porque unos quieren la pierna, y otros la falda.*

DOROTEA

Para eso, Gerarda, es menester nacer a propósito.

GERARDA

Que todo se aprende, hija; y no hay cosa que nos sea más fácil que engañar a los hombres: de que ellos tienen la culpa; porque, como nos han privado el estudio de las ciencias, en que pudiéramos divertir nuestros ingenios sutiles, sólo estudiamos una, que es la de engañarlos; y como no hay más de un libro, todas le sabemos de memoria.

DOROTEA

Nunca yo le he visto.

GERARDA

Pues es excelente lectura y de famosos capítulos.

DOROTEA

Dime los títulos siquiera.

GERARDA

De fingir amor al rico, y no disgustar al pobre.  
De desmayarse a su tiempo, y llorar sin causa.  
De pedir, alabando lo que no se pide.

De alabar feos y de desvanecer lindos.

De presentar poco para sacar mucho.

De dar celos al libre, y al colérico satisfacciones.

De tener dos puertas a diferentes calles.

De la exhortación a las criadas en el secreto de los agravios.

En encubrir defectos y descubrir perfecciones.

De instruir una tía para que estorbe entrando.

De hacer que no sabe nada una madre y fingir temerla.

De negar ofensas y levantar que se las hacen.

De tener amigos poderosos y agradar maldicientes.

De mudar el nombre y huir poetas.

De entretener la esperanza con los principios.

De dilatar los postres hasta que nadie se alabe de la costa.

De doctrinar mulatas y gastar olores.

De mirar dormido y reír con donaire.

De estudiar vocablos y aprender bailes.

De encajar cuentos y hacerse de los godos.

Del hábito provocativo y limpieza cuidadosa.

Del andar en coche y parecer señora.

Y de no enamorarse por ningún acontecimiento, porque todo va perdido; sin otros muchos capítulos de mayor importancia.

#### DOROTEA

Te prometo que me has hecho reír de todo gusto, aunque estoy tan triste, que me pongo cosas alegres por huir de mí misma.



## GERARDA

Pues no se dirá por ti que *la mujer y la camuesa, por su mal se afeitan.*

## DOROTEA

¡Ay, Gerarda! Si hablamos de veras, ¿qué viene a ser esta vida, sino un breve camino para la muerte? Si don Bela quiere, tú verás estos pies que celebrabas, trocar las zapatillas de ámbar en groseras sandalias de cordeles; estos rizos cortados, y estas colores y guarniciones de oro, en sayal pardo. ¿Quién hay que sepa si ha de anochecer la mañana que se levanta? Toda la vida es un día: ayer fuiste moza, y hoy no te atreves a tomar el espejo, por no ser la primera que te aborrezcas: más justo es agradecer los desengaños que la hermosura. Todo llega, todo cansa, todo se acaba.

## GERARDA

¡Ay, hija Dorotea. Conmigo hablas, que no sé si amaneceré viva. Las lágrimas me has traído del corazón a los ojos. Conozco (aunque tarde) mis engaños. Dios te ha puesto las palabras en la boca.

## ESCENA UNDÉCIMA

LAURENCIO. — DOROTEA. — FELIPA. — GERARDA  
TEODORA Y CELIA

LAURENCIO

No sé cómo tendré ojos para mirarte en tan lastimosa tragedia, ánimo para hablarte en tan miserable suceso ni aliento para decirte, Dorotea, la mayor desgracia que ha sucedido a hombre de cuantos ha tenido desdichados el mundo, desde que la resolución soberbia de la ira ejecutó las armas de la inocencia, el poder en la humildad, y quedó la injusta venganza introducida en la honra.

DOROTEA

¡Ay Dios! Laurencio, si no te viera las lágrimas en los ojos, que traes más sangrientos que la más fina púrpura, no pudiera persuadirme a que no me engañaban tus palabras; pero ¿qué palabras con lágrimas no fueron verdaderas en los hombres? Quitá el lienzo del rostro, esfuerza el aliento; que en tanto que nos hablas, Gerarda y yo lloraremos por ti.

## GERARDA

¡Y cómo si lloraremos! Habla, hijo; que tienes nuestras vidas colgadas en el hilo del agua de tus lágrimas.

## LAURENCIO

¡Ay, Dorotea! ¡Ay, Gerarda! Acábase mi vida en acabando de referiros la causa de que soy trágico y desdichado nuncio, más lloroso y con más razón de dolor que en el *Hipólito* de Séneca. Ya os había dicho que mi señor don Bela había prometido a ciertos señores graves a «Pie de Hierro» más desdichado caballo que el de Seyano: clavóle el herrador (que fué el primer yerro de este suceso), no pudo por esta causa servir a la fiesta; escribiéronle que lo había hecho de industria, por no prestarle, en desprecio de quien le había pedido y con infamia de su palabra, que es la mayor de todas entre españoles; a cuyo papel respondió le modestia y calló la honra, que consultando con el temor, el agravio, erró el consejo, porque, no contentándose la ira de la satisfacción de la inocencia, vinieron a nuestra casa dos hermanos y el llamaron con un paje. Bajó al patio don Bela, con sola una ropa de levantar que tenía puesta, y sin otra defensa de su persona más que la verdad del caso. ¡Oh, cuánto yerra quien se fía de la soberbia de la ira en confianza de la razón! No porque no es justo, mas por la temeraria violencia de la condición humana. A pocas palabras, finalmente, que le dijeron... No sé cómo ahora pasen ade-

lante las mías, si no desocupa el camino a la lengua para formarlas el confuso tropel de los sollozos y el espeso diluvio de las lágrimas; pero ¿qué me detengo mirando vuestro sentimiento?

DOROTEA

Habla, Laurencio; que me matas.

LAURENCIO

Sacaron las espadas, y entre los dos le han muerto.

DOROTEA

¡Jesús! ¡Qué crueles hombres!

GERARDA

¡Ay, Laurencio! Bien pudieras excusar tan enca-recido estilo de contar una desgracia; que bastaban las palabras sin las lágrimas, y los sentimientos sin los sollozos. Tenla esa mano, que le ha dado mal de corazón. Tenla, que se hará pedazos, mientras voy por agua.

LAURENCIO

Si con agua ha de volver, ¿qué más viva que la de mis ojos cae sobre los suyos? ¡Ah señora Dorotea!

## ESCENA DUODÉCIMA

TEODORA. — FELIPA. — CELIA. — LAURENCIO. —  
LA FAMA

TEODORA

¡Qué voces son aquéllas, Felipa, y qué ruido?  
¡Quién ha caído en la cueva?

FELIPA

¡Ay, señora! En la voz es mi madre, que iba por  
agua para Dorotea, que se ha desmayado.

TEODORA

¡No había de donde más cerca pudiera traerla?  
¡Qué buena diligencia para un desmayo!

FELIPA

Baja, Celia; que me ha faltado el ánimo.

CELIA

Tampoco yo le tengo. ¡Oh miserable espectáculo! Gerarda es muerta: mas ¡quién dijera que buscando agua?

FELIPA

¡Donaires, Celia? Pues no se lo debías.

CELIA

Dios sabe que lo siento. Reposa en paz, catedrática de amor, Séneca del concierto, consejera del pedir, consultora del dar, y la que mejor ha entendido en el mundo la práctica de las mujeres y el desuello de los hombres.

FELIPA

¡Qué vas diciendo por la escalera, mujer sin alma? En otra cantes lo que en ésta rezas. ¡Ay, dulce madre mía!

CELIA

Antes era salada.

FELIPA

¡Cómo han quedado aquellas honradas tocas!

CELIA

Las tocas sanas: ¡así lo estuviera la cabeza! Pero puédesse consolar, que murió cayendo, como aquellos a quienes levanta la fortuna.

FELIPA

Sentenciada te veas. ¡Ahora sentencias!

CELIA

Nunca creí como ahora la santidad de Gerarda: el jarro en que iba por el agua, no se ha quebrado.

TEODORA

Tan afligida me veo, que no acierto a preguntarte, Laurencio, la causa de este desmayo. — ¡Niña, ah niña!

DOROTEA

¡Ay Dios, qué de desdichas!

CELIA

¡A qué mujer llamaran niña, que no volviera del otro mundo?

DOROTEA

Madre, ¿qué quiere? Mire ese afligido mozo llorando, y sabrá que su señor don Bela ha muerto.

CELIA

Y que Gerarda le fué a buscar, para saber si le dejaba algún dinero.

TEODORA

¡Tu señor muerto, Laurencio! ¡Aquel Alejandro indiano, aquel caballero dadivoso, aquel galán lucido, aquel entendidísimo cortesano?

## LAURENCIO

Ese mismo, Teodora, para que veas qué se puede fiar de esto que llaman vida, pues ninguno (como dijo un sabio) la imaginó tan breve, que pensase morir el día que lo estaba imaginando.

No hay cosa más incierta que saber el lugar donde nos ha de hallar la muerte, ni más discreta que esperarla en todos.

## LA FAMA

Senado, ésta es LA DOROTEA, este fin tuvieron don Bela, Marfisa y Gerarda: lo que resta fueron trabajos de don Fernando. No quiso el poeta faltar a la verdad, porque lo fué la historia. Si ha cumplido con el nombre, advertid el ejemplo a cuyo efecto se ha escrito, y dadle aplauso.

## CORO DEL EJEMPLO

## ALCMANIOS EURIPÍDEOS

Este fin a tus desvelos,  
 loca juventud, alcanza,  
 porque amor engendra celos  
 celos, envidia y venganza;  
 así marchitan los cielos  
 la más florida esperanza.  
 Cuando el ejemplo es mayor.  
 provoca a más escarmiento,  
 todo deleite es dolor,  
 y todo placer tormento;  
 que el más verdadero amor  
 se vuelve aborrecimiento.



Cuando del amor lascivo  
 el trágico fin contemplo,  
 no sólo al deleite escribo,  
 pero sentencioso templo  
 la doctrina en lo festivo,  
 y en el engaño el ejemplo.

*Lectionem sine ulla delectatione negligo*

(Cic. 2.<sup>a</sup> Tusc.)

Todo lo que contiene LA DOBOTRA se sujeta a la corrección de la santa católica romana Iglesia, y a la censura de los mayores, desde la primera hasta la letra última.

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

FIN

# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Acto cuarto.....	5
Acto quinto.....	125

